

Una mala concepción de la literatura la convierte en una “especialidad” extraña o ajena a otras disciplinas. Pero después de leer e Rulfo, a Faulkner a Carpentier o a Padura —por poner sólo unos ejemplos notables— cualquiera puede percatarse de que la frontera de la mencionada literatura con la historia, la antropología o la lingüística, dentro de un extenso *etcétera*, resulta no sólo inexistente sino en muchos sentidos falsa. Por ello cabe destacar la importante obra que la autora de este libro está por publicar, cuyo título es *Las aguadoras de Urnapan. Un ritual de vida y esperanza*, y no es ocioso mencionar que ha producido tres novelas que en algún momento cercano tendrán su línea de edición: *Círculo de hadas*, *Punto de golpe* y *La conjura del tiempo*.

Leer los cuentos de Maya Lorena no es sólo una delicia, sino todo un descubrimiento: no puede dejar de asombrarnos la calidad artística de sus textos, labrados con un pulso que hacía tiempo no lográbamos encontrar. Electrizzante en algunas de sus partes, logra revelarnos verdades y sentidos que no aparecen sin más en la vida cotidiana; con un agregado importante que, siendo relevante en el marco general de su tejido prosístico, resulta aún más sorprendente: lo que pudiera pensarse como su “atrevimiento” a generar imágenes literarias que no entran de ninguna manera en algún canon convencional, sea ello cuando habla de la soledad o de la muerte, sea cuando entra en los escenarios complejos de las relaciones de pareja, o sea cuando entra en los escenarios del erotismo.

Tenemos frente a nosotros un libro que, en el marco de la literatura moderna, resulta sin duda fundamental.

Ismael García Marcelino
(Novelista y poeta)

Maya Lorena Pérez Ruiz

Vientos desnudos

Maya Lorena Pérez Ruiz

Vientos desnudos



Maya Lorena es antropóloga de profesión y escritora por vocación. Autora de una relevante obra académica, ha sido, además, una lectora insaciable de literatura desde la infancia, lo que le ha permitido construir, como puente articulador de su escritura, su interés constante por dilucidar al otro, la otra, los otros: todos sujetos por las tinieblas de sus miedos, o por las trampas de sus deseos y anhelos. Forma parte del colectivo latinoamericano de escritoras “Mujeres que cuentan”, quienes han publicado cuatro antologías: *Mujeres que cuentan* (2017), *Mujeres que cuentan erotismo* (2018), *Mujeres de miedo que cuentan* (2019) y *Mujeres que cuentan secretos* (2020).



Vientos desnudos

Colección Punto y Coma

Maya Lorena Pérez Ruiz

Vientos desnudos



JUAN PABLOS EDITOR
MÉXICO, 2021

Pérez Ruiz, Maya Lorena

Vientos desnudos / Maya Lorena Pérez Ruiz, autora. -- México : Juan Pablos Editor, 2021

1a. edición

175 p. : ilustraciones ; 18 x 26.5 cm

ISBN: 978-607-711-624-0

T. 1. Cuento T. 2. Literatura mexicana

PQ7297.P47 V54

VIENTOS DESNUDOS

Maya Lorena Pérez Ruiz

Primera edición, 2021

D.R. © 2021, Maya Lorena Pérez Ruiz

D.R. © 2021, Juan Pablos Editor, S.A.

2a. Cerrada de Belisario Domínguez 19
Col. del Carmen, Alcaldía de Coyoacán
México, 04100, Ciudad de México
<juanpabloseditor@gmail.com>

Imagen de portada: *Ensamble de vidas*, Carlos Zolla
óleo sobre tela, 80 cm x 1 m

Ilustraciones: Manuel Pérez Coronado (MAPECO)

ISBN: 978-607-711-624-0

Impreso en México

Juan Pablos Editor es miembro de la Alianza
de Editoriales Mexicanas Independientes (AEMI)
Distribución: TintaRoja <www.tintaroja.com.mx>

ÍNDICE

Los cuentos y la poética en prosa de Maya Lorena <i>Julio Moguel</i>	9
--	---

A manera de introducción	15
--------------------------	----

PARTE I

Volar la noche	19
Terror en los vagones	22
Exorcizar el encierro	31
Un patio de cantera rosa	38
Labios de mandarina	54
Abismos escarpados	64
Amor en rebeldía	69

PARTE II

Una botella, un mundo	83
De patriarcados ilustres	88
Conjurar la locura	98
A los cuarenta	106
Retorcidos árboles de ensueño	113
Un tipazo es un tipazo	119
Generación estridente	123

PARTE III

Oscuridad insondable	131
Los fantasmas del alma	136
De recuerdos olvidados	143
Las misiones de Dios	158
El viejo que se robó las letras	169
Raíces del desierto	173

LOS CUENTOS Y LA POÉTICA EN PROSA DE MAYA LORENA

Julio Moguel

I

Maya Lorena “se expone”, como diría Cioran, para presentar un hermoso y bien tejido libro de cuentos, que, si se hubiera “expuesto” en otros tiempos, algún alto Tribunal o mando inquisitorial lo hubiera enviado directamente a la hoguera, por “faltar a la moral” e incitar a las personas “decentes” a rebeliones diversas.

Adivina el lector: estoy pensando, por ejemplo, en juicios y penalizaciones como las que en 1857 se establecieron contra Charles Baudelaire, justo por haber publicado ese mismo año *Las Flores del mal*, obra que atentaba contra los cánones sagrados de “la moral” y de “las buenas costumbres” de la época.

Decía *La Gazzette des Tribunaux* del 21 de agosto de 1857:

Teniendo en cuenta el error del poeta, en el objetivo que quería alcanzar y en el camino que siguió, cualquiera que fuera el esfuerzo de estilo que pudiera haber hecho, cualquiera que fuera la censura que precediera o que siguiera a sus descripciones, no puede destruir el funesto efecto de los cuadros que presenta al lector, y el que las piezas incriminadas conducen necesariamente a la excitación de los sentidos mediante un realismo grosero y ofensivo para el pudor [...] Teniendo en cuenta que Baudelaire, Poulet-Malassis y De Proise cometieron delitos de ultraje a la moral pública y a las buenas costumbres, a saber: Bau-

delaire, por publicar; Poulet-Malassis y De Broise, por publicar, vender y poner a la venta, en París y en Alençon, la obra titulada: *Las Flores del mal*, la cual contiene pasajes o expresiones obscenas e inmorales [...] Se condena a Baudelaire a 300 francos de multa, a Poulet-Malassis y a De Broise a 100 francos de multa cada uno [...] Se ordena la supresión de las piezas que llevan los números 20, 30, 39, 80, 81 y 87 de la recopilación [...].

Pero, ¿qué hubiera pasado en ese tiempo si la pluma castigada por los tribunales por los “delitos de ultraje a la moral pública” hubiera sido la de una mujer? No puedo ni quiero imaginarlo, pues con seguridad la mano femenina con el atrevimiento de escribir un libro parecido a *Las Flores del mal* no hubiera encontrado ni siquiera una casa editorial que la adoptara. Sabemos a ciencia cierta que en los tiempos de Jules Michelet la atrevida escritora hubiera sido simple y llanamente acusada de bruja, y, en consecuencia, enviada ella misma a la hoguera.

No seré en este caso un presentador-*spoiler* que, en mi opinión, indique al lector cuáles de los cuentos de Maya Lorena hubieran sido “castigados”. Pero valga el señalamiento para establecer un cierto parámetro que ayude a ubicar “la audacia” y los alcances de algunos de los textos de la autora. Mismos que, también estoy seguro, en la modernidad convulsa en la que vivimos aparecerán lectores o lectoras que consideren que, en efecto, algunos de los textos de este libro tendrían que ser enviados a una mejor vida.

II

Pero esta mirada de historias que pueden calificarse sin la menor duda dentro del género del “cuento erótico” no

es aquí lo que domina. Porque los trazos literarios con los que se teje esta veintena de “cuadros” —ya veremos en qué sentido se trata estrictamente de “cuadros”— son rizomáticos y abren la vía narrativa y de reflexión a muy distintos ámbitos o “temas” de la vida. Disruptivos y rebeldes —deconstructivos de muy diversas formas, si nos atenemos al concepto planteado por Derrida—, descubren realidades *fuertes* de las relaciones de pareja, de las asimétricas condiciones que estructuralmente viven o han vivido en los tiempos modernos las mujeres frente a patriarcas mayores o menores; de la soledad y de lo que puede significar en muy distintos casos el hecho simple y crudo de morir o de enfrentarse a la muerte, de inequidades sociales e injusticias del antes o de ahora, todo ello escrito en varios de los cuentos con un exquisito sentido del humor que emerge repentinamente de las letras.

Cubriendo en algunos trazos escenarios que se plantan en la “era del Covid”, los cuentos de Maya Lorena no tienen una temporalidad arbórea sino —ya lo habíamos dicho— rizomática. En este caleidoscopio de historias el lector tiene que poner algo o mucho de su parte para encontrar los hilos o las correspondencias que unen a unos cuentos con otros; y tienen que ser descubiertos por quien se envuelva gozosamente en ellos. Virtud de la referida confección que pudiera ser aplaudida por Jauss, desde su conocida “estética de la recepción”.

III

Quisiera en esta tercera parte atreverme a señalar que varios de los cuentos de Maya Lorena deberán ubicarse en el “subgénero” —desarrollado inicialmente por Poe, y luego magistralmente por Baudelaire— de la poética en prosa. Y, en dicha condición, tienen que ubicarse o considerarse como “textos con marco”. Me explico apoyándo-

me en Roberto Calasso, cuando señaló que los pequeños poemas en prosa de Baudelaire eran una especie “de caos dentro de un marco”. Donde el “cuadro” tiene la función de aprisionar “en el cuadro mismo una energía de la que, de otro modo, no se reconocería el origen. Todo lo que sucede dentro del marco exalta los elementos que quedan circunscritos, los obliga a hibridarse en combinaciones experimentales”.

Pero en este punto algún lector preguntará: ¿cuál es la diferencia entre “un cuento” y un poema en prosa. Que todos los poemas en prosa de Maya Lorena entran estrictamente en el género “cuento”, pero no todos sus cuentos entran en el subgénero de “poemas en prosa”.

Un poema en prosa incluye sin duda la regla del “relato”, pero con entretejidos poéticos que se fincan en cierta luminosidad plástica enmarcada en “la imagen”. Un cuento puede ser simple y llanamente “un relato”, bueno o malo, pero un poema en prosa es a la vez escritura y “pintura”, con pinceladas o trazos coloridos, cuidadosos en mostrar luces y sombras. El lector disfruta entonces “la imagen”, las tres o cuatro dimensiones que la forjan, el sabor que sugiere y reverberaciones o tonalidades sólo perceptibles por “el tacto” de la vista.

Y ello se logra por la calidad y la forma del entretejido literario que se implica.

Quepa mencionar en este punto que algunos de los cuentos-poemas en prosa de Maya Lorena logran proyectar una mirada “infantil”, en el sentido en el que ello fue entendido o definido por Gilles Deleuze, cuando dijo que, “[con el tiempo], las personas mayores son atrapadas por el fondo, caen y ya no comprenden, porque son demasiado profundas”.

O, más explícitamente, como lo concibió Baudelaire en *El pintor de la vida moderna*, cuando dijo que “El niño ve una novedad en todas las cosas; nada se parece

tanto a lo que se conoce como inspiración que la dicha con la que el niño absorbe la forma y el color. El hombre de genio tiene nervios templados; el niño los tiene débiles. En uno, la razón ocupa un lugar decisivo; en el otro, la sensibilidad abarca casi todo su ser. Pero el genio no es sino la infancia recuperada a voluntad”.

En fin. Digamos que el libro que el lector tiene en sus manos es una significativa aportación a la literatura moderna. A buena hora y en el mejor momento, justo cuando se viven transformaciones profundas en la vida y en el lenguaje, en México y en el mundo.

A MANERA DE INTRODUCCIÓN

Considero que escribir literatura puede ser pensado como un hecho social total. ¿Por qué digo esto? Porque en “el escribir literatura” —y “el exponerse” al publicarla— se imbrica lo individual con lo colectivo, el pensar con el sentir, en una dimensión que liga al todo con la parte y la parte con el todo, la totalidad social y humana con la imaginación, el mito o la fantasía. Y ese “imaginar” abre muchas veces curso a la utopía.

¿Confronta esa cualidad de ser un “hecho social total” la perspectiva individual? De ninguna manera. Quien escribe y “se expone” teje su propia subjetividad con las multiplicadas ramificaciones del mundo, en un acto que se vuelve en ese trance un hecho de plena y gozosa libertad.

¿Qué queda en el registro? El grito desgarrado de la protesta, la airada necesidad de subvertir el orden, la lúdica expresión de la alegría, y el movimiento, en catarata, de los amores rebeldes o de la simple y liberadora rebeldía.

El tiempo, en esa forja, deja a un lado a “cronos” para volverse al mismo tiempo pasado, presente o algún posible futuro.

La colección de cuentos que aquí presento es un testimonio de más de veinte años de ese ejercicio de libertad, ni arbitrario ni sumiso, situado firmemente en lo que soy y aspiro.

Cuatro de los 20 cuentos de este libro tuvieron una versión pública en la colección *Mujeres que Cuentan* de la editorial Narratio Aspectabilis. Éstos son “El tren”

(2017), “Amor con clase” (2018), “Destellos” (2019) y “Lucía” (2020); mismos que fueron re TRABAJADOS y aparecen aquí bajo los nombres “Terror en los vagones”, “Amor en rebeldía”, “Oscuridad insondable” y “Los fantasmas del alma”.

PARTE I



VOLAR LA NOCHE

Cuando la llamaron bruja le pareció un insulto. Ahora, mientras se sujeta el pelo para que el viento no le impida ver, el apelativo se vuelve un halago compartido. Son varias las que navegan la noche.

La primera vez los destinatarios de su acoso las ignoraron, tan leve era el murmullo de su presencia, uno más de los que acompañan la nieve al caer.

Ahora aquellos que las escuchan huyen en busca de refugio.

Al día siguiente ninguno menciona a las mujeres que enlutan su virilidad y los hacen perdedores de su imperio. Al oscurecer un ahogo insondable se apodera de ellos.

No reconocen su terror.

Si no se habla de él no existe.

Juegan cartas, se embriagan, cantan, escriben, hasta que deben irse a dormir.

No logran conciliar el sueño. Han de permanecer alertas para escudriñar el silencio y detectar cuándo se acercan las mujeres en vuelo. Apenas un susurro. Un sollozo de ira oculto entre los sonidos de la noche.

Si fuesen previsibles se facilitaría la espera.

Nunca ocurre así.

Ellas juegan con la veleidad de su acecho. Disfrutan la sorpresa. Los vuelos *ralentí* con que los engañan y soplan detrás de sus orejas como sollozos muertos.

“¡Las brujas están aquí!” grita algún horrorizado.

Lo secundan los demás. Nadie enciende la luz para no delatar el lugar donde pernoctan.

Se levantan de sus camastros. Los pantalones a medio poner. El pelo revuelto. Los ojos ciegos incapaces de guiarlos en el pavor con que corren.

Los muebles dificultan la huida. Se tropiezan. Caen. Se arrastran.

Intentan ponerse de pie. Unos jalan a otros sin solidaridad, con la ambición de ser ellos quienes han de salvarse. Atropellan a quienes suplican auxilio. Los que logran levantarse, liberándose de aquellos que los sujetan por las piernas, corren a esconderse.

Los que no pueden, con los pies rotos, las cabezas sangrantes, se rinden ante el terror, y por la mañana los delatarán sus cuerpos destrozados.



Katia se viste con la ropa burda y holgada con que ha de volar. Mira de nuevo su imagen en el espejo. Un mechón rubio, rebelde, se asoma por su frente. Lo regresa a su sitio y con garbo sacude la cabeza.

Una vez conforme con su atuendo sale a la noche y con pasos largos y confiados se monta en su frágil, leve, casi invisible artefacto.

Lleva la cabeza cubierta por un gorro de piel. Una bufanda de seda blanca la protege del frío.

El viento fustiga su cara mientras vuela.

Ella lo ignora.

Se concentra en la tenue iluminación de las estrellas que la guían.

La curvatura del cielo se dibuja azul, casi negro, en ligero contraste con el horizonte blanquecino del paisaje nevado. En algunos sitios observa manchones umbrosos que delatan a los árboles del bosque.

Faltan dos horas para el amanecer.

Vislumbra la urbe.

La descubre por una lucecilla frágil, un parpadeo sutil, perceptible sólo para la mirada diestra. Nunca falta una luz que traiciona a la ciudad precavida en su pretensión

de confundirse con otros borrones densos desperdigados en la noche.

Sonríe.

Aspira el viento frío.

Contempla el vaporcillo leve de su aliento cálido y confiado.



Ya tiene abajo la ciudad.

La observa.

Se orienta.

Astuta su mano busca en el piso de su biplano de madera y lona. Por allí está el rústico mecanismo que le permitirá soltar las bombas.

Van sujetas con orlas de algodón. Un proyectil por debajo de cada ala.

Se inclina levemente.

Tantea con la mano derecha.

Con la izquierda controla el equilibrio.

Encuentra el sujetador.

Con agilidad suelta los amarres.

Satisfecha escucha los silbidos.

Sin el lastre se aligera el vuelo.

Siente subir ligeramente su biplano.

Abajo, el resplandor del primer estallido.

De inmediato prorrumpe el segundo.

Ha dado en el blanco.

Quiebra su vuelo para retornar.

Voltea para confirmar el horror del infierno provocado.

Sonríe otra vez.

Katia está orgullosa de pertenecer al Regimiento 588° de bombardeo nocturno, el de las Brujas de la Noche que combate a los nazis en el sitio de Stalingrado.

TERROR EN LOS VAGONES

En la estación, decenas de familias con niños, canastos y pesados bultos forman una convulsa marea de túnicas, velos y turbantes de colores sobrios. Carmen y María violentan la monotonía del bullicio con su pelo rubio y su atuendo de turistas. Una ajusta el lente de su cámara sin atreverse a enfocar abiertamente los rostros huraños del entorno, que la atraen por su hermosa y solemne ajenidad; la otra revisa, aburrida, un cuaderno de notas. Todos aguardan el viejo tren que los trasladará a la ciudad próxima y cosmopolita, que de antaño entreteje el destino de cristianos, coptos, judíos y musulmanes. Los empleados del ferrocarril tratan inútilmente de poner orden al tráfico humano que, oloroso, incontenible, desborda sus posibilidades de control.

El tiempo transcurre abotagado ante la inminencia de la guerra. Los militares atiborran los andenes que esperan el largo y oxidado vehículo que los llevará a su destino, a la debacle de su juventud.

El de pasajeros tiene cuatro horas de retraso. Un par de viejas e indolentes máquinas maniobran por las vías, con un crujir obsoleto de metales y silbidos que, como ansiedad, repercute en los vientres de los pasajeros.

La noche se cuela entre los cristales de la alta estructura de hierro cuando se escucha, por un desafinado altavoz, inentendibles palabras que anuncian la partida. Las familias, con su vida a cuestas, pretenden con el peso de enseres y sus bultos subir al vagón correspondiente para ganar un sitio. Carmen y María, ajenas a la angustia de un futuro incierto, recogen sus mochilas, dispuestas a espe-

rar a que el trayecto quede despejado. Etiquetada con sus nombres extranjeros, las espera una cabina en un carro-dormitorio.

Un malencarado empleado del ferrocarril revisa sus billetes; otro, igualmente huraño, las conduce a través de un pasillo de alfombra deslavada hasta la última cabina del último furgón. Adentro, una estrecha litera soporta, inverosímil, el peso de una cama sobre otra. Reposa junto a la minúscula ventanilla de vidrio opaco, labrado por manos anónimas que alguna vez pretendieron plasmar sus nombres. Un conjuro para evadir el tiempo. Enfrente, la puertecilla de madera comunica con el cuarto de baño.

Un brusco movimiento empuja a las amigas hacia atrás. Ellas se abandonan al torpe movimiento del tren, que aburrido y titubeante maniobra para cambiar de riel, hasta que entre risas se dejan caer sobre la cama baja, que cruje, también huraña, como si protestase por su invasión. El empleado ferroviario mueve ostentoso la cabeza para reprobar su mal comportamiento. Ellas, ignorantes del gesto, bromean sin preocuparse por el hombre de uniforme azul que permanece imperturbable frente a ellas. María supone que espera su propina; se levanta y pone en su mano un desgastado y humillante billete verde.

Una vez que avanzan sin tumbos ni retrocesos, Carmen y María caminan hacia el carro-comedor que enlaza el suyo con los vagones de menor clase. El tránsito movido y bamboleante las hace reír de nuevo, ajenas a que su estridente presencia, con pantaloncillos cortos y sus piernas largas, causa malestar entre los hombres que visten túnicas y turbantes y ocupan casi todas las mesas del vagón-restaurante. Dejan sus bolsos en el portamaletas superior y se acomodan en torno a una de las mesas. La carta del menú dibuja su contenido en enigmáticos e ilegibles signos y con el dedo índice escogen al azar la cena:

un platón de acero con costillas de cordero, otro con arroz amarillo y una jarra de té negro.

Es casi media noche cuando las amigas regresan a su cabina-dormitorio. María decide lavarse los dientes y, adormilada, empuja la puerta que conduce al baño. Segundos después sale agitada para informar sobre su hallazgo: el minúsculo baño se conecta con otra cabina-dormitorio, ¡y los rústicos cerrojos no sirven! Lo que en otras palabras, explica ansiosa, significa que por allí hay paso libre entre las dos habitaciones. Incredula, Carmen se empeña en darle vueltas a las manijas para comprobar que, en efecto, se encuentran averiadas. Un ruido de pasos en la cabina ajena las asusta y, entre risas contenidas, ambas se recluyen en la suya, tras cerrar como pueden la pequeña puerta del baño. Embriagadas por la pasión de la aventura se acuestan en la litera baja y, susurrantes, intercambian ideas sobre lo acontecido.

Concluyen que es casi seguro que en la cabina aledaña viajen sólo hombres, tal vez uno o dos, dedicados al comercio o a cualquier otro negocio. Descartan que se trate de mujeres porque en esa región ellas siempre van acompañadas por varones. En cuanto a los campesinos, pobres y gregarios, suponen que viajarán con sus familias en los vagones de menor clase. Otra posibilidad es que se trate de un matrimonio de buena posición económica, lo que les daría mayor tranquilidad.

No pueden saber cuál de las posibilidades es la verdadera, y la risilla inicial de las amigas adquiere, más en una que en la otra, las reverberaciones de un creciente nerviosismo.

María recuerda el suceso que padecieron escasos días antes, cuando un hombre elegante, de caftán y turbante negros, las persiguió furioso a causa de la imprudencia de Carmen cuando pretendió tomarle una fotografía. El

hombre, con ojos de desierto y labios de cimitarra, corrió tras ellas con amenazas que entendieron por la rabia de sus gestos y la fuerza de sus gritos. Las persiguió hasta que pudieron refugiarse en un hotel norteamericano de cinco estrellas. Para ellas el evento cobraba ahora nuevos significados. Se sentían vulnerables al estar recluidas en la última cabina-dormitorio del último vagón de la serpiente en rieles.

Carmen, menos temerosa, se levanta para tratar de arreglar los cerrojos del baño. Para disminuir la ansiedad por lo que pudiera sucederles si no encuentran manera de bloquear la puerta, en voz alta hace el recuento de lo que visitarán próximamente. Su amiga la escucha distraída, atenta a las manos que tratan inútilmente de arreglar los picaportes con un broche de pelo.

El tren continúa sin respiro. Deja atrás el ondulante paisaje de las dunas para adentrarse en un horizonte de pantanos, juncos y esteros, que en su extravagancia anuncia la presencia del gran río que desembocará en el mar. Ellas, indiferentes al paisaje iluminado por la luna, no encuentran cómo resolver el problema y la angustia aumenta conforme la noche avanza. Deciden bajar al piso el colchón de la primera cama, para, con el peso de sus cuerpos, bloquear el acceso. Otro murmullo de risas contenidas acompaña a las amigas en su trajín de mover mochilas, quitar cobertores, doblar sábanas y colocar el colchón.

Están por acostarse cuando en el baño contiguo escuchan correr el agua del lavabo. Agitadas por el miedo, alertan el oído.

—Sí. Sí. ¡Hay alguien en el baño! —exclama María, atrapada por el pánico.

Carmen, de un salto, se clava en el colchón y mete la cabeza dentro de los cobertores para ocultar la risa que la hace temblar, por el cerco de sus manos en su boca.

Ambas respiran con tranquilidad cuando escuchan cerrarse la puertecilla de la otra cabina; una endeble pero a la vez, quieren creerlo, una impenetrable muralla.

Apagan la luz para mitigar la zozobra. Tratan de restarle importancia al hecho de que no sirvan las manijas.

El tren indiferente avanza trémulo.

La modorra, por fin, se apodera de ellas.

Después de un tiempo Carmen se revuelve inquieta sobre el incómodo colchón. Sin poder dormir, toca el hombro de su amiga y le dice, con una voz que se arrastra para no despertar a los extraños:

—María. María. Adivina qué...

—¿Y ahora qué? —responde ésta, malhumorada ante la que supone será una mala noticia.

—Tengo ganas de ir al baño y me da terror ir sola...

—¡Mmm! Está bien, te acompaño —susurra María solidaria, ante el miedo poco usual de su compañera de viaje.

—Sí, por favor —dice Carmen, con una sonrisa ciega, que su amiga adivina en la oscuridad de la cabina, tan lóbrega como el ennegrecido tren que transita insomne por la noche.

Tratando de no hacer el menor ruido encienden la luz y proceden a quitar el colchón del piso. Lo colocan de manera vertical en la pared donde está la pequeña ventana para facilitar el paso. María vigila de pie, con su cuerpo como barrera ante el peligro de la otra puerta.

Carmen se siente tranquila ante el gesto cotidiano y, sentada en el retrete, se complace escuchando el ruido del líquido entrañable que desaloja su cuerpo, con un fluir cálido y susurrante. Procede después a lavarse las manos en la minúscula palangana que se bambolea al mismo ritmo de la máquina. Está por terminar cuando las amigas escuchan un ruido sutil que proviene de la cabina contigua. Se estremecen. El miedo retorna y con premura

salen del minúsculo baño, cierran la puerta y tiran el colchón al piso para ponerlo como trinchera, reforzada por ellas, con risas ahogadas y nerviosas.

María jala las frazadas para cubrirse. Se siente cada vez más irritada y, con la frialdad de sus gestos, trata de frenar a su amiga que resbala sin control por su banal y risueña estupidez. Siempre sucede así. Les gusta viajar juntas, sólo que cuando sucede algo crítico se enfadan y reaccionan de forma muy distinta; y es cuando juran que no repetirán la historia. Y mantienen la promesa hasta que las vacaciones las vuelven a convencer de que sus desencuentros son nimiedades y que pesan más las posibles y soñadas aventuras.

Carmen también piensa en su amiga. La quiere bien pero la abrume su manía de vivir con tanta seriedad. Sabe que es un riesgo viajar solas por un lugar extraño, tan cercano a la guerra, pero los empleados de la agencia de viajes la convencieron de que no habría ningún peligro. Le resultó contundente el argumento de que el salvoconducto protege siempre a los turistas. María, en cambio, se reprocha haberse dejado presionar por su amiga y por la cantaleta insistente de los promotores turísticos.

Ninguna ha decidido apagar la luz. No hablan. Acostadas, esperan. Un nuevo ruido las pone alertas. Alguien respira muy cerca de la puerta que las comunica con el baño. Adivinan una presencia que pretende borrarse para fundirse con el sonido trepidante del tren.

Afinan el oído.

La madera, con su débil resquicio, delata la cercanía del extraño con el palpitante de un corazón que no puede detenerse. Cada una siente cómo la otra tensa el cuerpo. Sigilosas se levantan del colchón, listas para lo que pueda pasar. No se mueven; respiran a pesar de todo. La manija, entonces, se mueve con un chirrido que se prolonga clandestino por la lentitud con que giran los engranes.

Incrédulas, miran aturcidas los brillos opacos del metal, fríos como el terror que las embiste. Se abalanzan sobre la frágil división para hacer una barricada con sus cuerpos. Carmen ya no ríe; la boca torva, el cuerpo hundido, con deseos de desaparecer. Consternada, mira a su amiga que tiene el pelo hirsuto, coronado por antenas dispuestas a detectar cualquier ruido que delate los movimientos del agresor. Desea decirle que esta vez tiene razón, que algo grave está sucediendo, pero no puede pronunciar palabra alguna.

Una quietud pegajosa se instala en el reducido espacio y se extiende lúgubre hasta el baño y la cabina contigua, donde también enmudecen los que allí esperan. María parece estar en otro lugar, sin energía, sostenida sólo por inercia. Carmen mueve los labios para intentar hablar, pero sólo un leve bufido sale de su boca.

El tren mantiene su rítmico ajetreo.

Ninguna osa quitarse de la puerta.

Nada más sucede; el tiempo avanza.

En la inmovilidad de la pausa cada una se reprocha y le reprocha a la otra estar allí, imprudentes, indefensas. Ninguna encuentra respuestas aceptables sin acusar a la otra. Un leve estremecimiento de sus cuerpos parece responder al enojo que las distancia. Un instante después reconsideran, se miran y se perdonan. Son jóvenes, son amigas y se quieren. Las dos aceptaron el viaje; una insistió más que la otra, pero ambas se equivocaron. Ahora juntas han de afrontar las consecuencias. Se toman de la mano. Se pegan más a la madera de la puerta. Carmen ladea la cabeza para alcanzar la de María.

Los segundos transcurren precarios.

Las amigas se preguntan si de milagro ya no sucederá algo más.

Están a punto de volver a acostarse cuando una voz masculina grita, ininteligible, detrás de la puerta que bloquean con sus cuerpos, y que apiñan para fortalecer la

muralla que tejen con su miedo. Continúa el torrente de puñetazos que castigan la madera. Gritos y más gritos incomprensibles torturan el silencio. Las corroe la incertidumbre.

María solloza.

Carmen gime.

Las dos cierran los ojos como si la oscuridad de sus miradas pudiera protegerlas.

Se recrudecen los empujones sobre la puerta. Ellas se tambalean. Sienten su incapacidad para soportar por más tiempo la fuerza del hombre que empuja y aúlla lo que suponen palabras soeces que injurian su dignidad como mujeres.

Llega luego otro silencio incomprensible que se interpone entre ellas, la puerta, y quien instantes antes trataba de abatirla.

Abren los ojos. Una leve iridiscencia se asoma por la ventanilla. Una sensación de alivio se instala en la cabina como si el anuncio de la luz pudiera llegar para salvarlas. Aflojan levemente sus cuerpos. Se miran intrigadas.

Se preguntan si ya todo acabó.

Desean suponer que el agresor ha desistido de su intento.

De pronto, un súbito y violento empujón abre la puerta. Ellas, ofuscadas por la sorpresa, paralizadas de terror, pierden el equilibrio, se tambalean y caen de bruces sobre el soporte de la cama baja.

Los crujidos de la urdimbre de metal oxidado ahogan sus gritos.

Un silencio fúnebre sigue a su derrumbe.

Carmen y María yacen inmóviles.

Incapaces de abrir los ojos.

Ninguna se atreve a voltear para ver el rostro de su atacante. Viejos consejos resuenan en la memoria: nunca

le veas la cara a tu agresor. Eso te costará la vida. Se niegan a pensar qué sigue, aunque la certeza revolotea como una verdad incuestionable pues ha sido forjada durante miles de años por mujeres cuyos cuerpos han servido de botín para la guerra, para escribir con ellos cualquier victoria.

Permanecen humilladas, quietas, minimizadas por tantos siglos de servidumbre.

Lastimadas, además, por los alambres de la litera baja que se les incrustan en el cuerpo.

María reacciona e impulsa a Carmen a levantarse. De un codazo en el costado la empuja a revelarse ante el suplicio, a volverse en contra de aquel que pretende castigarlas, que quiere que paguen por su atrevimiento de viajar sin la protección de un hombre, por ser mujeres independientes.

Jadean ante el esfuerzo.

Templan sus cuerpos.

Se aprestan para la batalla.

Apenas se yerguen, una voz masculina, ruda y agresiva, las obliga a mirar hacia el verdugo.

— ¡Bah! Turistas —exclama, en un inglés rudimentario el empleado del ferrocarril, quien las mira con desprecio.

Junto a él, azorada, permanece la muchacha rubia de la cabina contigua, quien también viaja sola.

EXORCIZAR EL ENCIERRO

Diana y Efraín trabajaban en la misma empresa de diseño, uno en el área de Creatividad y la otra en la de Mercados. Se encontraban todos los días laborales en las mañanas, afuera de los elevadores, y, por las tardes, en el estacionamiento subterráneo del edificio de siete pisos con paredes de cristal. El saludo entre ellos era breve, con la rígida frialdad de quienes participan en una empresa con más de cien empleados y no tienen la obligación de ser cordiales con todos, y se resisten a tratar con los inoportunos que les quitarán valiosos minutos de su agenda y que pueden ser, además, sus competidores por el mejor sitio para estacionarse.

A Diana ese hombre le resultaba desagradable por su prototipo del *híster*, con su estilo distraído perfectamente cuidado, su barba ligeramente crecida y su bigote de puntas elevadas en los extremos, como si pretendiese con ello sustituir la sonrisa escasamente regalada al grueso de los empleados. Para Efraín ella representaba el estereotipo pasado de moda de la ejecutiva de tacón alto, cuyo desaliño se descubría en el desgaste sutil de las orillas de su portafolios de piel, casi nunca en armonía con el conjunto que vestía: falda estrecha con saco sastre y algún accesorio visible en el cuello de su blusa, discretamente abierta.

La situación cambió con la presencia del Covid-19, que arrasó con parte de la población mundial y de paso con las usuales formas de convivencia, incluyendo las del trabajo. Catástrofe que, entre cosas, derivó en la intensificación del *home office* y en el despido del cincuenta por ciento de los trabajadores de su empresa. Esto, en su caso,

los obligó a permanecer encerrados en sus casas, a interactuar laboralmente por videoconferencias una vez por semana, y a estar disponibles a cualquier hora del día a través de mensajes por teléfono celular.

Este cambio agravó la incomodidad que sentían el uno por la otra y la otra por el uno, ya que además del rechazo ya existente éste cobró nuevas dimensiones al verse deformados por las cámaras de sus computadoras. Deformidad que se agudizaba conforme pasaban las horas de trabajo, se acercaban demasiado a la cámara, abotagando sus rostros, y relajaban la compostura rígida y formal a que los obligaba la empresa, con sus medidas sonrisas y su estudiada manera de afrontar las disidencias: él después de las primeras dos horas comenzaba a torcerse las puntas del bigote, hasta que su cara se asemejaba a un diablo rojo y bigotón, mientras que a ella podía vérselo rayando de manera insistente una hoja de papel en la que trazaba las líneas de su desesperación y los filos de los desacuerdos. Ambos terminaban la sesión semanal con un malestar acumulado difícil de manejar en la siguiente sesión con falsa cordialidad.

Otra situación muy distinta sucedió con su comunicación por *WhatsApp*, con la que daban seguimiento a los acuerdos tomados en su videoconferencia semanal. Las iniciaron por las mañanas hasta que, por inercia, las fueron acumulando hacia la noche; posiblemente por el ritmo del día en que el trabajo no tenía límites ni tiempos de descanso.

Sin que fueran conscientes de cómo transcurrían sus conversaciones por los teléfonos celulares, mediante breves pero frecuentes mensajes, poco a poco fueron agregando en ellos estampas de frases saludadoras, caritas sonrientes, manitas blancas, amarillas o morenas con explosivos aplausos, así como signos de “¡Está perfecto!” y “¡Bravo!”, hasta que llegaron a insertar ositos y gatos bai-

larines. *Stickers* que, mediante una conveniente colocación, fueron limando la rispidez y les permitieron expresar sus emociones de contento, admiración o aliento.

Tumbados cada cual en su cama, rodeados de su sagrada intimidad, enfundados en su holgada ropa de dormir, por horas se dedicaban a mandar y contestar mensajes cada vez más fluidos y amigables. Así pasaron los seis primeros meses de encierro, con ríspidas reuniones semanales y mucho mejores sesiones de trabajo por las noches. Entre el octavo y noveno mes la cordialidad cambió de tono sin que se dieran cuenta y sin que dejaran de escribir sobre estrictos temas de la agenda de su empresa.

Pronto, sin embargo, fue inevitable que cada uno sintiera que en esas largas y fragmentarias conversaciones nocturnas había algo pecaminoso; como si al emprenderlas de noche, a media luz y en pijama, ellos fuesen cómplices de algo profundamente íntimo y transgresor, ya que si bien siempre trataban asuntos de diseño y mercadeo y no existía nada que prohibiera trabajar de noche, tampoco parecían ser lógicas de acuerdo con el rígido protocolo laboral. Ese gusto por comunicarse desde el plácido sosiego de su refugio invariablemente desaparecía en sus reuniones por videoconferencia.



Diana comenzó a inquietarse cuando pasaban de las nueve y media de la noche y no llegaba el mensaje con el consabido “Hola. Aquí de nuevo”, e iniciaba el veloz intercambio de mensajes, siempre estrictamente laborales en forma y contenido, y tremendamente perturbadores en cuanto a la tensión que los iba entrelazando conforme avanzaba el intercambio de mensajes y textos. Ningún recuento de lo que se escribían podría demostrar que hubiese algún indicio de coqueteo o de insinuaciones amo-

rosas y, sin embargo, de poderse medir la atracción con la luz del arcoíris hubiera podido constatarse cómo se pasaba del azul frío a un tono más violeta, y de éste a los colores cálidos amarillos y naranjas para estacionarse, titilante, en los rojos, emblema de la pasión, la abundancia y el peligro.

Ella, incluso con cierta picardía, comenzó a dejar pasar varios minutos antes de contestar y, con cierto placer picante, se imaginaba a su colega inquieto, viendo insistente su celular para corroborar las dos palomitas azules que indicaban que ella ya había visto su mensaje y que por fin le contestaría. Efraín, más concentrado en sí mismo y menos apto para descubrir sus emociones, tardó tiempo en darse cuenta de que algo especial había en esas llamadas nocturnas, que le generaban un frenesí peculiar para el cual siempre encontraba explicaciones perfectamente racionales: su emoción derivaba de la intensidad con que fluía su inteligencia, la sorpresa por la sagacidad que descubría en su compañera, o por la pasión con la que ambos realizaban su trabajo.

La incógnita radicaba en que tal arrebató no era clasificable como estrictamente profesional, y a veces se descubría con su ropa de cama misteriosamente erguida. Además de que era confuso que tal misterio de atracción sublime sucediera mientras ellos escribían estrategias de mercadotecnia, delineaban el boceto de lo que sería el siguiente cartel de publicidad, o discutían las mejores tácticas de venta.

El encierro continuaba y en ellos fue aumentando el ansia por escuchar la alerta del celular que anunciaba el inicio de su conversación, y con la misma fogosidad aumentó el lazo clandestino de la seducción que emergía con sus mensajes, como si no importara lo dicho fielmente, sino la sensualidad de los trazos redondos de la “a”, la exquisita largura vertical de la “l” y el rotundo y carismático

punto de la “i”; además del voluptuoso trazo de la “w” y el no menos misterioso enlace corporal de la “x” y la “y”. Letras sagaces capaces de saltar sobre los significados convencionales para comunicar la creciente atracción del uno por la otra y de la otra por el uno, a través de un medio tecnológico en que no era visible el ridículo bigote de Efraín ni el desaliño del portafolios de Diana.

Luego de despedirse, bajo la cordialidad de dos compañeros de trabajo que no hacían algo distinto que trabajar mediante mensajes por *WhatsApp*, cada uno en la penumbra de su habitación, en el estado liminal anterior al dormir, le colocaba a los mensajes de texto, tremendamente erotizados, un emisor con el rostro síntesis de sus deseos, normalmente opacados por su obsesión por el trabajo, haciendo de la escritura un sendero oculto para transitar por intensas emociones, según la forma de las letras, las pausas entre un mensaje y otro, la brevedad o la extensión de cada texto y la figurita seleccionada para cerrar la noche. Y todo ello dentro de un recóndito lenguaje vigoroso aderezado por sus secretas fantasías; un poderoso estallido de pasiones lúdicas, frágil y ciego a la luz del día, al ser incapaz de sobrevivir a los rostros cansados y expuestos en sus videoconferencias semanales.



Un fin de semana en que Diana no contestó los mensajes, Efraín se dio cuenta de cuánto la extrañaba y admiraba por su manera inteligente de enfrentar los peores retos; así que, rabioso, se emborrachó para olvidarla, convencido de que el lunes por la mañana, cuando la viera, todas esas inoportunas sensaciones iban a desaparecer. Ella, por su parte, fustigada por el dolor provocado por una torpe caída que lastimó su muñeca derecha, en su incapacidad para escribir en el celular, descubrió las arañas misteriosas

que le bullían al leer repetidamente los mensajes. Ya no era sólo una sonrisa, sino un placer sexualizado el que emergía efervescente y la fijaba al celular, vibrando al unísono con él.

El lunes, incapacitada, no asistió a la videoconferencia, y el martes, cuando al fin pudo escribir, fue ella la que por la noche envió el primer mensaje con un elocuente y secreto “Hola”, acompañado de una carita sonriente con un minúsculo corazón rojo en un costado. Y con ese peculiar mensaje Efraín al fin descubrió que no era ni por el trabajo ni por su vaso de whisky con lo que se ayudaba a dormir; que se conmocionaba cada vez que se mensajaba con ella.

Al “Hola” y la carita sonriente con un brevísimo corazón a un costado, él respondió con el enunciado del trabajo que esa noche debían abordar, y lo que siguió fue su acostumbrado intercambio estrictamente laboral. Aunque al concluirlo cada quien se recluyó en su discreta intimidad para saborear el placer, obstinadamente sin rostro, que la presencia del otro provocaba, y disfrutarlo antes de su desvanecimiento con la luminosa racionalidad del día; como si la magia de la seducción letrada necesitara del misterio de la noche para suceder.

El intercambio de mensajes continuó y continuó creciendo en intensidad y lujuria clandestinas, que comprendía el irse a dormir con esa voluptuosa presencia del otro en el cuerpo, para juntos habitar templos y laberintos ancestrales repletos de lumínicos misterios y evocativos placeres que, desde la acumulación sensitiva del pasado, venían al presente a través de la tecnología; como si ellos, con sus cuerpos enlazados, fuesen seres mitológicos infractores del tiempo.

En ese refugio de ensueño acumulado, cada uno construyó para sí la imagen del otro, de la otra, que había añorado como la mejor utopía para su vida; y esos sueños, y

sus imágenes transfiguradas, podían leerlos y disfrutarlos en las pequeñas letras tecleadas en el teléfono celular como portadoras de los mejores sentimientos del amor y la alegría. Diana se abandonó al enamoramiento clandestino, como si fuese el regalo por la perseverancia juiciosa de su encierro; mientras que Efraín, igualmente apasionado, se engolosinó con el amor virtual como premio por los tantos años que tenía de haberlo aderezado. Y todo eso nunca dicho, sino a través del lacónico lenguaje empresarial.

El encierro estricto por la pandemia duró doce meses, tiempo que ellos vivieron con pasión letrada su peculiar amorío.

Todo aquello desapareció al final del confinamiento, cuando el *home office* se acabó y ellos nuevamente se encontraron, en las mañanas, en los elevadores, y, por las tardes, en el estacionamiento del edificio de siete pisos con paredes de cristal; y a ella le pareció ridículo el bigote de Efraín, mientras que a él le molestó el desaliño del portafolios de Diana.

UN PATIO DE CANTERA ROSA

Juan de Santiago es un habitante de Morelia, ciudad de regias casonas coloniales de cantera, muchas de ellas con patios interiores sembrados con fuentes y macetas con flores de colores. Vive cerca del centro, a tres cuadras de la Catedral, y cerca también de los cafés donde los parroquianos pasan la mañana con el periódico en la mano, mientras conversan con los amigos y se levantan para saludar al conocido que pasa. Lo que se contará aquí es cómo, de pronto, su rutina de jubilado se rompió ante la catástrofe mundial del Covid-19.

Él antes estaba satisfecho con la cadencia de su vida: a las nueve de la mañana, después de acicalarse, envuelto en una fuerte loción de hombre viejo, salía de su casa a comprar el periódico para instalarse de inmediato en el acostumbrado café de Los Portales. Allí pedía un desayuno ligero y las tazas de café que le acompañarían durante toda la mañana, en espera de que llegaran sus amigos, Alberto, Antonio y Andrés, el trío de las “A”, que junto a él se convertían en el cuarteto de los de 77, que eran los años que cada uno de ellos tenía. Con ellos conversaba acaloradamente las noticias importantes, y, sólo a veces, se contaban sus enfermedades, como anuncios de un futuro conocido, aunque incierto. Lo que cambiaba según el humor de cada uno era el orden del ritual que efectuaban con detallada costumbre. A la una de la tarde les entregaban la cuenta, y, mientras se levantaban y despedían, confirmaban el día, la hora y el turno del que invitaría a su casa para el juego semanal de dominó. Una jornada de tres horas invariablemente animada por un discreto vaso con ron.

Juan de Santiago no la pasaba mal. Había dejado atrás sus años como vendedor de seguros y su errática búsqueda de la mujer ideal para casarse. Nunca la encontró y tampoco se preocupó por ello. Simplemente un día cumplió cuarenta años y descubrió que no tenía interés en compartir su ordenada y metódica existencia con una mujer extraña, que vendría a alterar su casa y el conjunto de su vida.

Era feliz en su pequeña vivienda, con un baño, un dormitorio y una salita de estar, que fungía además como cocina y comedor. Se ubicaba, como otras tres, alrededor de un patio con una fuente al medio y frescos portales con pilares de cantera rosa. La suya daba al oriente y, cerca de la puerta, tenía una banquita de madera desde la que podía disfrutar del bruñido sol del atardecer y observar el trajinar de quienes entraban y salían, sin más compañía que su periódico y las macetas con helechos y geranios.

A las dos de la tarde salía otra vez de su vivienda para dirigirse a la fonda cercana con el mejor menú del día. Regresaba para hacer una pequeña siesta y luego, a las cuatro y media, salir a disfrutar la tarde en su banquita de madera. Allí estaba hasta las cinco y media, momento en que, con el periódico bajo el brazo, se dirigía a la plaza para dar algunas vueltas a la Catedral. A las siete treinta de la noche, en algún puesto callejero, compraba algo ligero para cenar: un elote, un paquete de churros o, si el antojo era mayor, se encaminaba a la plaza de San Agustín para cenar enchiladas, o unos tacos, o un pozole, o unos tamalitos con atole. Regresaba a su casa y prendía la televisión para ver el noticiero de las nueve. A las diez apagaba el aparato, se lavaba los dientes, se ponía su pijama de cuadros azules y blancos, se tomaba el coctel de medicinas pertinentes y se iba a dormir sin el mayor problema. Al siguiente día cumplía la misma rutina, que variaba sólo los domingos, día en que no se veía con sus

amigos y, en cambio, iba a la misa de las once, y al salir se quedaba por allí rondando a la espera de algún evento cultural.

No tenía más familia que una hermana menor, a la que veía poco al vivir ésta agobiada por tres hijos y quince nietos. Así que se llamaban por teléfono cada quince días, a las cuatro de tarde, antes de que iniciaran las telenovelas que le gustaba ver. La conversación entre los hermanos era para ponerse al tanto de los acontecimientos familiares. Eso era todo y a él le gustaba esa brevedad y no tener, como su hermana, los cientos de pequeñas complicaciones que la agobiaban permanentemente, y que a él le confirmaban que su decisión de mantenerse soltero había sido la correcta. Convicción que afirmaba con la cabeza después de colgar el teléfono con un alivio que salía de su pecho, con una exhalación de orgullo y satisfacción.

Esa pausada, monótona y, para él, complaciente vida, se derrumbó cuando, a causa de la pandemia, el confinamiento se hizo obligatorio.



Con sus setenta y siete años de edad, y a pesar de estar excelentemente conservado, Juan de Santiago estaba entre las personas de alto riesgo, ante la gran posibilidad que tenía de morir al infectarse de ese virus inquietante, que se transmitía por el aire, que era contagiabile por cualquier persona, que persistía por horas y días en objetos tocados por enfermos..., y quién sabe cuántas cosas más.

Sus amigos compartían el mismo riesgo. Se cancelaron las citas en el café y para jugar dominó, se anularon los paseos y las misas en la Catedral. Todos se recluyeron en sus casas, rodeados aquellos de sus familiares, mientras él lo hacía en solitario, en su vivienda, dentro la magnífica casona con patio de cantera rosa.

No siendo hombre de computadoras y ni siquiera de teléfono celular, lo único que le quedó fue que el señor del puesto de la esquina le dejara a medio día su periódico en su banca del corredor, y que un hijo de su hermana le llevase provisiones dos veces al mes.

Su única distracción saludable era salir a sentarse en su banca de madera. Sólo que ahora le parecía hacerlo dentro de una distante tarjeta postal, donde lucían hermosos los monumentales pilares, la fuente de cantera rosa y los esmerados corredores; pero donde lo único con vida eran los helechos y los geranios.

Aburrido, aumentó las horas de televisión y empezó a deprimirse.

Las constantes y repetitivas noticias insistían en comunicar que, si bien nadie estaba exento de contagiarse, el bicho tenía una peculiar manera de actuar con las personas mayores de sesenta años; se agudizaba su condición si además tenían padecimientos previos como hipertensión, obesidad y diabetes. Él tenía dos agravantes: la edad y la hipertensión, y por primera vez se sintió viejo. Así que la vejez penetró en su ánimo como una creciente vulnerabilidad acompañada de la idea de la muerte, que lo condujo a sentirse como si estuviese al filo de un inevitable abismo, en el que al caer lo peor no sería morir sino la asfixia previa, que padecería en una soledad de pesadilla rodeado de máquinas y presencias impersonales, encapsuladas en asépticos trajes espaciales.

A la depresión de sentirse viejo se sumó el terror, acaso no de morir sino de la forma de morir.

A los tres meses de la pandemia Alberto murió de un contagio fulminante, y a los seis Antonio luchaba por sobrevivir entubado a una máquina de colores neutros, sin más luz que los azulados marcadores que indicaban su progreso o su debacle. Sólo él y su entrañable amigo Andrés sobrevivían en la soledad de un terror que frecuente-

mente compartían por teléfono. Aunque sus llamadas se fueron espaciando, como si debieran acumular esfuerzos para un encierro cada vez más consistente y solitario. Para el protagonista de esta historia, el único contacto con el exterior era la llamada de su hermana, de cuatro a cinco, para que, en medio del huracán de noticias sobre el avance del virus por el planeta, ella no se perdiera sus telenovelas de las cinco. La conversación era también apocalíptica, sólo que centrada en los miles de detalles que los tres hijos de ella, dos varones y una hija, más quince nietos, aportaban al dramático escenario.



Juan de Santiago se hundió en un pavor creciente ante cualquier contacto humano. Su rostro se tornó amarillento y su estancia en la banquita de madera era casi un suplicio. Para desentumirse sólo a veces se atrevía a caminar alrededor del patio de cantera rosa, con el terror por absorber los virus de quien hubiese pasado por allí.

Comenzó a tomar pastillas para dormir.

Aun así se despertaba a las dos o tres de la madrugada con un grito que no lograba salir por su garganta, ligado por una angustia mordaz que obligaba a su corazón a latir acorralado ante la presencia invisible de un enemigo invasor que devoraba todo su entorno, como una polilla monstruosa capaz de carcomer el piso que lo sostenía para llevarlo hacia el abismo donde al final lo esperaba la muerte.

Lo sabía muy bien: antes de llegar al fondo, padecería torturas angustiosas, dolorosas, que lo masticarían hasta que dejara de ser hombre para ser un amasijo de carne, incapaz de pensar, razonar, decidir, para ser sólo un frío registro en el hospital y luego en la morgue. No sería más

Juan de Santiago, con su bigote bien cortado, sus ojos negros de pestañas chinas, con sus delgadas manos elegantes, centro de su vanidad. Y no podría estar, como se imaginó su velorio, dentro un bello féretro de maderas lustrosas, elegantemente vestido, guapo y galante como había sido.

A las llamadas de su hermana, y a la ocasional de su amigo Andrés, respondía lejano, evasivo, y al colgar con el dedo de la mano izquierda, en la mano derecha mantenía el auricular durante un minuto en el que no sabía qué hacer, a dónde ir, lisiado por la amenaza silenciosa que lo carcomía. Después de colgar el auricular, de ponerse sus anteojos, su cubrebocas y su careta protectora, con torpes y pesados pasos, salía al patio para dejarse caer derrotado en su banca de madera.

Y allí, entre la fría fuente y las macetas con helechos y geranios, permanecía echado como un forro viejo y desgastado que alguien hubiese dejado olvidado en un desvenado desván. Sólo con la llegada del frío implacable que se mezclaba con su frío interior se levantaba para no dejarse morir, y entraba a su vivienda para echarse sobre su cama sin lavarse los dientes, sin ponerse su pijama de cuadros azules y blancos, sin estar atento a todo aquello que antes lo hacía sentirse un ser humano.



En esa condición deshumanizada, la tarde de un domingo recibió una llamada telefónica de un número desconocido. Con pasmosa lentitud miró el sonido intruso mientras que, con un lejano y ya casi desvanecido sentido de la curiosidad, se preguntó quién podría ser. Después de quince timbrazos contestó, menos por interés que por no seguir escuchando el ruido.

—Buenas tardes, señor De Santiago. Soy la señora Consuelo, su vecina del número tres —escuchó que le decían sin que lograra identificar a la nueva intrusa.

—¡Ah! Sí, díga —dijo, para tratar de ganar tiempo.

—¡Mire! La verdad no tengo nada especial que decirle. Sólo que en las condiciones actuales no tengo casi a nadie para conversar. Recibo llamadas sólo de mis hijos, que no hacen otra cosa que quejarse de la lata de tener a sus hijos en casa, y, como eso, se quejan de todo lo demás.

—¡Ah! Sí. Sí. Comprendo.

—Y fue por ello que decidí hablar con usted...

—¿Ah, sí?

—Pero mire, señor De Santiago, si le molesta no hay problema. Pero es que pensé que usted y yo vivimos solos, casi en la misma casa, y nos conocemos de vista desde hace muchos años, así que pensé qué, bueno, por lo menos con usted podría tener alguna buena conversación.

—Sí. Sí. Claro. Por supuesto. Somos vecinos.

—¿Lo incomodo con mi llamada?

—¡No, no! De ninguna manera.

—Pero bueno, señor De Santiago, parece que usted no es muy conversador.

—...¿?

—...¿?

—...¿?

—En fin. Creo que es mejor que me despida. Buenas tardes, señor De Santiago.

—Sí, sí. Está bien. Buenas tardes.

Él se quedó con el auricular en la mano derecha, sin comprender qué habría querido la señora Consuelo y, sin saber lo que debía hacer después de colgar el aparato se echó sobre el sillón, la mirada puesta en nada, los hombros caídos, las manos derrumbadas sobre sus pier-

nas. Aunque con una casi desapercibida sensación de que había sido torpe y descortés.

“¿La señora Consuelo?, ¿qué querría de mí?”, se preguntó, mientras una borrosa figura comenzó a delinearse en su memoria. ¿Era la mujer que todos los días barría el patio, sacudía los rincones de los corredores y cuidaba las plantas? Al parecer sí. Era también la señora que tenía una jaula con pájaros cerca de su puerta, que sacaba por las mañanas y guardaba por las tardes, más o menos a la hora en que él acostumbraba sentarse en su banca a leer el periódico. Pensó que nunca la había visto en misa, tal vez porque iba a otra hora o a otra iglesia, pero fuera de eso no sabía nada de ella. Tal vez era viuda, porque también vivía sola; sólo que antes de la pandemia salía muy emperifollada los domingos, del brazo de un joven o de una joven, que después la regresaba cerca de la siete de la noche.

Hizo un esfuerzo por recordar. Era más bien bajita, con la redondez de un vientre que ha tenido varios hijos. Solía usar faldas de colores y ponerse algo en el pelo mientras trajinaba en el patio. Advirtió que nunca se había preocupado por saber si le pagaban por esas tareas de cuidado o las hacía por voluntad. A él nunca se le había exigido colaboración para pagar la limpieza del patio, y ahora tampoco se preocupó por ello. Eran asuntos de la administración, que de pronto recordó que también estaba en manos de la señora Consuelo. Él simplemente depositaba en el buzón la mensualidad de la renta, y punto. “En fin —pensó—, poco sé de esa señora y menos puedo imaginarme para que me llamó”, concluyó para cerrar el tema y volver a enfrentarse con la vacuidad del qué hacer y a dónde dirigirse en las muchas horas que aún tenía por delante.

El descuido en que había caído se mostraba en su ropa arrugada, en sus chanclas y en el polvo que se acumu-

laba en los rincones de su vivienda. Para evitar contagios había suspendido la colaboración de la persona que antes, dos veces por semana, le ayudaba con el aseo. La desidia se acumulaba. Él limpiaba por aquí y por allá con desinterés, y no todos los días, sin realmente preocuparse por el orden que antes predominaba en su vida.

La llamada intrusa lo había perturbado tanto que no tuvo ánimo para salir a su banca. Se quedó entonces moviéndose inquieto de un lado a otro de su estrecha vivienda, como una cuerda estirada más allá de la costumbre, vibrando sin ninguna voluntad. Así, dislocado en su precaria rutina, no supo qué más hacer y se echó sobre el sillón, ansioso de perderse en el sueño.

A la mañana siguiente, un poco menos confundido, salió a las once a su banca de madera para contemplar ese patio tan vacío que parecía una tarjeta postal. A las doce se abrió la puerta del número tres, y la señora Consuelo entró en la escena, con una charola para alimentar a sus pájaros y limpiar su jaula. Él la observó con un poco más de curiosidad. No era tan vieja como la recordaba, se movía con cierto aire juvenil y con su vestido de flores tampoco parecía ser tan gorda como la recordaba.

Ella volteó a verlo, le sonrió y lo saludó con la mano. Él, incómodo por la nueva intromisión, se puso un líquido sanitizante en ambas manos. Sin embargo, no podía dejar de verla. Algo había en sus movimientos que mostraban que esa mujer sí tenía una vida y sabía qué hacer con ella, aunque fuese limpiar, barrer y darle agua a los pájaros.

Fatigado, regresó a la quietud vacía de su vivienda para no pensar.

A las cuatro de la tarde volvió a sonar el teléfono.

—Buenas tardes, señor De Santiago. Aquí, su vecina otra vez. Espero que esté usted bien, porque en la mañana lo vi muy desmejorado.

—No. No —se apresuró a contestar, nuevamente confuso ante la reiterada intromisión de su vecina.

—¿Sabe usted por qué riego las plantas, cuido a mis pájaros y limpio el patio?

—No. Ayer me lo preguntaba.

—Mire señor De Santiago. Como seguramente usted sabe, soy un médico jubilado y además soy viuda. Hace tres años perdí a mi esposo, que en paz descansa. ¿Se imagina? Después de 35 años de casados nos separamos. Fue por un cáncer fulminante en el pulmón.

—¡Qué barbaridad! Lo siento mucho.

—Gracias. Lo que quiero decirle es que en las semanas últimas de su agonía yo no tuve más cabeza que estar con él en el hospital y acompañarle en su morir. Y cuando regresé, después del velorio y el entierro, mis pájaros estaban muertos y las plantas del patio se habían secado. Y me puse a llorar más y más fuerte de lo que había llorado por mi esposo. ¿Sabe por qué?

—No. No sé.

—Porque mi esposo se enfermó sin que fuera su voluntad. Luchó cinco años contra el cáncer, y yo con él, y perdimos la batalla. Pero no fue su culpa ni la mía. Dios así lo quiso, y nada más. Pero mis pájaros y mis plantas se murieron también y allí yo sí tuve que ver. Que mi esposo estaba muy enfermo, que me la vivía en el hospital, todo eso es cierto, pero no debo usarlo de pretexto para evadir la responsabilidad de mi olvido.

—¡Ah! Sí. Por supuesto.

—Y dada esa explicación ¿ya sabe usted por qué le llamo?

—No. La verdad, no.

—Porque usted, como mis pájaros, como mis plantas, como la fuente y sus pilares, son parte de mi patio, y yo no podría vivir con la pena de dejarlo morir, como lo hice con mis pajaritos, que también descansen en paz.

—¿¡¡Yo!!?

—¿Qué, no se ha visto en un espejo? De unos meses para acá usted está más amarillo que mis canarios. La muerte la trae encima y se le nota a leguas. Y yo no quiero esa sombra en mi patio. Porque es mío, ¿no lo sabía usted? Esta casa fue de mis abuelos y aquí crecí y aquí me moriré cuando Dios así lo quiera; pero mientras, no quiero pájaros de mal agüero rondando por mi patio. Y usted más que hombre, más que persona, parece un muerto en pena y cuando lo veo me dan ganas de llorar. Así que, aunque usted no lo quiera, así como arreglo mi patio, voy a tener que cuidarlo a usted, porque usted ya forma parte de él y se está muriendo. Por eso ya decidí que llamarlo todas las tardes será parte de mis tareas. ¿Está de acuerdo?

—Sí, gracias —alcanzó a balbucear Juan de Santiago, para después, con un poco menos de pesadumbre, y un poco más de asombro por la llamada, colgar el teléfono.



El efecto de las llamadas de la señora Consuelo fueron calando en el ánimo de Juan de Santiago, primero al provocar que las esperase como el momento culminante de un día borroso, y, segundo, porque ante las constantes preguntas de “cómo está usted, qué hizo hoy y qué platillo preparó para comer”, sintió vergüenza de medio existir en una nata de apatía y descomposición.

Nunca se dirigían la palabra cuando en el patio ella trajinaba y él pretendía ocultarse en su periódico, como si el pacto de su comunicación requiriera de la mediación del teléfono y de una especie de ritual: preparase para marcar, ella, y él de estar atento para contestarlo; luego seguía escuchar las preguntas interminables de ella, los intentos de él por contestarlas, y al final la despedida cortés.

Un día, sin embargo, él tímidamente dijo: “mañana es mi cumpleaños”, como si fuese un desilusionado escolar que requiriese un poquito de atención; y entonces ella le propuso llevarle un pastel de chocolate para merendar. Se verían a las ocho de la noche.



Al día siguiente ambos se prepararon para la cita. Ella buscó entre sus vestidos el último que usó para bailar con su esposo, y él sacó su anacrónico traje negro. Sólo que al sacarlo encontró en el fondo de su ropero su antiguo tocadiscos y un viejo álbum de Luis Alcaraz. Y al tenerlo en las manos y observarlo detenidamente se dio cuenta que ese bigote suyo, que tanto presumió, y que ese pelo relamido puesto hacia atrás, lo mismo que su mirada con el rizado coqueteo de sus pestañas, no eran sino la recreación de la imagen de ese compositor y director de orquesta de tanto éxito en sus tiempos de juventud. Descubrirlo no le molestó y, en cambio, con cariño desempolvó la carátula del acetato de treinta tres revoluciones para darle un lugar de honor. Y con el orgullo recuperado se arregló con esmero para ser él otra vez.

Llegaron las ocho de la noche y él esperaba junto a la puerta. Ni muy lejos para no tardarse en abrir, ni tan cerca como para descubrir el secreto de su espera.

Cuando Consuelo tocó la puerta, con un chal para cubrirse los hombros sutilmente descubiertos, él con galanura le abrió, los dos protegidos únicamente por la sinceridad de su sonrisa.

En el tocadiscos Luis Alcaraz hacía sonar sus metales como fanfarria de bienvenida.

Ella colocó el pastel de chocolate en la mesa y él, atento, le ofreció su mano para bailar.

Con su bigotillo bien delineado el músico les daba la entrada con su famosa pieza “Viajera”: el grave saxofón marcándoles cauto la distancia correcta del abrazo. Él rozándole la cintura; ella, tímida, leve, colocando su brazo izquierdo en su espalda. Sus cuerpos, no tan lejos como para no sentir el aliento del otro, no tan cerca como para contravenir los límites. Y comenzaron a bailar con la discreta batería marcándoles el paso, el saxofón cantando, las trompetas coloreando la composición, dándole el toque brillante a la melodía...

Viajera que vas por cielo y por mar
dejando en los corazones
latir de pasión, vibrar de canción
y luego mil decepciones.

A mí me tocó quererte también
besarte y después perderte.
Dios quiera que al fin te canses de andar
y entonces quieras quedarte.

No sé qué será sin verte,
no se qué vendrá después,
no se si podré olvidarte,
no sé si me moriré.

Mi luna y mi sol irán tras de ti,
unidos con mis canciones,
diciéndote ven, regresa otra vez,
no rompas más corazones.

Y en ese baile, los que se estrechaban no eran ellos con sus cuerpos apesadumbrados por la carga de tantos años; eran esos jóvenes que fueron antes de los veinte, cuando en la preparatoria asistían a los bailes del 8 de mayo, realizados en el Colegio de San Nicolás, en los festejos del

natalicio de Miguel Hidalgo, cuando Luis Alcaraz llegaba a Morelia para amenizarlos.

Ella con tobilleras, zapatos con un diminuto “tacón de muñeca”, falda acinturada debajo de la rodilla, el pelo rizado hasta los hombros y, en piel, la emoción del descubrimiento rozándole. Él, con el deseo de parecerse al músico, con su traje negro, lustroso y un poco corto porque no acababa de crecer, emocionado, tímido y valeroso para sacar a bailar por primera vez a una muchacha. Los dos inocentes, repletos de posibilidades; aburridos del lento paso del tiempo escolar, rápido y agitado ante el despierto sentir de sus ansias locas; concentradas sus inquietudes en el rubor de sus mejillas, palpitantes en sus incertidumbres, insondables en sus misterios, irruptoras en sus madrugadas; efervescentes en la volatilidad de sus sueños, incapaces de plasmarse en un deseo concreto y, en cambio, fugitivas como mariposas en vuelo en un jardín lleno de flores nuevas.

Y entonces Luis Alcaraz hizo sonar los clarinetes para anunciar que se alistarán porque lo que seguía era “Bonita”. Y de inmediato puso en acción la sonoridad de los clarinetes para encantarlos aún más, mientras el piano presumía sus adornos y el bajo les revelaba el ritmo. Ellos girando, no tan rápido para no desentonar, ni tan lentos para suspender la cadencia romántica del vestido de ella y el garbo acompasado de él. Sus manos rozándose apenas, leves como suspiros clandestinos recién nacidos.

Bonita,
como aquellos juguetes
que yo tuve en los días
infantiles de ayer.

Bonita,
como el beso robado

como el llanto llorado
por un hondo placer.

La sinceridad de tu espejo fiel
puso vanidad en ti,
sabes mi ansiedad, y haces un placer,
de las penas que tu orgullo forja para mí.

Bonita,
haz pedazos tu espejo
para ver si así dejo, de sufrir tu altivez.

Luis Alcaraz cantaba y ella estaba ahora en el Jardín de las Rosas, en una banca, cobijada por los añosos árboles de copas tan grandes como sus sueños; sentada con los libros sobre las piernas; y junto a ella aquel muchachito que, como ella, era incapaz de decir algo con palabras, diciéndolo todo con sus ojos radiantes, sus mejillas imberbes cubiertas por el embeleso de la primera tarde de amor; fresca como enredadera de bugambilia, misteriosa como el jardín con senderos de hojas verdes, cobijo para los enamorados, prudente con los secretos que allí se contaban.

Los dos ofrendándose su juventud, brindando por ella con el primer beso, tembloroso aún. Y él bailaba turbadamente enamorado, haciendo de aquella mujer todas las que amó, la síntesis perfecta de todo lo que había sido; y sentía cómo la piel se limpiaba de arrugas para enfrentar lozana las caricias prometidas por sus manos enlazadas por el baile. Ángeles del amor renacido entre la penumbra de los muros, afuera el patio de cantera rosa, con su fuente y sus macetas de helechos y geranios, bañados por la luz de aquellas tardes bajo los árboles de los jardines de Morelia.

Y Luis Alcaraz continuaba la canción, también recién nacida, hecha para ellos:

Una cabaña en el jardín
y una canción que canta el mar
y nada más que tú.

Hay una huella de tu amor,
hay un cerezo y una flor
y nada más que tú.

Hay en el cielo golondrinas
y en su trino poesía y allí tu voz, tú.

Y mientras toca un disco viejo una canción
que habla de amor, yo soy de ti, de tú.

Las olas vienen y se van,
los labios besan sin hablar.
esclavo y rey yo soy de ti, de tú...

Y allí continuaban bailando, mientras un disco viejo tocaba una canción que habla de amor de ti, de tú... Reunidos por el encierro, acosados por la vejez; y, sin embargo, libres en su remembranza, casi niños en sus sentimientos. Tocados por la mano de Dios para que pudiesen bailar, no como eran, sino como habían sido, con la sorpresa haciéndoles temblar y el futuro sin límites frente a ellos.

Entonces se distanciaron un poco más para poder mirarse. Y se descubrieron felices, con el gesto de aquellos que se atreven a contarse un secreto, un secreto de amor.

LABIOS DE MANDARINA

Creí cumplir mis expectativas de educación el día que me aceptaron en una prestigiada universidad privada de la Ciudad de México para cursar la carrera de comunicación. Educado por los jesuitas en Puebla, el tránsito me pareció sencillo, aunque pasara de una ciudad de alrededor de seis millones de habitantes a una urbe de más de veinte millones. Y sí lo fue, pues de inmediato me identifiqué con el estilo donde el rigor de la enseñanza con perspectiva cristiana se junta con alumnos, casi clientes, capaces de pagar altas colegiaturas, y en la que se asumen, por principio, valores morales y religiosos. Igual que en mi antigua escuela, hay una vocación de compromiso social con posibilidades de ser ejercida en una amplia gama de proyectos comunitarios.

Mi padre, abogado de profesión y católico de convicción, se encargó de conseguirme una habitación independiente en un departamento compartido con otros dos estudiantes, también de buena familia, estudiantes de derecho, aunque un poco mayores que yo. Lo que para él garantizaba que sabrían acompañarme, orientarme y también, un poco, vigilarme. Los seis primeros meses fueron predecibles y no tuve tropiezos, así que los viví con la satisfacción de estar fuera de la casa de mis padres y de tomar toda clase de decisiones, lo que, según yo, me hacía maduro.

En el segundo semestre Lulú se incorporó a mi clase; una guapísima chica cuyo rasgo más llamativo eran sus labios gruesos y golosos, como gajos de mandarina; bulluciosos, además, porque el labio inferior, con una ligera hendidura al centro, lo hacía parecer un corazón. De inme-

diato me enamoré. Con tal ceguera que fui descubriendo sus cualidades hasta semanas después, lo que me convenció de que ella era la super elegida para enamorarme de verdad.

Hasta hoy recuerdo el impacto primero de verla entrar, con sus ojos asustados y sus sonrientes labios de mandarina. Y no es que fuera la primera o única chica hermosa que contemplara en la universidad, porque si algo hay aquí son chicas esbeltas, bien vestidas y, ¡puf!, arregladas de una forma que ¡waw! Varían tal vez en el color, en la altura, pero todas sanamente cuidadas pasan por los pasillos con sus botellas de agua y comen con precaución en las cafeterías de la Uni: frutas y verduras balanceadas, algo de pescado y pollo, y nada de garnachas. Incluso he llegado a pensar, al compararlas con las chicas que veo transitar por las calles, que tal vez no es que mis compañeras sean más guapas sino que están mejor alimentadas. En esos casos el dinero se traduce en un buen forro de piel y en una muy pensada forma de vestir, aunque ésta sea casual.

Pasaron varias semanas en que no hacía más que observarla de lejos, hasta que por fin comencé a acercarme, primero en las aulas y después en las jardinerías donde esperábamos el cambio de profesor. Algo debo tener yo, alguna cualidad que no identifico, porque aquí también abundan los jóvenes atractivos y bien vestidos, tallados por las áreas de deporte con que cuentan la Uni: el gimnasio, las canchas deportivas, el salón de yoga, las pistas para el pentatlón; así que si me comparo con ellos, yo, honestamente, me siento en desventaja, con mi pelo lacio y mi cuerpo sin nada por lo cual llamar la atención. Por suerte para mí, el día que le pedí que fuera mi novia Lulú aceptó sin pensarlo demasiado, lo que me provocó la sensación de ser especial, porque ella estaba conmigo; juntos tomábamos las clases y pasábamos el tiempo libre. Como

novios nos conectamos de inmediato en gustos y formas de ser, así que todo marchó de maravilla.

Al final del semestre ya teníamos un grupo, formado por sus amigos y los míos. Una pandilla de seis, con tres y tres: Lulú, Andrea y Joselyn, más Jordi, Mason y yo. A veces estudiábamos juntos, pero lo usual era que nos reuniéramos los viernes por la noche para ir a un antro a beber cerveza, cerca la Uni, o que nos trasladáramos hasta La Condesa a un lugar de *shots* de tequila donde además podíamos bailar. Así llegamos al cuarto semestre, felices mis padres y yo con mi tierna y bella novia de labios de mandarina. Ella a veces se quedaba a dormir conmigo y yo crecía en volumen al sentirme ¡realizado! ¿Podría haber algo mejor? No me lo imaginaba. Todo iba estupendamente para mí.

En el quinto semestre se unieron a nuestra clase dos personas que nos trastornaron: la superguapérrima Jessica y el arrogante y espectacular Ethan. Ella, como salida de un *reality show*, era extravagante y lucidora en todo: cara, cuerpo, ropa, temperamento, simpatía, cordialidad, ¡puff! Una concentración de bendiciones que la hacía súper-súper ¡waw! Además, que en las clases no se detenía y agarraba polémica con los profes sobre cualquier tema, nunca desinformada. Nos tenía fascinados y a la expectativa de lo que se le ocurriera. Y él, de buen porte y muy galán, como un Mi Rey del cine actual, y con guardaespaldas y chofer a la orden, era displicente con nosotros; nunca parecía darse cuenta de que estábamos allí y, sin embargo, de todos conocía lo esencial y era generoso para explicar lo que no entendíamos en clase y, sobre todo, para pagar nuestras descomunales cuentas en bares y antros. Varios y varias en clase cayeron fulminados de amor.

Inteligentes, ricos y sagaces, ellos no parecían interesarse en entablar ninguna relación emocional con alguien

de la Uni; y aunque los de ese par no se conocían previamente, eran como dos soles dentro de una misma galaxia que nos contenía a todos, y nos hacían girar en torno suyo. Por iniciativa de cualquiera de los dos nuestro pequeño grupo de seis amplió los sitios de diversión y, con uno o con la otra, o con los dos juntos, íbamos los fines de semana a sus casas de veraneo en Valle de Bravo, en Tequesquitengo o en Cuernavaca, y alguna vez fuimos hasta Acapulco. Lulú y yo, al seguir enamorados, teníamos un halo protector frente a esos soles; y en cambio sus invitaciones nos permitían salir de la rutina de estudiar y al mismo tiempo mantener en orden todo lo de la escuela. La pasábamos súper. Semanas de pesados estudios y presentaciones en clase, y fines de semana relajados, ¡de lujo!



Eso se mantuvo igual hasta que llegó la pandemia; las fiestas se volvieron clandestinas y recibimos la fatídica invitación para asistir a una en el norte de la ciudad. Nos llegó por mail: unos sensuales labios negros sobre un fondo rojo decían: “¡ATENCIÓN! FIESTA PRIVADA”, y, abajo, con letras más pequeñas, la fecha, el horario, el costo, los Dj’s responsable de la música y la dirección electrónica para hacer la reservación. Más abajo se anunciaba: “¡CUPO LIMITADO!, NOS RESERVAMOS EL DERECHO DE ADMISIÓN”. Y por último, una carita sonriente con el dedo indicando “¡Silencio!”.

Lulú y yo decidimos ir en auto seguro, de los que se solicitan por teléfono, para poder beber y bailar a gusto, sin preocuparnos por el estacionamiento ni por el alcoholímetro al regreso.

El lugar era un enorme galpón, que visto por fuera era como de almacén de fábrica y que por dentro daba la impresión de haber sido acondicionado por los buenazos,

capaces de hacer inteligente un edificio. Sin casi nada de mobiliario, con luces y sombras demarcaban espacios fáciles de comprender: por aquí el sitio de las bebidas y a un lado, en una plataforma, el área de los Dj's; a los costados un espacio iluminado con mesas y bancos altos, y otro discretamente oscuro y vacío para dar intimidad a los seducidos momentáneos; al centro la zona de baile y, hasta el fondo, el parpadeante letrero de los baños, en letras rojas; y debajo de éste, el azul indicador de los *Cool-Rooms*. Lulú y yo nos miramos divertidos, pero no más que cuando, al entregar nuestros boletos de entrada, nos ofrecieron para escoger entre una colección florida de condones, de todos los tamaños y sabores, colocados en una canastita tipo abuela.

En las mesas altas encontramos ya instalados a los cuates de la pandilla y, girando por allí, vimos a Ethan y a Jessica, súper *cool* los dos, cada quien en lo suyo, pero, como siempre, con gente aleteando a su alrededor, atraídos por su luz.

Nos acomodamos y empezamos la chorchica: conversación con los cuates, la bebida y la bailada, y hasta allí ¡todo bien!, ¡súper *cool*! Después de la una de la madrugada ya estábamos más que mareados, pero bien. Lulú y yo nos refugiamos en nuestra mesa para descansar un rato, mientras los demás eran ya parte de una extraña masa humana agitada que levantaba los brazos, cantaba, bailaba y se componía y descomponía al ritmo de la música. Nosotros nos metimos en una de nuestras apasionantes y etílicas conversaciones, que nos daba por entablar en la madrugada. En esa estábamos cuando la súper ¡waw! de Jessica se me acercó, alargó la mano para pegar sus exuberantes labios a mi oreja, y con su ardiente aliento decirme:

—¿Te molestaría si beso a Lulú? ¡No sabes cómo me gustan sus labios!

Y dicho eso se acercó a mi novia, la estrechó por la cintura, le lamió la mejilla, y, como serpiente encantadora, mientras le restregaba su sinuoso cuerpo, le dijo:

—¿Quieres? Se me antojan mucho.

Lulú, sin rechazarla, me miró para preguntarme qué hacer. Y yo, confundido como nunca, no sabía qué decir. En tanto, Jessica pasaba de la mejilla al cuello, para subir a estacionarse muy cerca de los labios de mandarina de mi novia.

—¡Pues si ella quiere! —dije al fin, con el aire más estúpido que debo haber tenido a lo largo de mi vida.

Lulú no dejaba de mirarme, como si yo fuese el último sitio para resguardarse de esa lujuria, que yo sentía que ya estaba en su cuerpo y podía ver en la ligerísima vibración de sus labios. Miré sus manos, y éstas, que al principio no sabían qué hacer con el lascivo cuerpo de Jessica, ahora parecían alistarse para apresarla también y emprender una excelsa danza sensual.

—¡Si tú quieres! —dije, con la necia esperanza de que ella empujara a Jessica y derramada en amor regresara a mi lado. Pero eso no sucedió, y para mi sorpresa siguió contemplar cómo se abrían sus labios de mandarina para ofrecerlos a la boca roja y voraz de la mujer más bella del mundo, que parecía succionarla para llevarla consigo a la órbita más íntima de su universo personal.

¡Yo no podía salir del estupor! Su beso fue largo y apasionado, con un abrazo de caricias que ambas disfrutaban, ajenas a los gritos de los hombres que ya las rodeaban para gritar como simios, mientras se golpeaban el pecho como machos en la jungla, excitados por el olor de las hembras en celo.

Yo, mareado por la explosión de testosterona, por el estrepitoso bramido de los machos, seguía inmóvil, observándolas, observándolos; imaginándome con un mono juvenil, despojado de la hembra que sentía mía, pero no por

un macho viril de los que gemían, saltaban, rugían, sino por otra mujer, cadenciosa, sublime, arrebatadora en su capacidad de mostrar sus artes más sutiles y eróticas de seducción.

¡No podía creerlo! ¿Era un sueño? ¿Una pesadilla? ¿Parte y parte?

Entre esa multitud de cuadrúmanos enardecidos de placer apareció Ethan, que amigable me abrazó, en un gesto que yo sentí solidario, hasta que siguió de largo hacia ellas para incorporarse a esa confusión de labios entrecruzados; primero besó los de mandarina y después los rojos de Jessica, en tanto se interponía entre ellas para recibir de ambas las sinuosas caricias del acompañamiento. El rugido de los machos cesó de inmediato, como si con la presencia del otro se hubiese quebrado el flujo de energía que ellas, con sus besos, hacían vibrar hacia ellos.

Yo seguía perplejo. Era un naufrago que frente a mí tenía la tierra pródiga del placer químicamente puro, neutro en su composición, imposible de forzar dentro de una categoría y que se ejercía en la libertad de la atracción, sin encasillamientos, irrefutable; y al que yo, al situarme en su lejos, me colocaba en el absoluto de la exclusión, de lo incomprensible, de lo ajeno.

Un cambio de música y de luces pudieron al fin sacarme de allí, pero sólo por un momento, porque con esa irrupción lumínico-sónica el trío se descompuso para sumarse a la masividad de quienes bailaban en el centro del lugar; como individuos dispuestos a dejar de serlo para participar de un ente multiforme que se movía al unísono y luego se descomponía en otros varios, formados por dos, por tres, por cuatro seres sin género, sin distinciones, para besarse, acariciarse, dentro de una liturgia incomprensible para mí, excelsa para quienes junto al pudor desechaban sus ropas, para ser cuerpos sin nombres, y entregarse al placer prístino, según la enloquecedora mú-

sica del momento. Sólo por instantes distinguía a Lulú en fogoso abrazo con uno o dos desconocidos, o con una o dos desconocidas, o siendo arrastrada por un pequeño grupúsculo que se alejaba de la amplia marejada para deslizarse hacia las zonas oscuras y hacia los *CoolRooms*.

No sé cuánto tiempo pasé en ese estado de confusión, observando las figuras de ese caleidoscopio en transición, que se transfiguraba demasiado rápido para que yo pudiese comprenderlo, o tan sólo fijarlo en mi memoria. Tan veloz era el cambio, con tantos colores obscenos, con tan ensordecedora música y con tanto alcohol, que cuando Ethan se me acercó y me jaló para besarme tampoco supe qué hacer. Fue un beso húmedo y fugaz, tal vez porque no pude responderle y en segundos él siguió hacia un camino más audaz.

Después de no sé cuántos minutos, entre esa desnuda multitud sin rostros, fue un hombre mayor que yo el que me jaló y yo sin voluntad me dejé llevar hasta la penumbra del corredor del fondo. Sentí sus manos sobre mi virilidad y yo sin fuerzas para resistirme no dije nada; y él continuaba con la avidez de la seducción anónima... mientras que yo seguía dentro de la pesadilla de sentir su cuerpo pegado al mío y padecer sus manos de gorila peludo que me estrujaban con una fuerza descomunal, mucho mayor a la mía, a mí, pobre macho débil, inferior ante el líder alfa de la manada, que me sujetaba sumiso y ante el cual yo sólo podía salvar mi boca, manteniendo desesperado la cabeza a un lado... Humillado me dejaba hacer como si pagase la culpa de mis prejuicios o de mi falta de apetito en esa bacanal que se ofertaba.

Entonces el tipo de barba bien cuidada me sujetó del cuello como si quisiera ahogarme, y con fuerza descomunal me arrojó hacia la pared, la cabeza sojuzgada en el muro, mis mejillas sintiendo el frío del cautiverio, mis brazos arañando la pared para no caerme, los labios se-

cos, la confusión de la derrota girando alrededor cual danza tétrica, sus manos desabotonándose el pantalón. Y yo hundido en la ignominia, pasivo como animal en matadero.

Para mi fortuna, antes de que sucediese lo que parecía inevitable, Lulú llegó para salvarme. Me arrancó de aquel funesto abrazo y, tomados de la mano, cruzamos entre esa marabunta enardecidas de bocas y cuerpos codiciosos.

Afuera nos esperaba el taxi salvador.

Nos subimos a él y durante el trayecto hacia mi departamento nada nos dijimos.

A la mañana siguiente, cuando desperté, ella ya se había ido.



Una semana después nos vimos para hablar.

Yo le reiteré mi amor y el compromiso de seguir juntos a pesar del aquelarre, en que yo la había visto transformarse en un ente más de aquella masa ardiente. Con estudiada serenidad le hice saber que para mí no significaban nada los excesos de aquella noche. Después de todo éramos jóvenes y aquellas subversivas escenas no habían sido más que una lección que nos fortalecía como pareja. Me sentí otra vez sabio y maduro.

Ella dulce y tiernamente me miró con un leve toque de nostalgia. Me amaba, era cierto, como cierto era también, me dijo, que aún teníamos mucho por conocer. Y que una probadita de lo que ofrecía la vida la había tenido aquella noche en que pudo adentrarse en otros sabores, distintos a los míos. En fin, que para ella la lección había sido distinta a la mía, porque le había descubierto que no estaba en la edad de estacionarse. Entonces abrió sus de-

liciosos labios de mandarina, me dio un largo y sentido beso y se marchó.

Yo, dolido, me volví un solitario.

Me alejé de mi grupo, testigo de mis desgracias y, por un poco, de mi deshonra.

Y hasta hoy los veo a todos alrededor de Jessica y Ethan, como si giraran en torno a dos soles incandescentes, dentro de una galaxia inalcanzable para mí, bajo el encierro de mi anacrónico sentido de una masculinidad heterosexual y monógama.

ABISMOS ESCARPADOS

Sandra era perfecta, de piel blanca y un pelo cuya negra cascada le llegaba a la cintura; y siendo tan perfecta se hizo pareja del chico más guapo de la escuela, con acogedores ojos negros y una piel del color de la canela. Altos y delgados, parecían deslizarse en una nube que los ponía a salvo de la barbarie y la vulgaridad del mundo, incluyendo la feroz convivencia estudiantil, cargada de inseguridades y competencias. A todos nos hubiese gustado ser como ellos o encontrar a una pareja para ser como ellos: etéreos en sus movimientos, profundos en sus reflexiones, perfectos en sus cuerpos, armónicos en su alianza amorosa.

No conocía a nadie que se resistiera a sus encantos, y en aquellos años de formación su imagen se internalizó en nosotros como la añoranza de nuestras carencias y como aspiración de lo que con algo de suerte acaso podríamos conseguir.

Terminamos la preparatoria y todos los compañeros de generación nos inscribimos en muy diversas universidades, y yo mantuve mi ideal de lo que debía ser una pareja.

Hace algunas semanas llamé a Sandra y, en el contexto de nuestra larga conversación telefónica, me contó la verdad: nuestro héroe en realidad era un ser despreciable que la usaba de bastón existencial. ¡Qué decepción! Y pensar que yo terminé con mi novio de entonces al suponer que por alegre y divertido era un ser superficial. Y le dije presuntuosa: “Yo busco algo esencial. Una relación que día con día se construya para comprender la razón del ser y la existencia”, convencida de que el placer y la risa

eran incompatibles con el espíritu filosófico que debía marcar el vaivén de mi existencia.

Azorada por la revelación, le supliqué que me contara la verdad sobre ese hombre que hasta entonces mantuve como ideal. Ella aceptó, con la voz puesta en la distancia, seguramente con las manos estrujándose una con la otra, como un gesto revelador de lo que había sido aquella relación y lo difícil que había sido sustraerse de ella.

Así supe que el envidiado Raúl la hacía vivir en una nube, pero de depresión; y que aquellas disquisiciones profundas sobre la existencia humana, que nosotros observábamos de lejos con insuperable envidia, eran una retahíla de reproches y humillaciones dictadas desde la enfermedad soberbia de su novio, para someterla. Se trataban de disquisiciones sobre la necesidad de emprender el camino de la sabiduría que los liberase de la vida burguesa, fría en valores y superficial en su consumo, propia de la sociedad contemporánea.

En el fondo, me explicó mi amiga, era una forma de convencerla de que el amor carnal era un pecado, una transgresión del camino hacia la perfección a la que debían de llegar a través del sacrificio y la abstinencia. Por ello, la sexualidad la padecían como tentación, como un desvarío donde ella era culpable por ser lasciva, al inducirlo con su sola presencia a tener relaciones lúbricas que le robaban la energía destinada a las indagaciones del espíritu. Hacían el amor con la violencia de la culpa y, al terminar, él la humillaba por su incapacidad para contenerse y contenerlo. La avasallaba, además, por ser rica y guapa. “¿Serás capaz de renunciar a tu belleza para demostrar que no te importa?”, la retaba, mientras le acercaba al rostro el encendedor con que prendía su cigarrillo, invariablemente después de hacer el amor. “Era un malnacido, acompañado y con muy poca madre”, dijo Sandra, y yo escuché el golpe que se dio en la cabeza con el auricular, como

queriendo sacudirse las reminiscencias de ese hombre perfecto para nosotros, temible para ella. “Y era tanta su crueldad, su capacidad de manipularme, que llegué a sentirme culpable”, dijo con una voz triste, que expresaba dolores acumulados.

Él no le perdonaba ser guapa, vestir buena ropa, vivir en una casona linda y traer dinero en su bolsa; aunque nunca rechazó lo que ella le compraba. Así que a pesar de tantos obsequios y de la buena vida que ella le ofrecía, él mantenía su tortura, al grado que ella llegó a sentir que debía renunciar a todo, cuerpo, cara y posición social, para alcanzar la plenitud espiritual que él le exigía. Era su gran amor y valía cualquier renuncia para alcanzarlo en esa sapiencia filosófica y existencial.

“¿Y por lo menos la pasaban bien cuando hacían el amor?”. Le pregunté intrigada por la magnitud del sacrificio que ella estaba dispuesta a hacer para continuar a su lado. Un suspiro, como lamento, anticipó la respuesta. El sublime Raúl la acariciaba como fregando el piso, y al terminar corría a lavarse como si hubiese metido el cuerpo en la cubeta de agua sucia.

Mucho le costó a Sandra entender que algo andaba mal con él y no con ella.

Lo comprendió con inusitada claridad el día en que, por el ventanal de un restaurante argentino, lo descubrió zamparse un cavernícola filete, para, una hora después, al encontrarse, decirle que llevaba dos días sin comer y, con la lúgubre expresión de cómo sufro, tender la mano para recibir la consabida cooperación monetaria que mi amiga semanalmente le entregaba. ¡Sandra no podía creerlo! Hacía tres meses que su novio se había vuelto vegano o macrobiótico o cualquiera de esas cosas, de modo que el discurso del vegetarianismo y la necesidad del ayuno eran los nuevos temas para martirizarla. Nada de carne, nada de huevo, ni siquiera de leche.

Esa tarde del filete, ante la contundente evidencia, Sandra se marchó de su vida. Sólo que desprenderse no fue fácil y, por la añoranza, llegó a culparse de no haber sido capaz de comprenderlo, ni de cumplir el sacrificio de renunciar a todo para llegar junto a él a la perfección de la renuncia, y, desde la humildad, acercarse a la luz de las milenarias sabidurías orientales.

Necesitó tiempo y meses de terapia para librarse del tortuoso gusto por el guapo y místico Raúl. Sin embargo, ése no fue al final. Dos años después, presa de la añoranza que todo lo idealiza, fue a visitarlo cuando él estudiaba filosofía en una universidad de Arizona. Vivía en el desierto, en un remolque blanco, en plena austeridad existencial. Al punto de que cuando la invitó a tomar un té lo fue a cortar de un matorral cercano. El encuentro fue cordial y pasaron varias horas recordando viejos tiempos y poniéndose al tanto de lo que cada uno había hecho, así como de los planes que tenían para el futuro.

Hacía mucho calor y ella solicitó varias veces que le llenara la taza con aquel extraño brebaje de orégano silvestre, así que mientras él salía a cortar las hierbas y preparaba el té en una olla vieja, ella observaba las fotografías sobre la fauna del desierto colocadas en las paredes del remolque. Y fue en uno de esos momentos de tregua en la conversación cuando él se le acercó con la malévola intención de seducirla.

Después de rechazarlo, lo más sutil y elegantemente que pudo, la charla decayó y, haciéndose eco de lo que sabía de mi amiga, el tipo hizo todo para romper sus barreras, puso a prueba sus puntos débiles y buscó la forma de no dejarla ir sin antes hacerla padecer por ser una mujer insensible, incapaz de entregarse al momento trascendental que estaban viviendo en su ascético remolque.

El punto cumbre de su cita, el broche de oro con que culminó el encuentro, llegó cuando ella necesitó ir al baño

y el joven filósofo la mandó a “hacer sus necesidades” detrás de una duna. Con los remilgos propios de una chica educada en la ciudad, Sandra padeció lo indescriptible al verse amonada entre los zarzales del desierto, rodeada de su misteriosa fauna.

Así que después de manotear en contra de las hormigas, y cuando al fin pudo subirse el pantalón, juró que jamás volvería a sentirse culpable por sus bienes materiales.

Entonces regresó al remolque, se despidió educadamente del guapo de Raúl, y manejó de vuelta a su hotel disfrutando cada segundo del aire acondicionado.

AMOR EN REBELDÍA

Estudiaba sociología en la universidad cuando una parte del mundo creía en la revolución que haría del nuestro un mundo mejor, más igualitario y justo. Como paradoja, frente a la contundencia de la sociedad dividida en clases, nosotros, estudiantes y militantes de izquierda, huíamos de su existencia; o por lo menos tratábamos de ignorar las diferencias entre nosotros, compañeros que buscábamos la igualdad.

Yo, como miembro de una familia de intelectuales clase-medios, trataba de pasar desapercibida al usar la ropa más vieja y neutral de mi clóset cuando iba a volantear por las calles y a escuchar los ardientes discursos en contra del gobierno. Y sólo los fines de semana, con culpa de clase, vestía lo que de verdad me gustaba.

Mi brigada era la de Miguel, un joven de veintidós años, de pantalón de mezclilla y morral de lona verde, signo de su simpatía por el maoísmo y de sus diferencias con los trotskistas, de lentes pequeños y barbas de chivo, así como de los estalinistas que preferían el anonimato tras sus pantalones y camisas de mezclilla al estilo de Si-queiros. Junto a él participé por primera vez en las guardias nocturnas en apoyo a las huelgas de los trabajadores de una fábrica automotriz.

Recuerdo a la perfección el olor a miedo y humo de ésa mi primera noche, ante la posibilidad de que llegaran los esquirols o los policías para tronar el movimiento. Nos dábamos valor entonando aguerridas canciones de José de Molina, Óscar Chávez y Gabino Palomares, con el apoyo de una guitarra, en manos del compañero más

entonado. Era invierno y, para calentarnos, obreros y estudiantes nos apretujamos en torno a un montón de llantas que ardían sin importarnos que el olor fuera insoportable.

Yo, en la aventura de dormir en la calle, llevaba puesto sólo un suéter de lana de Chiconcuac, tan abierto en su tejido que el viento circulaba sin remedio hasta helarme los huesos.

A las dos de la madrugada el frío era insoportable. Mis pies, cubiertos con unos zapatos ligeros, no hechos para el trabajo y menos para el desvelo, estaban al borde del congelamiento, así que sin remilgos me pegué a Miguel, quien no padecía la helada, envuelto en una cobija gris con el clásico olor de los hombres que viven solos, sin preocuparse demasiado por su aspecto.

Él, solidario, me abrazó para compartirme el calor de su cuerpo. Poco a poco fue cediendo mi frío hasta que una modorra parecida al sueño se apoderó de mí, y fue cuando sentí su mano muy cerca de mi seno derecho. Despa-bilada por la sorpresa miré de reojo al compañero para indagar si se trataba de una seducción o de un descuido. Sin embrago él, atento a la canción de *La maldición de la Malinche*, entonada a gritos por el compañero guitarrista, parecía no darse cuenta de que su mano cubría ya la totalidad de mi seno. *Eran los hombres barbados de la profecía esperada...*, decía la canción, y el ciego calor de esa mano se propagó hacia mi otro seno como si, envidioso, exigiera un trato igualitario... *Y en ese error entregamos la grandeza del pasado....* y una parte de mí me incitaba a levantarme para darle un sopapo al dueño de la mano, mientras que otra me sujetaba al disimulo para prolongar el gozoso placer que me inundaba. *Hoy, en pleno siglo XX, nos siguen llegando rubios y les abrimos la casa y los llamamos amigos...* Y pensé que después de todo, bien podía justificarme diciendo que estaba dormida sin darme cuenta de nada.

A la luz de la historia de nuestro mestizaje, plasmada en la canción de Gabino Palomares y del apestoso fuego de las llantas quemadas que nos servían de fogata, miré a Miguel. Y no es que no lo hubiese visto antes, sólo que un camarada adquiere un rostro distinto una vez que, agarrándote un seno, vigila que no lleguen los rompehuelgas. Su melena castaña en desaliño parecía ser de delgadísimos alambres y le llegaba a los hombros. Grandes ojeras enmarcaban sus ojos cafés y la piel de su rostro tenía pecas y estaba quemada por el sol. Los dedos de sus manos eran chatos y manchados por la nicotina de su permanente cigarro barato. No era bajo, ni tampoco muy alto, al no medir mucho más que yo. Miré luego las puntas de sus botas de minero, negras, toscas y enlodadas, y recordé que cuando caminaba elevaba demasiado los talones, como si deseara ascender a algún sitio. Definitivamente no podía negar su origen proletario. Decidí que no me gustaba y que nunca más volvería a compartir cobija con él, aunque mientras lo aseguraba seguía clavada a su lado.

Yo no tenía novio, sólo que este compañero de lucha no cumplía con el ideal con quien soñaba. En mis noches de ansiedad me imaginaba acariciada por hombres de barba tupida, melenas rizadas, ojos claros, manos cuidadas y un discreto olor de lima o de maderas tropicales y pimienta. O sea que aquellos de mis fantasías tenían las características de los intelectuales chilenos y argentinos que nos daban clases en la universidad y nos enamoraban con su elocuencia y su elegante estilo de vestir, diferente al de los estudiantes, mayoritariamente pobretones, de la facultad donde yo estudiaba.

La guardia concluyó sin problemas y sin que la mano de Miguel avanzara desde la posición en que se había instalado, así que a las seis de la mañana los que formábamos la tropa militante nos fuimos a desayunar a una fonda

cercana para no agotar las reservas de los compañeros huelguistas.

Varias noches más hicimos guardia afuera de la fábrica y, tal como me lo prometí, llevé mi propio cobertor y con esmero me coloqué junto a las mujeres de mi brigada, poniendo una sabia distancia de cualquier camarada y de sus laboriosas manos independientes.

Llegué a suponer que el episodio con Miguel carecía de importancia. Sin embargo, en el trayecto desde la universidad hasta la fábrica pasábamos mucho tiempo subidos en el Metro, uno siempre muy pegado al otro, más por necesidad que por gusto. O por lo menos interpreté como casuales los arrejuntamientos que él y yo vivíamos durante esos días, hasta que no hubo forma de evadir el deseo provocado por la camaradería y el continuo contacto de nuestros cuerpos, entonces ansiosos de experimentación. Así que un día en que íbamos en el Metro hasta Naucalpan para repartir volantes, alcanzamos asiento sólo en la parte de atrás de un destartado vagón y, por su lentitud o por el ambiente viciado que predominaba, ante tanta gente apretujada y su agobiante olor a humanidad, después de un rato me adormilé. Y mi jefe de brigada, solidario como era, sugirió que me recostase sobre sus piernas para que estuviera cómoda, lo que acepté. No sé si lo hice porque realmente estaba cansada o porque deseaba que algo sucediera. Lo cierto es que puse mi cabeza sobre sus piernas y él me cubrió con su chamarra para protegerme del frío.

Inmediatamente después, su ingenua y distraída mano se colocó sobre mi seno; sólo que ahora sobre el izquierdo, mientras nuevamente él parecía ignorar lo que sus dedos hacían. Con una sola mano me desabotonó la blusa y me acarició larga y democráticamente los dos pechos. A cada ligero pellizco seguía un cadencioso y tierno ama-

sar. Mis pechos se ensanchaban por el gozo que habitaba sus cumbres y se esparcía desde allí por todo mi cuerpo, calmo y arrebatado al mismo tiempo que imaginaba transparente, cruzado por venas exaltadas, fosforescentes, a punto de estallar. Ansiedad sin reposo, rebelión de las entrañas, exigencia sin nombre, qué se yo lo que de atávico tienen esos impulsos que despiertan sin que importe nada, sólo la voracidad impulsiva de desearlo todo.

Al bajarnos del Metro me temblaban las piernas y la ansiedad palpitante en el vértice de mis piernas me invitaba a exigirle al camarada que continuara, pero éste, fiel militante, mantuvo nuestra agenda de trabajo sin que hubiera oportunidad siquiera para comentar lo sucedido. Me quedé tan anhelante que ya no pude pensar en algo más que en el deseo de que al día siguiente nos mandaran juntos hasta la Conchinchina para que pudiéramos repetir la cobijante aventura.

Como si Dios hubiera atendido los deseos insólitos de una estudiante de la universidad, a las diez de la mañana nos mandaron a los dos a comprar harina en el mercado de La Merced, para hacer el engrudo con que debíamos pegar los carteles de propaganda política.

En la estación Pino Suárez los vagones del Metro se llenaron hasta el tope, y Miguel, en un acto que yo interpreté como de protección, se ubicó detrás de mí. A los pocos segundos sentí el intenso calor de su cuerpo con algo duro y emergente que me acariciaba leve, fugazmente, cada vez que el vagón nos movía de allá para acá y de acá para allá, en uno de los bamboleos más singulares y eróticos que he vivido. Era tanto el placer, o tanta la necesidad de satisfacerlo, que me dolía el cuerpo, me dolía la piel, y me ahogaba la necesidad absoluta de resolver aquel preámbulo indefinido e incierto.

Llegamos a La Merced y nuevamente me temblaban las piernas, ahogada en una agitación incontenible. Mi

cuerpo demandaba, suplicaba, exigía una satisfacción ajena a la razón para culminar ese placer que parecía gotear desde mis piernas como lágrimas suplicantes. Cumplir mis obligaciones revolucionarias en esos momentos había pasado a un segundo plano.

Atento a mi demanda, mi jefe de brigada, sin explicar nada, me tomó de la mano para conducirme hacia unos baños públicos ubicados cerca del Metro.

Con la naturalidad de quien está acostumbrada a eso y más, la empleada de los baños nos entregó dos toallas y un jabón y nos condujo hacia los cuartos de vapor. Nos tocó el número nueve. Al entrar vislumbré un pequeño vestidor con un asiento de tablillas de madera, apenas suficiente para que pudiéramos sentarnos. Detrás había un espacio más amplio con una regadera colgante, lista para soltar chorros de agua fría cada vez que se jalara una cadena. No podía ver por dónde salía el vapor, pero era tan intenso que nos colmaba, como si aquel vaho fuera la respiración agitada y ansiosa de los amantes que se resguardaron allí antes para satisfacer sus deseos.

Miguel no era hombre de muchas palabras y mudo procedió a quitarme la ropa en un acto sacro, como si fuera yo algo frágil ypreciado. Una vez expuesta a su contemplación recordé las imperfecciones de mi cuerpo, como vergüenzas descubiertas, y como defensa me cubrí con mi abrazo para huir. Él, por primera vez sonriente, me detuvo, con una mirada golosa que se extendía con deleite por mi superficie. Y yo, recién nacida por su admiración, me dejé esculpir por sus fantasías que parecían venir de antaño, quizás de sus mañanas somnolientas en cuyo extravío me imaginaba.

Después de varios segundos de estática contemplación al fin procedió a quitarse la ropa, mientras que yo, expectante, lo observaba. No era delgado ni tampoco gordo, sin que su cuerpo pudiese calificarse de maravilloso. Su

piel, pálida y lechosa, contrastaba con el color de sus manos oscurcidas por el sol. Su pene erguido era tan chato como los dedos de sus manos, eternamente manchados de cigarro. Su pelo, bajo el peso de grandes gotas de agua mezclada con sudor, resbalaba sin gracia sobre la cara. Y mientras ese hombre desprovisto de sensualidad terminaba de quitarse la ropa, yo me pregunté qué era lo que tenía de especial que me hacía permanecer a su lado. Continué mi inspección mientras él colocaba nuestra ropa en un gancho que colgaba de la puerta, y se sentaba de nuevo sobre la incómoda rejilla de madera.

En ese estrecho lugar, él sentado y yo de pie, procedió a mirarme otra vez larga y pausadamente, como si fuera imperativo guardarme en su memoria. Luego procedió a besar la parte de mi cuerpo que tenía frente a su cara. Durante los primeros segundos lo observé desde mi altura y sentí ganas de reír ante el hecho simple de estar allí con alguien que conocía sólo como a un camarada. Después, para evitar pensar, me concentré en sus labios frescos que paseaban por mi piel para salvarla de ese calor infame que había por todos lados. Se entretuvo jugando con mi ombligo, antes de que sus manos avanzaran por la curvatura de mi espalda hasta alcanzar las protuberancias que le siguen. Gran sorpresa sentí cuando en su hondonada me descubrió para el placer un hoyo negro que palpitante y goloso se abría a las caricias de sus dedos ¡Qué maravilla!

Boca y manos continuaron su paseo, sin prisa, sin recurrir a lo obvio para despertar mi voluptuosidad adormilada la mayor parte del tiempo. Anhelante, mis labios inferiores se abrieron para invitarlo a entrar a la cavidad de mis placeres profundos, pero siguió de paso hasta mis piernas para continuar su exploración. Ajeno a mi ansiedad, con la presión de sus dedos me indicó que me reclinara, y yo, dócil aprendiz, giré para apoyarme con las manos en

la banca de madera, las piernas entreabiertas. Nuevamente omiso ante el ritmo insinuante de mi cuerpo, me contuvo, alargando sus manos hasta mis pechos, que exigían también sus atenciones.

Miguel era ahora un mago capaz de transformarse él mismo en el placer que me infundía. Dejé de pensarlo como el hombre desabrido y terco que comandaba mi brigada universitaria, atenta al torbellino de sensaciones que intensas se transformaban de un lugar a otro, sin orden, todas exigentes; punzantes incluso en su incapacidad para darle fin a esa agitación hambrienta que me obligaba a retroceder, a murmurar palabras inconexas, a exigir un alto y a veces a suplicar lo contrario para que aquello continuara más y más, como en una caída cuyo final no importaba porque lo relevante era haberse atrevido a saltar, a sentirse libre, mientras se navega por un espacio brillante donde todo es posible porque es infinito.

En el momento que sus labios frescos rondaron la oquedad del fondo posterior de mis caderas tuve una nueva sorpresa al sentirme visitada por algo más flexible, más húmedo y más largo que sus labios y, ¡ay, mi Dios! ¡Qué placer es capaz de producir la lengua cuando no se tienen prejuicios! Me lamió y me saboreó sin prisa por ese hoyo profundo que lo une todo hasta extraviarme en un mundo de sensaciones desconocidas y potentes. Fui la pulsión que viajaba entre túneles de carne roja, en un palpitante incoherente de exigencias y placeres. Sentí entonces alargarse sus dedos para halagar los labios guardianes de mi otra caverna y acoplarla con la oquedad que continuaba saboreando con su lengua. Yo era sólo movimiento, el grito que lo alentaba a que continuase con la agonía del placer previo al final, anhelante de que durara para siempre. Sin forma ni razón me asaltó la abrumadora necesidad de ser un fuego de artificio, de estallar sobre un cielo oscuro, como en el primer acto de creación del universo,

cuando algún dios tuvo el orgasmo cósmico que originó la vida, cuando creó la exuberancia de los peces de colores, de las selvas y las mujeres...



Cuando regresé de la primigenia explosión aún temblaba y él me abrazó con ternura. Acarició mi cabello, mi rostro sudoroso, para consolarme como a una criatura recién nacida.

Después de un rato, en el que nada había por decir y en el que el vapor continuaba con su tarea purificadora, reinició nuestros placeres con la concentración de un escolar haciendo su tarea. Comenzó por besar mis senos, equitativamente para que ninguno se ofendiera, y me reconoció por todos lados; visitó mis bocas, saboreó mis cavernas y yo, delirante, había olvidado ya la forma de mi cuerpo. Así que, embriagada por mis nuevas sensaciones, me pregunté si acaso era mi cumpleaños para recibir tantos regalos, porque era evidente que Miguel me estaba obsequiando, pródigo y hábil, todos esos placeres que yo aceptaba con el egoísmo de la festejada. Y fueron varias veces las que me llevó a la cúspide de mis emociones.

Aunque después de las dos primeras ocasiones tuve que ser equitativa y ya no se trató sólo de mí, sino de los dos, y algunas veces sólo de él, porque después de sentir tanto placer no podía ser egoísta. Se me ocurrieron cosas inimaginables antes de ese día y me volví experta para retribuirle su generosidad, porque de eso se trataba lo nuestro, de todo lo que él sabía, de todo lo que estaba dispuesto a darme y de lo que en reciprocidad yo era capaz de darle. Y no me engañaba. Lo que pasaba allí no era amor; por lo menos no todavía.

Salimos de los baños públicos a las cuatro de la tarde, con el pelo mojado, unidos por las manos cómplices de

lo vivido; y otra vez, sin que mediara palabra alguna, caminamos muy juntos para cumplir con nuestras sagradas obligaciones militantes.

Luego de ese día ignoro cuántas veces nos deleitamos juntos, cuantas veces nací y morí con él. El hecho es que a su lado conocí varios de los baños públicos del norte de la ciudad: los que están cercanos a la terminal de autobuses foráneos, los que circundan las estaciones del Metro, más los que se ocultan cerca de los mercados y las estaciones de camiones urbanos. Y juntos nos volvimos expertos para huir de la policía, pero no por nuestras actividades como militantes de izquierda, sino porque los policías pululan cerca de los mencionados baños para extorsionar a los amantes que no pueden pagar hoteles de paso.

Los nuestros fueron buenos tiempos y por un tiempo nos creímos con un futuro compartido.



Fue entonces cuando conocí a sus padres. Fuimos a su casa en Santa María la Ribera, un martes en que me invitó a comer. Durante el trayecto por lo que antaño fue una hermosa y elegante zona de la ciudad de México, con enorme vergüenza Miguel me confesó que su padre era un “burgués, explotador de obreros”. La suya era una antigua casona de tejas y ladrillos rojos, cubierto su corredor con frescas palmeras verdes, vitrales de colores y caprichosas molduras de madera en las puertas, y con un lastimero candil de vidrio biselado colgante en el comedor. En medio del desastroso jardín sobrevivía un árbol, bajo cuya fronda se talacheaban autos viejos.

Su madre, una mujer blanca de sonrisa apenada, había preparado sopa de arroz, albóndigas en chipotle y una jarra de agua de limón con chía. Ya sentados en la mesa llegó su padre, con enormes manos manchadas de grasa

y aceite. La conversación fue tensa, subyacentes las preguntas sobre qué hacía su hijo con alguien como yo, de manos bien cuidadas y elegantes zapatos bajos.

Dicen que no hay nadie más clasista que un perro, y así fue. Su perro flaco y de color incierto no dejó de verme feo, y cuando quise acariciarlo me gruñó. En reciprocidad canina, cuando Miguel fue a mi casa, mi perra, con su pedigrí en regla, le ladró y gruñó hasta que se fue. Después dejó de hostigarlo, aunque nunca abandonó sus sospechas y nunca me dejó a solas con él.

Aquel día en que visité a sus padres, al despedirnos, conocí a los dos auxiliares mecánicos que trabajan en el taller de su padre, y después de llamarlos camaradas, avergonzado mi novio, murmuró que la explotación de esos trabajadores iba a terminar el día que concluyéramos la revolución social.

Acordamos separarnos cuando Miguel viajó a Chihuahua para “hacer trabajo político”.

Con el paso de los días la pena de su ausencia fue diluyéndose en la cotidianidad de mis tareas universitarias y los compromisos sociales de familia. Por aquellos días mi hermana mayor se casó y todos en casa nos volcamos en los preparativos: escoger el vestido, el salón para fiesta, los centros de mesa, la cena, los vinos, los invitados. Especialmente mi madre se empeñó en distraerme con las compras en los grandes almacenes, como si el placer de ese consumo fuera suficiente para alejarme de la nostalgia y la militancia política.



Una madrugada tuve un dolor inexplicable. Una presión sorda se instaló en mi pecho y me asaltaron sensaciones lúgubres, como si ramas de pinos se entretejeran para ocultar la luz del cielo invernal y yo resbalara por un tú-

nel oscuro y frío. Una soledad absoluta abrazó mi cuerpo, inmovilizado por un creciente terror. Fueron largos segundos de un dolor inconcebible, de una angustia fulminante, de perderme en el desasosiego de un ilimitado sufrimiento, hasta que después de tan desgarradoras sensaciones siguieron otras de paz, acompañadas de una plácida ensoñación que me indujo a abrir las cortinas de mi ventana para husmear la efervescente luz de las estrellas.

A la mañana siguiente conocí por el periódico la noticia: “El ejército mexicano limpia de guerrilleros la Sierra Tarahumara”. La nota, registrada con grandes letras, explicaba que en Chihuahua había sido descubierto un campamento subversivo y que, luego de un enfrentamiento entre soldados y comunistas, varios guerrilleros heridos habían muerto entre los altos árboles de la sierra.

Entonces descifré mi dolor, que era el de Miguel cuando se desangraba. Había podido sentir su miedo, aunque por encima del horror, de lo terrible e incierto de su caída por el túnel sombrío de la muerte, percibí también su último pensamiento que, generoso, él me brindó como último regalo.

PARTE II



UNA BOTELLA, UN MUNDO

Alberto buscó un refugio de penumbras para disfrutar la golosa sensación de lo que había sido aquella noche. Entre los almohadones de su cama, con la tibia sensación de estar al filo de un hechizo, cerró los ojos. Estaba cansado, pero era mayor su deseo de merodear en lo que había vivido y que ahora se esfumaba de su razón, aunque retornaba a ello como evocación de un placer equivocado.

Nada recordaba con precisión, y sólo sentía minúsculos fulgores de nostalgia, a la manera en que llegan a la playa las olas de una mar inmensa, insondable en sus tormentas, pródiga en su vida submarina, secreta para quien la mira desde afuera.

Con los ojos cerrados disfrutaba aquel trémulo vaivén marino que llegaba voluptuoso hasta su playa, sin ocuparse de su conciencia adormilada. No le interesaba el tiempo, ni lo que sucedía afuera, sólo deseaba disfrutar el impase algodónoso que se confundía con la leve oscuridad que lo cobijaba con su aliento ciego, imagen de un beso con sabor a lujuria y un olor de añoranza.

Una súbita alegría se arropaba en su pecho para escaparse después como un suspiro.

En su secreta evocación no había palabras, ni nombres, ni fechas, y menos el aliento del futuro.

Ése había sido el pacto y a él lo sujetaba la incapacidad de su memoria para nombrar y darle realidad a lo vivido, para transformarlo en onírica nostalgia.

La falta de futuro hacía difusos los contornos del cuerpo y el rostro que había amado, para fundirlos en la penumbra somnolienta y sensual que lo envolvía, incapaz de fijarse en alguna de sus partes. Sólo por inciertos cen-

telleos perpetuaba aquella mirada verde que lo sembró con marejadas de algas marinas y el reflejo, también verde, de las plantas tropicales.

El tiempo transcurría y era asombrosa la rapidez con la que el ser amado dejaba de existir para transmutarse en emociones golosas, como las que perduran cuando se ha saboreado un algodón de azúcar en una feria de domingo, se ha degustado un helado en verano o se han tomado sorbos acogedores de chocolate caliente en una noche fría. Porque haber amado y dejarse amar por aquel ser inaprensible había sido como reencontrarse con todos e irrepetibles placeres.

Al placer rememorado se unió el dolor, la obstinada rebeldía a la obligación del olvido. Entonces miró hacia la botella, sus redondeadas formas, su largo y estrecho cuello, su placidez indiferente.

Se acercó.

La tocó. Le pareció desleal el frío de sus laderas y con sus desnudas piernas la cercó para darle calor y que no se escapase de él, como lo hacían ya los rasgos nítidos del ser amado.

No era su intención mirar adentro. Era la desazón por el inevitable ciclo de desmemoria lo que lo movía a frotar la botella para darle vida a lo que yacía allí adentro. La acechanza del dolor, del abandono; el afán maldito de repetir lo que le había sido concedido. La rabiosa incapacidad de no conformarse con la ausencia.

Sin darse cuenta, quitó el tapón de la botella.

Imágenes desordenadas brotaron con bullicio del ceñido cuello.

Y la habitación se colmó con su añoranza de imágenes fantasmales formadas por colores, olores y destellos de polvo, como los que bullían aquella tarde de sol, cuando culminó en una noche de placeres innombrables. Jugaban. Reían. Se empujaban unas a otras para cantar su verdad. Y

en esa contienda por la veracidad de los recuerdos, las imágenes se plantaron frente él para labrar entre todas la peculiar historia que resguardaba con frialdad la botella de cristal. Unas afirmaban su primacía con veleidosas arias de guerra; las tímidas sollozaban, cubriéndose los rostros con mantos sublimes de pudor; mientras otras, las entrañables, se mecían al arrullo de cantos etéreos que con su misericordia lo invitaban a que apaciguara su aflicción y, agradecido, hiciera a un lado la botella.

Fue cuando Alberto rememoró palabras, luego frases, y al fin escuchó la voz del ser amado. Y pudo verse a sí mismo enlazado con aquél, resplandeciente también por las gotas de sudor, por los efluvios sutiles de lo divino.

Se vio además reposar en su regazo, sus cabellos negros barridos por sus dedos sutiles, como alabanzas para algún tipo de deidad. Podría haberse quedado allí toda la eternidad, sin decir nada. Con el deseo de ser parte del paisaje que se filtraba por la ventana, con su luna de leche reposando, como él, sobre el lienzo sereno y azul de la noche. Sin ninguna intromisión. Sin nada más, sin nadie.

Entonces brincaron hasta él las imágenes no complacientes para contarle la otra fase de la historia.

De origen incierto, aquella figura amada había llegado a él como un viento fresco, como un regalo de amor mágico, incapaz de ser atesorado; y por lo mismo cargado de la generosidad que no tiene dueño.

Cuando se exhibió ante él no prometió nada y su presencia tomó la forma condensada de los anhelos ocultos, pocas veces satisfechos. Y se lo ofreció todo a cambio de que no le exigiera nada, ya que de atársele se convertiría en estatua, tan frígida y helada como el hastío.

Alberto perdió el sueño y dejó de comer.

No podía descifrar quién era aquel ser ni por qué se le invitaba a participar de aquel festín de maravillas y placeres. Y no podía sacudirse la atracción hacia la mano fur-

tiva que le rozaba el brazo, sin permitirle huir de su mirada. Tenerlo cerca le causaba vértigo, palpitaciones que no le dejaban espacio para el aire, y menos para pensar.

Al final del día se adormecía pensando en aquel ser volátil como promesa, incierto como el futuro y, no obstante, capaz de despertarle apetencias insondables. Se despertaba ávido, con la obsesión del verdor de su mirada y de la magia que auguraba con sus manos.

Aun así se resistía.

Una alerta le señalaba el peligro de perder la cordura.

A pesar de la advertencia, él era omiso al ser mayor la risueña atracción que se usurpaba cuando a su lado regresaba la promesa de conducirlo a playas placenteras, inaccesibles para los timoratos ante el peligro de sus olas subversivas, irreverentes, lúdicas, que serían como una colisión rotunda, como producida por una centella trepidante que a su paso sacude, golpea, para proseguir después con su trayecto por la soledad del espacio sin nombre.

Por eso se resistía.

Cuando conoció la condición en la que realmente estaba ya era demasiado tarde. El hechizo de amor se había consumado, y Alberto, como remedio, no tenía más que vivirlo para luego padecerlo por inaprensible y fugaz. Podía navegar por las olas de ese ser, zambullirse en sus profundidades, saborearlo, gozarlo, pero no podría quedarse con él.

Las sensaciones de perder lo que no había tenido fueron agudas y se clavaron en él como agujas hechas de nostalgia insatisfecha.

Al fin aceptó, y una tarde se encontró con aquel ser para ofrendarle el dolor anticipado por su ausencia, a cambio de que éste llenara de alegría y placeres infinitos lo que sería después su desgarradora ausencia. Y fue así como con el primer beso sellaron el pacto: una vez con-

cluido su majestuoso encuentro, al amor lo encerrarían por siempre dentro de una botella de cristal.

Al recordar lloró sus recuerdos, y las imágenes volvieron a la botella como desaliento. Eran ya un humo gris, inoloro, incapaz de evocar algo distinto al hastío de una historia concluida.

Alberto cerró la botella.

Y procedió a acariciarla en busca del frío del cristal como un bálsamo para la nostalgia que ya jamás lo abandonaría.

DE PATRIARCADOS ILUSTRES

¿Cuál es mi mal? Ser una descreída. Dejar de creer en el amor, la sexualidad, la familia y la religión, entre muchas otras cosas. Lo que para mi psicoanalista actual significa que he perdido “el sentido de trascendencia”.

¿Mi vida? Una aspiración ante un futuro incierto, como un atardecer de invierno.

¿Mi pasado? Lo intento apresar con la vaguedad de los recuerdos y desde él soy mujer, he sido madre, estoy divorciada, vivo sola y hace un par de años me jubilé.

¿Mi rebeldía? No estar conforme, lo que me condujo al psicoanálisis.

Aunque a veces me pregunto si no es ridículo que, ahora que por fin he recuperado lo que queda de mi vida, en lugar de vivirla me dedique a analizarla. La respuesta es afirmativa, sólo que me gana la ansiedad por saber y por eso sigo en ello.

Entré al psicoanálisis después de divorciarme, al sentirme más confundida que antes cuando compartía con mi marido una vida que parecía normal. La idea de terminar mi matrimonio llegó después de la boda de Mariana, mi hija. Una madrugada me desperté con la seguridad de que divorciarme era lo que yo necesitaba, y en ese arranque de locura, o de cordura, me armé de valor, propuse la separación, la sostuve tercamente, vino el divorcio exprés, y cuando me di cuenta ya estaba pegada a mi sillón con cara de “¿qué fue lo que me pasó?”, y justo para encontrar la respuesta entré a terapia.

Al principio me sentí moderna, orgullosa de darme ese tiempo, tal como me lo recomendó mi amiga Dalia. Sólo que ahora me olvido de ir a las sesiones o me aburren

y no sé si me resisto porque me cuesta trabajo asumir mi sexualidad y mi erotismo, clandestinos hasta hoy ante las buenas costumbres, o es porque me niego a aceptar el origen de mis actos y deseos: los pasados y los presentes y hasta los futuros, al sentirme como si tuviera un duende mal aconsejador en mi mente, que gobierna mi humor, mis chistes, mis actos fallidos y mis lapsus.

Mi terapeuta permanece frente a mí como “neutral y abstinente”, o sea, casi mudo, y sólo de vez en cuando pronuncia sus sabias palabras, como cura en misa. Desde que soy parte de la tribu de los psicoanalizados he tenido que aprender términos como “deseo”, “transferencia” y “represión”; además de que, según he llegado a comprender, hay una diferencia entre el mundo consciente, el subconsciente y el inconsciente.

El punto es que al no entender bien de qué se trata tuve que ir con otros terapeutas. El primero era un doctor muy ortodoxo, del que luego comprendí que era menos estudiado que el que tengo ahora. Y la verdad es que me hizo muchas bolas, además que él hablaba más que yo en las sesiones. Cuando le empecé a contar mis problemas me dio una conferencia interminable sobre cuál era el fondo: que se reducía a cómo un día descubrí que yo no era mi mamá, y que tampoco me parecía a mi papá porque no tenía pene. Lo cual se relaciona con el Complejo de Castración. O sea, sobre lo que sucede cuando los niños descubren que tienen pene y ven que una niña carece de él. Y se llama de castración porque, por alguna razón, los niños suponen que las niñas no tienen pene porque alguien se los cortó, y deducen que a ellos también les puede pasar para evitar que fornicquen con la madre que los parió. La verdad es que eso me resultó difícil de comprender y menos de aceptar, porque según esa lógica, el resultado sería que nosotras, las mujeres, vivimos con envidia permanente por no tener pene.

Ante las preguntas estratégicas de ese terapeuta traté de ordenar mis recuerdos y sinceramente me pregunté: ¿cuándo descubrí que no tenía pene? ¿Cuándo sentí que me lo habían cortado? ¿Y cómo vivo desde entonces mi frustración? Juro que lo intenté y no pude contestar ninguna de esas preguntas. Me parece que se debe a que nací en una ciudad de provincia y crecí junto a mi padre, un comerciante errabundo, con el que a veces recorrimos los pueblos de la costa, donde niños y niñas correteaban desnudos por los corrales. Yo, con sus diferencias, los veía normales y nunca pensé que a mí, como niña, me faltara lo que a los niños les sobraba. Por esa época, además, las señoras lavaban su ropa en los ríos, con el torso desnudo, sin que ningún niño varón, creo yo, sintiera envidia por ese par de frondosos pechos de los que ellos carecían. Hembras, machos, celo, monta, crías, es algo que veíamos todo el tiempo; y para mí simplemente era normal.

El caso es que tuve que buscar mi recuerdo más antiguo y resultó que ése sí lo encontré. Estaba yo en mi cuna, apenas de pie y agarrándome de los barrotes y extendí mi manita para tocar los pechos de mi mamá, por lo que ella me golpeó. Como en película recordé el color de su bata y los botones redondos y brillantes que tenía, y vino a mi memoria el dolor cuando descubrí que sus pechos ya no eran míos. Luego, junto a ese recuerdo llegó otro, de cuando años después nació mi hermano, y yo, con toda la perversión del mundo, imaginaba que un malosito lo asesinaba, cortándolo en pedacitos. El gusto me duraba sólo un rato porque de inmediato me transformaba en heroína y volaba como Superniña para atrapar al asesino. Aunque claro que yo, nada tonta, nunca pude salvar a mi hermanito.

Dicen que cuando una está en psicoanálisis sueña y recuerda muchas cosas. Y así me pasa. Y sí, confieso que sí tuve envidia del pene de mi hermano. Fue cuando aprendí aquello de que: “él sí puede, porque es hombre” y “tú

no puedes porque eres niña”. Castigo que se aplicaba a mi forma de vestir, jugar, hacer tareas, cooperar en la casa, viajar. O sea que casi morí de envidia cuando pude ver que lo que era fiesta para mi hermano para mí significaba represión. Y con eso, ¿cómo no iba a sentirme mal por no tener pene? Así, cuando era adolescente supe aquello de: “¡Ahora sí, gallinas, cuiden a sus pollas que mi gallo anda suelto!”.

Lo escuché cuando mi hermano tuvo su primera novia y mi mamá se sentía orgullosa de que, además, anduviera de caliente con otras muchachas. Para mí el consejo era otro: “¡Cuídate, porque todos los hombres son malos!”. Ese consejo mi mamá lo adornaba con dos dichos de su tiempo: “El amor y el interés fueron al bosque un día. Y pudo más el interés que el amor que le tenía”; y “Las mujeres deben cuidarse hasta del Santo Padre porque por algo será tan santo y por algo será tan padre”.

Con todo eso el ser mujer me parece una odisea, porque si por esa forma de educarnos todos los hombres son malos, ¿cómo tenía que comportarme frente a su maldad con quién entonces podría casarme?

Bajo la influencia de esas contradicciones es que, decía aquel analista, las mujeres adquirimos la manía de buscar un príncipe azul para casarnos, dado que será el único hombre bueno de la historia. Lo importante sobre ese tema es que pude vislumbrar cómo fue que yo inventé a mi príncipe feliz, con el que me casé, volviéndolo fetiche.

Según mi analista, al inventarlo juntaba lo que no deseaba (el hombre-malo-temeroso de perder su pene), con lo que sí deseaba (el príncipe que sería bueno, porque había superado su complejo de castración). Así entendí que por mucho tiempo coloqué en mi príncipe-fetiche todos mis deseos. El problema es que, además, yo le exigía que me dieran eso que yo necesitaba, y me frustraba cuando eso no pasaba. Y peores cosas resultan, pensé yo, cuan-

do el susodicho príncipe llega a enterarse de lo que se le atribuye y él se la cree, hasta volverse un tirano que ofrece lo que no tiene, como zanahoria en un palo, para que una corra apresurada detrás de él. El punto es que es difícil ser mujer y, por desgracia, no tengo la respuesta de cómo salir de todo ese embrollo que cargamos.

En fin, fue en ese trance de descubrimientos yo-yoísticos cuando el doctor Hermann citó a un famoso autor (no recuerdo a cuál) que dijo algo así como que el enamoramiento consiste “en ofrecer el amor que no se tiene a alguien que ¡no tiene interés en recibirlo!”. Y con esta sentencia me puso nuevamente en crisis. Porque si una, como mujer, al amar deposita en el príncipe escogido sus carencias y deseos, y resulta que el ganador no sólo desconoce lo que una deposita en él, sino que además no le interesa el amor que se le ofrece, estamos fritas.

Otra cosa que me sorprendió fue darme cuenta de que los humanos somos más animales de lo que suponemos, porque, según decía ese doctor, cuando me alcanzó la crisis biológica de la maternidad escogí para casarme al que más seguridad me daba para la reproducción, aunque fuera el más aburrido: con un empleo estable, rutinario y pacífico; o sea, un buen candidato para cuidar el nido, aunque le sudaran los pies, roncara, fuera flatulento bajo las sábanas, hubiera que cocinarle, y enmudeciera cuando llegaba a casa y se colocaba frente a la televisión.

Otro aspecto interesante sobre mi matrimonio fue entender por qué, después de que pude ver cómo era el hombre-real, me quedé con él durante tantos años. Y lo que he podido vislumbrar es que, por la educación tradicional que recibí de mis padres, mantuve una creencia fundamental: la de suponer que estar con él era mejor que estar sin él por aquello de mantener unida a la familia. Idea que desde niños nos hacen creer cuando nos aseguran que la familia, ante todo, es una santa comunión de amor, de

formas de ser, de relacionarse y de vivir la vida, en la que se supone que todos creemos y queremos lo mismo. Y nosotros nos convencemos de que eso es verdad.

Y aquí mi doctor me dio otra conferencia sobre lo que significan los espejismos y la desmentira. El punto es que al descubrir que eso tan bonito que nos han dicho sobre la familia, y que no existe porque es un espejismo, caemos en un estado de “desmentira”. Algo así como la incoherencia o la discordancia que existe entre la evidencia real y la creencia entre el saber y el creer. Sucede cuando a pesar de que sabemos que algo no existe optamos por seguir creyendo, con la fórmula de: “ya lo sé, pero aun así creo que...”. En mi caso sucedió cuando me di cuenta, cuando “supe” que el amor y la familia, en la forma como nos los pintan, son un mito y a veces hasta una basura, pero igual me quedé aferrada a la idea de creer que mantenerme allí era lo mejor. Es decir, cuando a pesar de “saber” que mi familia no era feliz, me quedé sujeta a la creencia de que tenía que serlo bajo las convenciones aprendidas. Y en esa convicción me quedé amarrada.

Luego de rumiar lo de la desmentira, ya por mi cuenta me pregunté cuándo fue que hicimos de la familia algo casi religioso. Porque, ¿acaso las reuniones familiares no son algo así como una misa? Y la comida en esas fiestas ¿a poco no es como el ritual de la hostia en los ritos católicos? ¿Acaso no transformamos las comidas familiares en un fetiche de uso para convencernos de que vivimos dentro de algo sagrado que no puede terminarse?

Todavía cuando lo pienso, recuerdo a mi familia, esposo e hijos incluidos, reunida en una comunión en la que tratábamos de ser la familia feliz, mientras nos devorábamos unos a los otros, con tantos conflictos, con tanto dolor, con tanta infelicidad. Y luego, ya encarrilada en la culpa, por ver a mis hijos y a mi marido como caníbales místicos, recuerdo los enfrentonazos que tuvimos cuando

nuestros pequeños se rebelaron contra nosotros. Sus argumentos nos escandalizaban porque rompían con nuestras verdades, vistas desde nuestra adultez caduca. Y lo peor es que en esa vorágine de gritos y reclamos yo me aliaba a mi marido, al suponer que era el líder y que yo debía apoyarlo incondicionalmente para mantener su autoridad y la anhelada unidad familiar. De lo que no me di cuenta es que la suya era una autoridad usurpatoria porque, dicho sea de paso, nunca me tomó en cuenta.

Ahora, desde que estoy con mi nuevo analista, me digo que tal vez lo mejor para todos hubiera sido hablar, entender, negociar, acordar. Porque, si le damos vuelta a la tortilla y vemos el asunto desde los hijos, ellos también tienen sus dificultades. Ya que, para aceptar la obediencia, también deben “creer” en el mito de la familia feliz, con el agravante de tener que aceptar la autoridad vertical y la superioridad del padre y, colateralmente, la de su madre. ¿Y qué pasa cuando descubren que las cosas podrían ser de otra manera? Pues de allí se alimenta su rebeldía, la rabia y el enojo. Nos acusarán y querrán gobernarse solos, y en una de esas hasta se apoderarán del control de la casa y nos arrebatarán nuestro consagrado lugar en la mesa familiar.

Cuando pienso en ellos, sé que los amo pero también veo lo complejo que resulta jugar a la felicidad familiar los fines de semana, cuando nos atrevemos a estar juntos y surgen los conflictos. Entonces recuerdo el dicho de mi mamá cuando me felicitó por mi primer hijo: “Dicen que cuando los hijos son bebés uno quiere comérselos. Y que cuando crecen, uno se pregunta, ¿por qué no me los comí?”. ¿Soy una mala madre por sentir eso? Para responder esa pregunta estoy trabajando con mi nuevo analista, que siento que es más sabio que el anterior, y no tanto porque sea de otra escuela de psicoanálisis sino porque es muy viejo, y me trata con la sabiduría de su experien-

cia. El punto es que, si a pesar de todas las evidencias, los hijos pactan también con la necesidad de “creer” en lugar de la de “saber”, estarán asumiendo la desmentira y se sujetarán acríticamente a nuestra autoridad vertical e impositiva, y entonces se pondrán “la máscara” e iniciarán su propia desgracia.

Otra de las cosas que veo con mi nuevo terapeuta es ese desasosiego que me ataca, al ya no creer en tantas cosas importantes. De modo que de pronto quisiera volver a ser como antes: una parte de una masa humana, crédula y feliz, convencida de lo positivo de que exista un líder que sabe, guía y orienta. O sea, que anhelo volver a creer que es positivo que exista un jefe, un padre, un marido, un presidente o un jefe de oficina (todos masculinos), que desde su autoridad me haga creer y sentir que, como un ser superior, será capaz de guiarme y de ya no dudar de todo.

“Vivir en la ilusión de la ilusión”, le llama mi doctor a esa opción que se aferra al espejismo, porque se trataría de creer y naturalizar que, como mujeres, necesitamos tener a un jefe masculino que nos brinde su protección y su sabiduría. O sea, de sentir que él poseerá la capacidad de “saber” verdades que no necesitan comprobación, y que, por lo mismo, hacia nosotras no tendrá reciprocidad porque somos sus creyentes. Lo que significa realizar una transferencia hacia alguien superior porque se supone que Él es quien sabe, debe saber y, en consecuencia, nosotras debemos seguir, obedecer y amar.

El tema es complejo, porque si lo analizamos bien y, ante mi temor, acepto que quisiera regresar al tiempo en que creía en un Él superior, que sabe y dice qué hacer, y que no tiene la obligación de ser recíproco, estaría aceptando ser su creyente; y quien cree debe tener fe. Razón por la que tendría que mantenerme sumisa ante su autoridad y aceptar que soy la que cree y no la que sabe. Y al

no ser la poseedora del conocimiento no podría esperar, y menos exigir reconocimiento y retribución; porque, ¿acaso no fue por desear saber que Eva, y el confundido y manipulado Adán, fueron expulsados del Paraíso?

Para ayudarme en este asunto, estoy trabajando con mi terapeuta “La maldición del oráculo”: la condición en la que el creyente transfiere su ser y su voluntad a un ser superior, y obliga al individuo a quedar subordinado a un grupo o a una colectividad en beneficio de ese ser superior (generalmente masculino) que lo representa. Ese ente superior puede, por tanto, simbolizar a un grupo, al matrimonio, a la familia, a un pueblo, a un gobierno o a la humanidad completa; y en todos los casos se supone que el Gran Jefe habla con la verdad; así que de aceptar esa transferencia, nos obligaría, a nosotras, como subordinadas, a escuchar, creer y obedecer.

Es mucho lo que me falta por comprender y cambiar. Pero, para mí, lo más grave de todo esto es que al abandonar mis creencias me quedé en el vacío, de allí que siento la necesidad de volver a creer para aferrarme a algo.

“¡No creer no es equivalente a la nada!”, dijo mi doctor cuando le conté mis angustias. Pero eso no lo he podido asimilar, ya que, sin un sentido, sin una razón para hacer y estar en el mundo, me siento instalada en el vacío. Tal vez por el temor a la nada me dedico a conocer y a investigar de manera obsesiva, con un exceso de fe en todo lo que investigo.

Lo dramático es que mientras más aprendo más dudas me atormentan. ¿Es porque ya no creo que se ha vuelto obsesiva mi necesidad de saber? ¿Es acaso la razón psicoanalítica el nuevo ser superior, el nuevo Dios en el que debo creer para evitar el vacío de mi existencia? ¿Es hacia mi terapeuta que debo transferir la responsabilidad de mi existencia, de mi curación, porque es él quien se supone que sabe?

Además, en la incertidumbre en que vivo, me he hecho miembro activo del sospechosísimo: sospecho de los beneficios de la razón en contra de la fe, sospecho de la nada en que he caído, sospecho del exceso de yos en el psicoanálisis, sospecho del análisis convertido en fe, sospecho de mi ansiedad por construir nuevas verdades, y, finalmente, sospecho de las razones de mi desventura y hasta de las causas de mi divorcio.

Y en este camino de preguntas, respuestas y sospechas, tal vez me vuelva budista como Rosalba, ejerza el New Age como Teresa, me vuelva fundamentalista como Carmen; o hasta milite como atea radical como Mercedes.

El asunto es que, a pesar de saber tanto y de tantas terapias, aún no tengo respuestas.

CONJURAR LA LOCURA

Yo diría que ser feliz es multifactorial y, para serlo, no serlo o dejar de serlo, influyen factores no siempre visibles pero capaces de hacer que la felicidad que has tenido se te escape como agua entre las manos. Y más cuando vives con alguien para quien te has vuelto costumbre y ya no tiene nada que decirte. Entonces la culpa, el aburrimiento y hasta la locura te acosan hasta el punto que ya no se sabe si aquello que padeces es real o te lo inventas para darle algún color a tu vida.

El problema se agudiza cuando llega el momento, en el ciclo familiar, de padecer la soledad. De joven una sueña con tener esposo e hijos, y cuando los tienes, pasan los años y un buen día descubres que te has vuelto una parodia de ti misma. Que te has convertido en un símil caricaturesco de una supermujer: exitosa profesional, trabajadora impecable, que no se ha dejado engordar, que viste bien, y que además es eficiente para apoyar, sostener y aconsejar; atenta siempre de no “preocupar” ni “molestar” a “a los tuyos”, o sea a tu familia cercana, con la que se supone que se acompañan en ese transitar la contingencia que llamamos vida. Y resulta que un buen día descubres que a tu cordial esposo y a tu par de adorables hijas los padeces como obligación y no como una alegre compañía.

El escenario de mis pesadillas lo construí desde que escogí para enfermarme los días en que me quedé sola en casa, un motivo más de mi reflexión. Por lo pronto tengo claro que mi carácter de víctima lo construí al decidir ser una mujer típica de nuestro tiempo: alguien que trabaja, atiende la casa, cuida a las hijas y al marido y, además, pretende tener un exitoso proyecto de vida propio.

Así que con todo eso a cuestras llevo más de cinco años sin tomar vacaciones y en tal contexto no dudo que mi cuerpo haya dicho por fin: “¡Ya detén esa absurda carrera que llevas!”. Y ¡pues nada! El hecho concreto es que mis hijas se fueron de vacaciones con sus novios y mi marido viajó por cuestiones de trabajo a Guadalajara; y yo, feliz, hice planes para ¡trabajar intensamente! y recuperar en esos quince días mi tiempo perdido. Hoy comprendo la estupidez de aprovechar mis anhelados días de soledad para hacer ¡más trabajo!, pero en aquel momento simplemente era absolutamente lógico para mí.

El aspecto central es que mis planes se derrumbaron por culpa de la gripe-influenza, o tal vez a causa del nuevo virus que por esos días escuché que había nacido en China y amenazaba con llegar a México. El hecho es que ese bicho, chino o no, fue capaz de tenerme moqueando, abotagada en la cama, con la garganta hinchada y roja, como llaga abierta, y con un lagrimeo que me escurría sin control y no me dejaba ni ver. Eso sin contar las horas de vómito ácido que pasé por la acumulación de medicamentos, contribución del inepto médico y su errado diagnóstico al que visité cuando empezaron los primeros síntomas.

Así que, por su bendita culpa, además de empeorar, tuve que salir, al quinto día de mi enfermedad un sábado por la mañana, bañada en fiebre, a buscar de emergencia otro médico, cuando sólo existe la opción de los hospitales privados que, además del costo abusivo con que te reciben, son exactamente iguales a los estatales, porque en ellos los fines de semana sólo atienden los pasantes, mientras los médicos de verdad descansan, como debe ser, al lado de sus familias. Decidí entonces recurrir a una de esas farmacias que dan consulta gratis, haciendo fila para que me revisara el médico de turno, en una espera que duró casi dos horas, hasta que por fin llegó el turno dieciséis

y me atendió un doctor que, sonriente, tuvo que subirse a un banquito para poder revisarme la garganta, mientras explicaba: “es que yo soy chiquito”.

Y no pude dejar pasar ese compensatorio comentario, producto del ego del doctor, quien era chaparrito y guapetón. Pero con todo y su coquetería, mi estómago, lastimado como estaba, no aceptó sus medicinas y la pasé muy mal, de modo que a los cinco días anteriores se sumaron cuatro más, en los que padecí el torbellino de tos, moco, lagrimeo, y el espeluznante dolor de garganta y de cabeza que me hicieron alucinar. Porque, si no fueron alucinaciones, entonces no sé qué fueron esas cosas extrañas que padecí por esos días, en un estado en que no podía dormir por el dolor, pero tampoco estaba despierta. Y fueron otros días más de ofuscamiento en los que al dolor se sumaron unos gritos “¡de no sé quién!”, y que en mi estado de locura yo nombré “La Voz”. Un remedo de voz señorial y sonora que, como si fuera parte del aire que respiraba con dificultad, me alertaba sobre la miseria de mi vida actual, tan llena y tan vacía al mismo tiempo.

Cuando “La Voz” se hizo presente en la primera ocasión yo no podía respirar y mi garganta se desgarraba con la tos. Y el dolor como nudo se acumulaba en la cabeza y en mi pecho; y en esa oscuridad de mi conciencia la escuché diciendo: “¡Grita, sácalo!, no guardes el dolor que permanece abotagado y culposo en tu pecho, que te hace vivir como mártir en tu vida familiar. No te calles, ¡grita y déjalo salir!”. Y luego del consejo, con cada acceso de tos escapaban de mi garganta alaridos de furia, asco e impotencia, y en mi duermevela me escuchaba gruñir y pelear contra el ahogo. Y tanto grito, desaforado e imparable, por fin me hizo entender que lo que salía a borbotones era el dolor acumulado durante tantos años en los que yo me había callado para no preocupar a los demás.

En la segunda ocasión en que se hizo presente “La Voz”, el dolor de cabeza había aumentado como un padecer constante y absurdo, acumulado en mi frente, y que yo interpretaba como producto de los antigripales recetados que congestionaban mi cabeza con una mucosidad verde y pegajosa. Yo sentía las sienas repletas de aquellos mocos que deberían fluir naturalmente por la nariz y que, en cambio, permanecían atascados, presionando, escurriéndose por dentro hacia la garganta, formando flemas que aumentaban mi ahogo y la tos.

Los conductos de mi nariz estaban secos, me ardían, como si entrara fuego al roce del aire frío. Y pasaron muchas horas en las que trataba de dormir inútilmente, porque el sonido del tambor con que palpitaba el dolor persistía en mi cabeza.

Y con los ojos cerrados veía avanzar el dolor como si a su paso dibujara su frecuencia con hilos de plata sobre un fondo negro, dejando como huella una imagen similar a la de un electroencefalograma. Y era tanto el mentado dolor, y tan constante, que los hilos plateados, al subir y bajar, ya no formaban picos alternos sino columnas compactas, bloques rectangulares, puestos sin pausa uno junto al otro, sin variaciones en intensidad y sin descanso. Entonces “La Voz” me dijo severamente: “¡Grita, grita más!”. Y sapiente procedió a explicarme que el dolor, cuando transcurre así de compacto y sin detenerse, se vuelve crónico y también costumbre. Rutina para quien lo sufre y normalidad indiferente para quienes conviven con aquel que lo padece; porque según “La Voz”, la conciencia del dolor se recupera hasta que aquel que lo padece lo saca del rango de la normalidad para gritarlo y volverlo rebelde.

Y yo, desesperada, le pedí a mi dolor que, por favor, volviera a ser costumbre para no sentirlo en su agudeza, para que me dejara en paz y pudiera dormir. Sólo que al

escucharme me asusté por aceptar que el dolor perdiera su esencia, su capacidad de anunciar que algo andaba mal. Porque al normalizarlo se vuelve parte de uno, sin que podamos identificarlo y resolver el origen que lo provoca. Y me dije que es con la normalización del dolor que suceden los infartos, las úlceras, los derrames cerebrales, los cánceres, y, al fin, la muerte de aquellos que se negaron a escuchar; de los que no pudieron hacerlo o que fueron incapaces de aceptar que la vida les dolía.

Luego de clarificar el punto ya no culpé al primer médico por su diagnóstico mal hecho, ni al otro chaparrito por llenarme de antigripales, y me recordé tomando decisiones equivocadas: desde mi forma de levantarme en las mañanas, de ocuparme de todos y de todo, hasta de mi mala manera de comer para no perder el tiempo; manías de supermujer que culminaron en mi enfermedad. Y en medio del delirio prometí corregir las metidas de pata que me llevaron al lugar donde estaba, y me levanté para cocinar un pollo que me supo a cartón, pero que me comí para acompañar las medicinas, y me puse una bufanda y me fui otra vez a la cama, sin rezongar, sin culparme por no estar trabajando.

Lo malo continuó cuando el pollo me duró en el cuerpo sólo unos minutos, al echarlo fuera con todo y medicinas. Y ¡cómo no! Con lo irritado que tenía el estómago por tantas y equivocadas medicinas. Y en esa lucha por retener la comida y los medicamentos me pasé otros días más, hasta que “La Voz” me recordó los bacilos regeneradores para la mucosa intestinal y el Paracetamol que tenía olvidado en el botiquín de la alacena.



Después de una leve mejoría, a los diez días de padecimiento regresó con mayor vigor el obstinado dolor que

se corría hacia las órbitas de los ojos para golpetear con rítmica constancia.

¿De dónde viene tanto dolor?, me pregunté confundida, y entonces recordé el diagnóstico de “La Voz”. Su enfado por los muchos años en que había normalizado el dolor de mi vida, de mi cuerpo, para no incomodar a los demás, para no parecer débil. Y lloré, como si se abriera la compuerta, por mi amiga con cáncer, por mi amigo que murió de infarto, por el otro que sobrevive como lechuga después de un derrame cerebral, y por el más querido que padece día a día por un mal desconocido. Todos con vidas similares a la mía, con mucho trabajo, con mucho que hacer y sin capacidad de resolver sus dolores. Y lloré y seguí llorando por todas esas cosas que antes no había aceptado que me dolían, como mi juventud perdida, mis amores fallidos, mis deseos no resueltos, mi rabia contenida, mis fracasos, mi cansancio, y entre tantas lágrimas me quedé dormida.

No obstante, el dolor no se quitó y luego de otras cuatro horas más de sentir martillos, agujas y nuevas navajas perforando las órbitas de mis ojos, entré de lleno en una nueva alucinación, con el tema del dolor que torturaba con exquisita precisión la parte izquierda de mi frente. Y entre el sueño y la vigilia me diagnosticué: “Lo que tengo es un dolor japonés”, me dije convencida mientras observaba, frente a mí, un montículo de arena amarilla, elegantemente formado por caminos de formas caprichosas. Al acercarme para examinarlo advertí que en sus paredes externas había algo similar a un laberinto, con caminos y bordes derrumbados. “Aquí está el problema —exclamé contenta—, debo reparar esos muros derruidos para que haya fluidez y pase bien lo que tenga que pasar”.

Convencida de que mi dolor era japonés, procedí con las manos a reparar los bordes del laberinto, de lo que era ya una enorme montaña de arena amarilla. Y mientras lo

reparaba discutía intensamente la obra de Haruki Murakami. Me preguntaba hasta dónde la mayoría de sus lectores, adictos y fieles, compartían con él la imagen, recurrente en sus novelas, de las prostitutas gozosas que complacen a los hombres al llevarlos por caminos exuberantes, felices de agradar, sin padecer por el placer otorgado y, por supuesto, pagado. ¿Habría por allí un asunto de diferencias culturales? ¿Serían tan diferentes a nosotras las mujeres en Japón? Y mientras discutía acaloradamente con imaginarios lectores que no estaban de acuerdo con mis temerarias interrogantes, continuaba mi ardua tarea de recomponer los muros del laberinto de arena, causales de mi dolor japonés.

Estaba en esa obra de reconstrucción cuando nuevamente escuché a “La Voz”, que burlona me decía: “¿Pero qué no ves que lo que tienes no es un dolor japonés? ¡Es un dolor chino!”. Y yo discutí con ella por su diagnóstico, opuesto al mío, que por todas las evidencias para mí era ¡un dolor japonés! Ante mi terca obstinación “La Voz” sentenció: “Y si es un dolor chino, debes curarlo como los chinos”. Y entonces vinieron a mi mente las enseñanzas de mi acupunturista —de ojos pequeños, eterna sonrisa y un español cargado de las *eles* que sustituyen las *erres*— cuando me recomendó que, frente a un dolor intenso como el mío, debía palpar mi cabeza para ubicar con los dedos los centros de dolor, para luego presionar con fuerza las venas y arterias para soltarlas de repente y provocar un inesperado bombeo, y así dar paso al flujo normal y cadenciosos de la sangre. Y yo, sin estar dormida ni despierta, palpé, froté, presioné y solté cada parte de mi atolondrada cabeza, hasta que el dolor desapareció.

Al quinceavo día por fin desperté con el bienestar del dolor ausente, sintiéndome muy agradecida con “La Voz” por sus consejos. Sólo que, al evocarla, recordé también la contundencia de su diagnóstico sobre el efecto de nor-

malizar el dolor en mi vida, con el oscuro propósito de no incomodarme a mí ni a los demás.

Pensé, entonces, que si fuera mística interpretaría mis alucinaciones como un llamado para que me dedicara a predicar un cambio de vida, como si lo padecido fuera un sueño chamánico a partir del cual debía convertirme en algo así como la “Curandera de la Cumbre de Arena”, la especialista en curar los males del alma. Pero como no lo soy, en mis pesadillas sólo advierto el mensaje que emerge desde mí inconsciente para exigirme que deje de creer que soy supermujer y me otorgue el derecho de expresar mi dolor, mis enojos y aquello que me incomoda; y, en fin, para que me atreva a exigirles a los demás respeto y colaboración.

Un cambio de vida que incluye, por supuesto, repensarme, para dejar de ser costumbre en los otros y alejarme de la victimización. En síntesis, para alcanzar una nueva manera de hacerme responsable de lo que ha de ser mi vida en adelante.

A LOS CUARENTA

Mi gran placer ha sido siempre viajar. Tengo en mi archivo más de cinco mil fotografías de rostros y cuerpos fantásticos por su colorido y majestuosidad. Y fue en uno de esos viajes que el esposo que tengo me cayó del cielo, como regalo. Textualmente del cielo porque lo conocí en un avión. Y resulta que estuve a punto de perderlo cuando cumplí cuarenta años y supe que el futuro me había alcanzado.

Primero fue el ajeteo organizativo del parrandón para festejar mi mayoría de edad: mariachis, amigos, bailongo, buena comida y estupenda bebida. Yo me veía maravillosamente conservada, con el pelo recién pintado (por primera vez), con un vestido nuevo, una magnífica figura y con sólo dos pequeñas arrugas en los extremos de los ojos.

El problema comenzó días después, al realizar la consabida reflexión sobre el significado de cumplir cuarenta años. Me desnudé, me vi en el espejo del baño y con horror descubrí que ya no tendría, ¡jamás!, nuevos amantes. Adiós al coqueteo, adiós a la excitación del primer beso, adiós al descubrimiento de nuevos cuerpos y adiós experimentar con otros hombres nuevos orgasmos. Me dio tanta rabia que rechacé a Óscar a la hora de la siesta. Y cuándo me preguntó qué me pasaba le di la espalda y me eché a llorar como posesa. ¡Lo odiaba! Él era el impedimento para que yo tuviera nuevos amantes. Y lo peor, balbuceaba, es que no podré tener hijos con ellos.

Y no es que deseara tener más hijos, porque ya tengo dos. El problema era el impedimento. La fidelidad a mi marido y que biológicamente la decisión ya no dependía

de mí; y eso me deprimió. Fue demoledor. Ya no podría tener a esa hijita de pelo rizado con el francés de mis sueños adolescentes, ni concebiría al morochito con el negro varonil producto de mis fantasías calenturientas de mujer adulta. Mis hijos eran los que eran y ya no tendría ninguno más. Es decir que, aunque mi cuerpo estaba bien por fuera, por dentro se había deteriorado mi capacidad de concebir. Ya no pariría a mi princesita francesa y a mi añorado mulatito costeño. Eso me hizo llorar varias noches, ante la sorpresa de mi cónyuge, a quien le impuse una abstinencia sexual forzada que duró varias semanas.

El futuro me había alcanzado también en lo relativo a mis propiedades inmobiliarias. Con mi marido pagábamos nuestra casa, pero esa estabilidad, en condición de casada, significaba el final de mis sueños aventureros, cuando me imaginé colonizando territorios y selvas distantes. Ya no tendría la choza en las Islas del Sur, ni la bohordilla bohemia en París, ni el campamento nómada en las estepas heladas del casco polar. Fantasías que tuve mientras me formaba como fotógrafa.

Nuevamente culpé a Óscar. Era por su estable sedentarismo y su capacidad de contenerme que ya no se harían realidad aquellos sueños. Y en el pasado cercano, había sido él, con su amor y su cobijo, quien había truncado mis aventuras nómadas. Deseaba, entonces, haberme casado con un patán, fácil de abandonar. Así lo habría dejado y hubiese podido viajar por el mundo, sin ataduras para conocer a otros hombres con los cuales edificar nuevos y apasionantes hogares.

Odie a Óscar, por ser el ancla que siempre me obligó a retornar a mi hogar, sin padecerlo.

Me dedique a salir de fiesta por las noches. Y ¡ay de mi marido si se atrevía a decirme algo!

Mi hija adolescente, menos paciente que mi esposo, me advirtió que estaba actuando como una chava-ruca,

que se iba de antros, con escotes demasiado bajos y faldas demasiado cortas. Y me amenazó con tirar mi ropa más querida.

Me enfurecí todavía más.

Mi hijo se encerró en su habitación y no intervino.

En casa, desde la mañana hasta la noche, yo transibat malhumorada, maldiciendo, quejándome de todo y ante todos. Y no se debía a la estereotipada menopausia, porque a los cuarenta años todavía no daba señales de instalarse en mi vida.

Yo estaba insoportable.

Adiós mamá cariñosa, adiós esposa comprometida. Dejé de hacer las compras, de cocinar, y me importó un comino que la basura, perfectamente clasificada en orgánica e inorgánica, se acumulara en la casa.

Hice de mi habitación propia un refugio impenetrable, y en él me dediqué a lloriquear, a escuchar música, a releer mis diarios de viajes y a regurgitar mis viejos sueños incumplidos. Traté de poner orden y provoqué la tercera fase de mi crisis. Esta vez, relacionada con mi identidad como fotógrafa, ámbito en el que también el futuro me había alcanzado.

A lo largo de mi carrera como fotógrafa me había dejado llevar por la corriente de lo fácil o lo circunstancial, dejando para después lo verdaderamente importante. Y resultaba que ese “después” ya había llegado. El futuro ya lo tenía conmigo, con el riesgo de que se quedara detrás. Ya no podía pensar en términos de lo que Yo sería algún día; de lo que haría en un futuro sin fronteras. Pero, ¿quién era yo y cuáles mis logros?

Al hacer el balance nuevamente mi frustración recajó en Óscar. Por su culpa me había casado y tenía hijos. Una bendición, un regalo de la vida, hasta que la maternidad me consumió, y le robó tiempo y esfuerzo a mi trabajo. El caos de mi vida profesional se expresaba en el

desorden de mi refugio. Mi inestabilidad chorreaba por las orillas de mi vida y la percibía en mi variopinta producción fotográfica.

Cuando salí del encierro le grité a Óscar, le escupí mi frustración y le pedí el divorcio. Mi marido, con tristeza, arregló una maleta y se marchó sin decirme a dónde. Mis hijos, para expresar su desacuerdo, me aplicaron la ley del hielo. Cada uno se encerró en su habitación.

Nuevamente me recludí. Y ya sin marido a quién gritarle me propuse hacer un balance de mi vida, en tres columnas: en la primera puse mis sueños, marcando en rojo lo que no pude hacer. En la segunda coloqué lo que nunca acepté hacer por convicción. Y en la tercera, lo que sí pude hacer.

Después de analizar mi primera lista concluí que ya nunca sería una fotógrafa de guerra, como Gerda Tardo, la alemana que murió durante la Guerra Civil Española, atropellada por un tanque amigo de la República. Tampoco me atrevería a ser como Martha Gellhorn, estadounidense que en sus crónicas registró los estragos padecidos por la población en la misma guerra, y quien, además, viajó como polizone en un barco militar, disfrazada de enfermera para reportar el desembarco en Normandía. Y, finalmente, llegué a la conclusión de que jamás llegaría a ser como Linda Wolf ni como Lynsey Addario, ambas feministas luchonas estadounidenses, reconocidas por ser activistas sociales y por documentar las violaciones a los derechos de las mujeres.

Al analizar la segunda columna me sentí menos frustrada y hasta complacida, ya que por convicción no sería nunca como Annie Leibovitz, la excéntrica estadounidense especialista en fotografiar a las élites para revistas como *Vanity Fair*, *Rolling Stone* y *Vogue*. Famosa, además, por fotografiar a Yoko Ono y a John Lennon. Y, significativamente, tampoco me había dejado seducir por el dinero

para llegar a ser como Anne Geddes, la australiana mundialmente famosa por sus retratos de bebés.

Ese balance de lo que no llegaría a ser, por incapacidad temperamental (siempre he sido cobarde ante la violencia), y por convicción ideológica (me enoja la comercialización de la imagen), me llevó a escribir con más tranquilidad la tercera columna, donde debía analizar críticamente lo que sí había logrado hacer. Me miré en los inicios de mi carrera, cuando fui considerada como una joven promesa en la fotografía. Reconocí haber derrochado mi talento al incursionar alegremente en varios campos, sin concentrarme seriamente en uno y saltar de una cosa a otra. Pasé de fotografiar bailarines para la revista de la universidad a captar bichos para los ecologistas independientes, y en el trayecto exploré la fotografía experimental, realicé documentales culturales y hasta incursioné en la fotografía de desnudo en casi todas sus variantes (femenino, masculino y transexual).

Me deprimí al constatar la inestabilidad y el caos de mi carrera, que me llevó a ser aprendiz de todo y maestra de nada. ¿Dónde había quedado el talento que mis maestros vieron alguna vez en mí? Sentí que sus halagos, más que un impulso, habían sido una maldición, la manzana envenenada. Sus opiniones me habían convencido de que yo era genial, creí ciegamente en mis habilidades y me dediqué a derrocharlas, sin consolidar el oficio que debía acompañar el talento que la vida me había regalado.

Agregué más depresión a mi crisis.

Dejé de bañarme y me dediqué a ver televisión.

En ese desastre pasaron varias semanas, hasta que mis hijos me enfrentaron. Recuerdo su actitud formal, una tarde de jueves, al anunciarme que tenían que hablar seriamente conmigo. En la asamblea familiar su diagnóstico fue lapidario: simplemente ya no me aguantaban. Y si no me gustaba mi vida, pues ¡que la arreglara! Pero que ellos no

tenían por qué padecerme. Me indigné y no acepté nada de lo que me dijeron.

En mi cuarto de estudio, sin embargo, rumié y regurgité las palabras de mis hijos y, sin más por hacer, inicié una compulsiva labor de orden y limpieza. La ejecuté primero mecánicamente y luego con amor. Plasmada en imágenes estaba mi vida y con asombro descubrí que mis archivos más queridos eran aquellos a los que menos atención les había puesto mi vaga e inestable memoria. Se trataba de una serie de fotografías encargadas por el Instituto de Biotecnología sobre el mundo microscópico, invisible para el ojo común: células, embriones, cavidades, estructuras, conglomerados, fluidos, filamentos. Fue como revisitar el universo a través de formas, colores, movimiento y composiciones que remitían al origen de la vida. Y en esas luminosas y extravagantes fotografías encontré la paz y descubrí el derrotero que seguiría mi vida.

Así que, mientras viajaba como microscópico fluido por los misterios de la vida captada en mis imágenes, decidí que había llegado el tiempo de madurar y ponerle fin a mis devaneos profesionales. Tenía cuarenta años y había llegado el momento de concretar aquello de ser “una promesa” y emprender mi obra de madurez. Debía abonar un sólo sendero para fortalecerlo y con él construir mi legado. Era el momento justo para hacerlo. Ya no estaba en la época de celo, cuando el único imperativo era tener sexo; ya me había casado, ya había parido y mis hijos habían crecido y eran cada vez más autónomos; y con mi marido habíamos logrado una amigable y satisfactoria vida afectiva y sexual. En pocas palabras, era mi turno. Mi camino estaba allí, en lo que mi memoria recuperada me decía sobre la seriedad, el placer y la creatividad que me albergaron mientras realicé esas tomas fotográficas.

Con nuevos bríos terminé mi labor de orden y clasificación. Entonces me hice de valor para buscar a mi ma-

rido. No fue fácil convencerlo. Fueron varias horas de hablar, llorar y dialogar, para construir otra vez los acuerdos de respeto y convivencia. Por momentos sentí que lo perdía y en la intensidad del dolor reconocí la magnitud de mi amor por él. Al final nos recuperamos uno al otro.

Reuní después a mis hijos para darles la noticia. Fue una asamblea formal convocada para un sábado en la noche. Asistieron a regañadientes en traje de gala, al anuncio de lo que a partir de ese momento sería nuestra vida, con el retorno de Óscar y mi proyecto de vida.

Con solemnidad les comuniqué mi decisión de dedicarme exclusivamente a la fotografía científica, a realizar mi proyecto creativo en la conventual tranquilidad de los laboratorios de biotecnología. Así que a partir de ese momento abandonaba los vagabundeos que me caracterizaban. Un logro adicional fue mi exigencia de establecer nuevos acuerdos para repartir tareas y responsabilidades domésticas.

Además de lo gratificante del proceso, al dignificarme a mí misma, el otro tesoro rescatado de la crisis fue mi marido, con quien hasta hoy hago siesta, para disfrutarnos en una fiesta de tarde, que no es grande ni pequeña pero es genial.

RETORCIDOS ÁRBOLES DE ENSUEÑO

La historia que marcó la vida de Isabela sucedió durante la primera práctica de campo en la Estación de Biología de Zonas de Bosque Húmedo. Nuestro autobús iba cargado de mochilas, tiendas de campaña, cajas de alimentos, bolsas de dormir, periódicos viejos y prensas para coleccionar plantas. El responsable del grupo era el profesor adjunto de la materia de botánica y paisaje agroecológico. Un tipo joven, alto, de piel morena y, para ella, con los labios más bellos del mundo. Durante el trayecto el mentor caminaba por el estrecho pasillo del autobús para darnos las instrucciones: las reglas de la Estación, los horarios de trabajo, el orden de las brigadas para hacer la comida y la secuencia en que debíamos coleccionar y tomar fotografías. Repasó, además, las técnicas para el secado de las plantas y nos recordó cómo llenar las fichas de las colectas.

El paisaje era agreste, con una flora exuberante, ideal para aumentar la excitación de un montón de estudiantes inocentes que nos creíamos capaces de emprender cualquier aventura para descubrir especies nunca jamás registradas. Nuestras botas de campo estaban relucientes y los osados exhibían una navaja suiza colgada del cinturón.

Pasaron varias horas antes de la primera parada de exploración y, en el trayecto, sentíamos que el tiempo se estiraba y crecía y crecía ante la lentitud del autobús en una carretera sinuosa y empinada. El camión se detuvo en un terraplén arenoso, que de un lado tenía la montaña y del otro una agreste barranca. Excitados, bajamos lo necesario para la colecta botánica y nos distribuimos en brigadas. La mía fue la dos y la cuatro de Isabela, integra-

da por tres hombres y dos mujeres. Según el relato de mi amiga, cuando entre saltos y resbalones llegaron al fondo de la barranca, avanzaron por el lecho del río para trepar hacia los árboles que les interesaban. Al principio trabajaron sin problemas. En colectivo, decidían lo que iban a colectar, y mientras uno se subía al árbol para cortar las muestras, otros las recibían y las acomodaban entre periódicos dentro de las prensas, en tanto que Isabela llenaba las fichas con fecha, lugar, especie y subespecie, más el nombre de los colectores y la otra compañera tomaba fotografías.

Los problemas empezaron al decidir el camino de retorno. Las opiniones se dividieron: los hombres se inclinaban por un sendero, respaldados por un mapa, y las mujeres proponían otro, apoyadas en lo que recordaban: una piedra, la curvatura del riachuelo, un olor, una pisada.

La discusión se tornó feroz cuando uno de los compañeros externó la opinión sobre la tradicional incapacidad de las mujeres para orientarse y hasta para leer un mapa. Las compañeras se indignaron por el estereotipo y tomaron el camino que les pareció correcto, con el agregado de que, por el pleito, ellas tuvieron que cargar las prensas, abandonadas por el descuido de sus compañeros, que simplemente se fueron con las manos libres después de la disputa.

El profesor estaba furioso cuando, sudorosas y con lodo hasta las orejas, ellas alcanzaron la carretera. Los compañeros habían llegado media hora antes. “¡Nunca, bajo ninguna circunstancia, una brigada puede dividirse!”, les gritó, y luego, para rematar, dijo la desafortunada frase de “Es indigno que los compañeros hayan dejado abandonadas a sus compañeras allá abajo”. Isabela de inmediato lo corrigió: “¡Perdón, profesor! Pero a nosotras nadie nos ‘abandonó allá abajo’. Y si tardamos en subir fue porque

este trío de machos inútiles, por su berrinche, dejaron las prensas, sin preocuparse por ayudar a cargarlas”.

El resultado fue que desde ese día todo se volvió un pretexto para medir fuerzas entre hombres y mujeres. Si nosotras proponíamos A ellos decían B y si ellos decían Y nosotras decíamos Z.

Las instalaciones de la universidad tenían dos alas, una para mujeres y otra para los hombres, mediadas por áreas comunes: un salón de reuniones, la cocina, el comedor y las duchas. En cada ala había dormitorios colectivos con literas estrechas y gavetas para el equipaje. Las actividades comprendían excursiones de observación para identificar especies vegetales, cambios del paisaje y los impactos del clima sobre el entorno, además de reuniones después de comer para la discusión y análisis de lo encontrado. Ya casi de noche venía el tiempo de encender una enorme fogata, en las afueras de la Estación, para motivar la convivencia. A las diez de la noche se le echaba agua encima y todos nos debíamos ir a dormir, usando nuestro *sleeping bag* ante la húmeda frialdad de la madrugada.

La dinámica de confrontación entre nosotras y ellos siguió igual, creándose un ambiente poco apto para trabajar y menos para la pretendida camaradería que deberíamos crear entre nosotros. Y eso continuó así hasta que el profesor, en lo que leímos como un cambio de estrategia, le pidió a Isabela que lo acompañara al pueblo más cercano, donde debían comprar agua purificada y pilas para las lámparas. Si ella era quien capitaneaba la revuelta, era a través de ella que debía modificarse la situación. Se fueron en una camioneta de la Estación y luego de las compras decidieron comer en la única fonda del pueblo, donde, alentados por el calor del caldo de res y las tortillas hechas a mano, pasaron de hablar de biología a las risas y a contar anécdotas de sus vidas.

Cuando regresaban la tarde bajaba fría desde la sierra y, al transitar por una brecha de tierra, angosta y llena de curvas, las ramas de los árboles golpeaban la camioneta. Y sucedió que justo en una de esas ramas estaba enredado un bejuco en floración. Emocionada, ella pidió que se detuvieran. El profesor acomedido la obedeció, alargó el brazo hasta alcanzar la flor, y con la pasión botánica a flor de piel la exploró mientras recitaba la familia, la especie y la subespecie del espécimen; y por último, para rematar su exposición, depositó la flor dentro del escote de Isabela y la atrajo hasta besarla. Y así fue como ella, embriagada por el misterio botánico del ambiente y la sapiencia de su profesor, respondió a sus caricias, dejándose ir hasta el fondo en su incipiente enamoramiento.

Con la agitación de su primera vez, Isabela entró al campamento sintiéndose en las nubes, felizmente confundida en la neblina que cubría ya todo el espacio; y en tal ánimo ayudó a preparar la cena y la fogata, para luego, desde un rincón cercano al fuego, admirar a su sabio y guapo profesor.

Ya acurrucadas en nuestras respectivas bolsas de dormir, me contó lo sucedido con la emoción propia de su exótica iniciación y el bullicio de sus emociones que saltaban de la descripción de los hechos a la proyección de lo que ello significaba para lo que seguía en su vida. Estaba feliz. Y tenía que taparse la boca con la mano para controlar su risa nerviosa y las ganas de gritar ante la falta de espacio en su pecho.

A la noche siguiente, ya menos agitada, nuevamente, antes de dormir, me confesó que las caricias introductorias habían sido excelentes, no así la forma brusca con que el profesor llegó a la cumbre de la pasión. Ella, según la costumbre, se culpó del abrupto final en el que, fuera del ajetreo, no sintió más, pues al fin y al cabo era su primera vez. Así que sin deseos de entorpecer el ensueño se con-

venció de que los siguientes encuentros serían los buenos. Y sí, hubo varios más: uno sobre el techo del autobús, otro en una cama de hojas en un rincón del monte, y uno más en las regaderas de la Estación; y en todos justificó su incómoda falta de placer por la incomodidad del ambiente.

Cuando regresamos a la ciudad Isabela iba montada en el ensueño, creyendo haber encontrado al hombre inteligente, simpático y guapo, ideal para enamorarse. Ansiaba hacer el amor en una cama para resolver tantos encuentros fallidos, e incluso pensó en llamar a su familia para informarle que regresaría a casa un día, o tal vez dos, después de lo previsto. En la universidad Isabela, con tal pretensión, se dilató más de lo usual en almacenar el equipo, dando tiempo para que los demás estudiantes se esfumaran del escenario.

Al quedarse solos, con gran emoción se prendió del cuello de su profesor para preguntarle, amorosa y seductora, en dónde pasarían la noche. Como respuesta, él metió el brazo entre ellos, como palanca para hacerla a un lado, y sin mayor preámbulo le dijo que estaba casado y que esa noche regresaría al lado de su esposa y su pequeño hijo de un año. Ante la azorada expresión de mi amiga y ya lejos de ella, él expuso sus condiciones: si quería repetir sus encuentros, para ella quedaba sólo el placer de los encuentros clandestinos, bajo el pacto de que nada podría exigir y menos divulgar. Discreción a cambio de placer era el futuro para ellos.

Isabela tardó varios segundos en reaccionar. No podía creer que el sensible profesor, cariñoso y comedido, fuese el mismo que, con los brazos puestos en la cintura, esperaba con expresión fría y envalentonada su respuesta. Negó con la cabeza para liberarse de la confusión y, como pudo, lo interrogó sobre el significado que para él tenía lo que habían vivido.

El sapiente profesor se burló cuando le preguntó qué había significado lo que ella calificó de “lo nuestro”. Isabela insistió. Quería que le explicara dónde quedaban el amor del que le habló, sus palabras dulces, sus promesas de lo que vendría después, cuando le presentara a sus amigos, a los profesores más brillantes en la biología, e incluso cuando la recomendaría para una de las codiciadas becas para estudiar el posgrado en el extranjero. ¿Dónde quedaban las promesas de que vacacionarían juntos fuera del país? “Eso”, explicó él con voz de académico en conferencia magistral, era algo tan frecuente que sucediera entre profesores y alumnas durante las prácticas de campo, que rayaba en lo vulgar.

Así fue como Isabela supo lo que significa el abuso jerárquico y casual.

Y yo cuento su historia para que se comprenda una de las razones por las que las mujeres mantenemos la huelga en nuestra universidad y hoy saldremos a tomar el zócalo.

UN TIPAZO ES UN TIPAZO

Siempre me ha intrigado qué significa ser un tipazo. Según algunos diccionarios el término se refiere a un hombre atractivo por la grandilocuencia de sus rasgos corporales masculinos, aunque otros señalan que con él se caracteriza a un hombre sobresaliente, de conducta intachable.

Marcos, en sentido estricto, era un tipazo del primer tipo. Alto, moreno, fornido, pelo y pestañas rizadas y, en cuanto a su atributo seductor, era el mejor dotado que he conocido. Era guapo, trabajador, amable, alegre, elegantemente vestido y un sibarita encantador del comer y beber. Nos conocimos en una fiesta y allí acordamos tener una cita. Después de un par de veces que cenamos juntos había llegado el momento de avanzar hacia una relación más íntima.

Me arreglé con esmero para el encuentro.

Su casa era un remanso, con la elegancia seductora del buen gusto. Al entrar, me cobijaron los lienzos secretos de la seda, dispuestos a cobijar nuestros cuerpos en esa noche de placer. Tomamos vino, conversamos de esas pequeñas cosas insulsas con que se disfraza el deseo, y por fin llegamos a los sonidos dulces y melancólico del saxofón. Y con ese arrullo, como si de entrar a un templo se tratara, tímidos y sonrientes nos desplazamos hasta su habitación, amplia y acogedora como todo él. Allí, sobre su vasta cama, embriagada de plenitud, hice y me deje hacer lo imaginable para disfrutar el placer anticipatorio de lo que vendría después.

Y cuando llegó el momento... algo inesperado sucedió:

¡Alto!

¡Stop!

¡Obstrucción!
¡Tiiiiip!
¡Tiiiiip!
¡Camino vedado!
¡Camino vedado!
¡Prohibido el paso!

No dijimos nada y volvimos al preámbulo de la seducción y sucedió igual, una y otra vez, sin que pudiésemos desbloquear mi entrada. Fatigados por la vergüenza, siguieron las explicaciones, cada uno asumiendo su culpa, mientras en el fondo de nuestras emociones responsabilizábamos al otro.

Me despedí.

Me negué a que me acompañara.

Manejé mi auto como un robot descompuesto, latíendome entre las piernas el dolor de mi fracaso.

Al llegar a casa traté de entender lo sucedido, mientras ponía fomentos de agua caliente en mi intimidad adolorida. ¿Qué me pasó? ¿Por qué me negué a dejarlo entrar? ¿Me habré frigidizado? ¿Hago cita con algún sexólogo? ¿O mejor con un psicoanalista? Me interrogué bajo el halo de la culpa, producto del sermón educativo que nos brindan desde niñas, “¡si algo malo te pasa es por culpa tuya!”.

Durante un par de días me torturé con mis preguntas. Al tercero concluí que, sin arreglar lo que no me funcionaba, con Marcos nada sería posible. Decidí ir a visitarlo para disculparme. Me sentía tan culpable que, como le tenía, fui repitiendo mi discurso, construido de la mejor manera para que comprendiera mi situación y la ardua tarea que tenía por delante para arreglarme.

Llegué al condominio, atravesé el jardín de enfrente de su casa, llegué a su puerta, giré la perilla y entré.

Yo esperaba un recibimiento, si no cálido, por lo menos gentil al suponer que él también habría reflexionado. La noche infausta no habíamos podido hablar, pues él

atónito y yo loca de dolor, le inventé cualquier pretexto para salir de allí. Creo que aduje que tenía cita con mi mamá, ¡y eran las doce de la noche! Lo único que quería era salir de allí y las mamás siempre son un buen pretexto. O tal vez era cierto que ansiaba que estuviera conmigo para que me dijera qué hacer en una situación tan desgraciada.

Lo que vi me dejó helada.

No se había suicidado. Tampoco estaba borracho o llorando su decepción.

A una la educan para defenderse de un manoseo en el Metro o para comportarse de cierta forma en un robo en un camión de transporte público, pero hasta ahora nunca nos han dicho qué hacer cuando te encuentras a tu novio haciendo el amor con un hombre guapo y fuerte, muy parecido a él. No supe cómo reaccionar: si cerrar discretamente la puerta, si sentarme y dejarlos terminar, si pedirles perdón...

Marcos, al verme, aturdido buscaba su pantalón, mientras el otro se deslizaba suavemente hacia la alfombra, en espera de la siguiente escena: mi llanto desmedido. Los gritos de mi acusación: ¿por qué me has hecho esto?, como si fuese yo el centro vital de los sentires y de la vida de aquel hombre. En cambio, sentí alivio. Él era libre de ejercer su sexualidad con quien quisiera, siempre que no me involucrara en una relación cocinada en el engaño.

Sonreí y respiré la paz de mi certeza.

Así que no había sido yo la responsable del fracaso, ni tampoco lo era mi frigidez o mi tamaño. En el fondo, como un animal en su escondrijo, estaba su desaliento por compartir con una mujer la parte sustantiva de su hombría.

Para no estropear con mi sonrisa el momento cumbre de aquel drama, me di la vuelta y salí de allí con la sensación de haberme salvado de una relación tormentosa y confusa.

Lo último que escuché fueron los exasperados gritos de mi amigo: “¡no te vayas! ¡Lo que viste no es lo que parece!”. Más el sollozo final de aquel magnífico tipazo: “¡te lo juro, regresa por favor, te lo suplico!”.

GENERACIÓN ESTRIDENTE

Yo pertenezco a la generación de mujeres que en el siglo XX rompimos con todo. Fuimos las impulsoras de la liberación sexual y la libertad de decidir. Así que hombres conocimos muchos, y en una gran variedad. Algunos pensarán que fuimos promiscuas. Yo afirmaré que fuimos valientes y que desde allí asumimos el reto de ser libres.

Voy a cumplir 75 años y custodio infinidad de recuerdos, algunos de los cuales reviví hace unos días con Maruca, mi amiga del alma, con quien festejamos cada vez nuestro cumpleaños. Las dos nacimos en el mismo mes, aunque ella nació dos años antes. Siempre vamos al mismo restaurante, que escogemos por sus postres cargados de crema dulce y frutas rojas, una revoltura agridulce, como han sido nuestras vidas. Nos escapamos de los parientes que se escandalizarían de vernos comer así, con la moda actual de valorar los alimentos por la cantidad calórica que contienen. Ya no se puede comer sin culpa.

En nuestra época no era así. Vivíamos felices ejerciendo a plenitud nuestra arrogante juventud. Sólo comíamos y punto. Todos en la universidad éramos flacos, fachosos y melenudos. ¡Eso sí! Nosotras con minifalda. Yo controlaba el tamaño de la mía con el largo de mis brazos. Debía llegar de la cintura al borde de los dedos de mis manos. Ni más larga ni más corta. Yo no fui de faldas largas. Y la mini en verdad era una monserga que implicaba desarrollar una técnica para agacharnos sin enseñar nada. Muy pudorosas, pues, todas nosotras. Pero, con todo, no dejábamos la minifalda, símbolo de la libertad de expresar nuestro derecho a mostrar el cuerpo si se nos

daba la gana. En fin, cada tiempo, cada moda y cada forma de decir lo que se quiere decir.

Nos manteníamos en forma, además, porque nos movíamos a pie, en camión o en Metro de la casa a la escuela, de la escuela a las marchas y a “botear” y “volantear” en apoyo a las huelgas de los trabajadores o en favor de los presos o los desaparecidos políticos. Entonces no se decía que luchábamos por “causas humanitarias”, término que oculta lo político con el membrete de lo humano para evadir responsabilidades en la desigualdad de nuestro mundo. ¡Por causas humanitarias! ¡Vaya burla! Lo que se hace para lavar conciencias.

El punto es que la comida con mi amiga Maruca fue una celebración por seguir vivas, y nuestros recuerdos se trenzaron en torno a nuestros amantes, con quienes urdimos sueños, emociones y turbulencias que nos condujeron a paraísos impensables, aunque también a cavernas de horror y desencanto. Con algunos nos ligamos por amor, con otros por gusto y con otros más por pura tontería. Su lista fue mayor que la mía, seguramente por su expresión melancólica y sublime. Los compañeros preferían a las chicas que sentían débiles, vulnerables, con aire de “necesito salvación”, haciendo honor a los prejuicios que también teníamos.

Fue bello recordarnos jóvenes, actuando la libertad a nuestro modo, y nos preguntamos cómo sería para los jóvenes de hoy, con la sobreexcitación sexual que se padece: comerciales, películas, videojuegos, carteles, todo un campo subliminal para vender con artificios. Un mercado impúdico de emociones y cuerpos.

Nos recordamos valientes, fogosas, inmovibles para atender las súplicas de nuestras madres que buscaban devolvernos a los senderos del buen comportamiento, honorable y púdico. Y nos vimos otra vez utópicas, con falda cortas, pelo largo y, no con ideas cortas, sino vibran-

do a flor de piel nuestra vocación de inteligencia y libertad. Vivíamos para estudiar y discutir en interminables seminarios extraescolares, y luego de tanta intensidad seguíamos prestas a florecer para el amor hasta llegar a la cumbre del Everest, o a la del Popocatepetl, que nos quedaba más cerca. Porque como explicaban las feministas de aquel tiempo: “¡El orgasmo es de quien lo trabaja!”, y se requería toda una labor de autoconocimiento y de exploración de nosotras y del otro.

Al recordarnos, nuestras risas nos hacían temblar de arriba abajo y nos condujeron de prisa varias veces al baño; y los comensales, todos menores de cuarenta años, nos miraban extrañados. Como si la norma fuera que un par de mujeres mayores, por definición, tuvieramos que ser recatadas y melancólicas, vestidas de gris y negro, como se imaginan que fueron nuestras vidas.

Un par de chicas nos observaban con reprobación cada vez que entrábamos en un estado de risa incontenible. No supimos si les molestábamos por nuestro alboroto, porque éramos el espejo de lo que serían ellas en unos años, o porque rompíamos la imagen estereotipada de lo que deben ser las mujeres decadentes de la tercera edad. Nada cercano a lo que sentimos a nuestra edad. Yo no me siento así. Soy más feliz que a los treinta porque finalmente aprendí a decir SI y NO y a rechazar lo que me lastima. Además de que, después de los cuarenta, decidí hacer el amor sin culpa y vivir según mi criterio.

La idea de que aquellas jóvenes nos miraran mal por nuestra edad despertó nuestra rebeldía y nos preguntamos si acaso podrían imaginarse nuestra lista de amantes, y si se atreverían a preguntarse por nuestra sexualidad como adultas mayores. Nos embarcamos, entonces, en elucubraciones sobre nuestro ímpetu, aún vigoroso en los sesentas, cuando el deseo mañanero nos despertaba. Ahora, a la mitad de los setenta, el erotismo se ha transfigura-

do en anécdota; una más de las que nos gusta rememorar, a veces con reiterada obstinación, como si los recuerdos regurgitaran inevitables como el pan de cada día.

Ninguna quiso casarse y algunos de nuestros antiguos amantes ya han muerto; otros están casados y en otros más la sexualidad se ha vuelto obscena, alimentándola con pornografía computarizada o con mujeres menores que ellos. Según Maruca, los hombres mayores buscan a mujeres más jóvenes para sentirse bien, parecidas a sus esposas o ex esposas, sólo que con treinta años menos. Mientras que a las mujeres de nuestra edad nos gusta el compañero, capaz de hacernos reír y con quien podamos conversar de las tantas cosas que nos ocupan.

El hecho es que discurrimos sobre nuestra generación. Y cómo nos confrontamos con nuestros padres y con la sociedad autoritaria de nuestro tiempo; y sin saberlo abríamos los caminos que hoy parecen autopistas, complejas y contradictorias, y tal vez menos revolucionarias y justas de lo que imaginamos como futuro.

Nosotros no fuimos hippies, pero navegamos igual por ríos locuaces, estridentes y psicodélicos que nos permitieron experimentar y soñar que éramos libres. Y fue con ese regocijo que Maruca y yo recordamos nuestras vidas, cuando nos regalábamos al amor como diosas antiguas, con la soberbia de la juventud, modeladas por el deseo de nuestros amantes, con quienes vivimos la intensidad de la esperanza.

Porque debimos reconocer que los hombres que nos amaron tenían también su propia lucha. Y seguramente buscaban algo que nosotras no podíamos darles, ya que si bien nos sentíamos libres, éramos demandantes; si bien fuertes, ansiábamos ser protegidas; y, ante todo, éramos rebeldes, aunque también incapaces de abandonar los cuentos de hadas... Un manojo incontenible de ener-

gías contradictorias que nos movía a emprender caminos insólitos, algunos turbios y peligrosos, y que más de una vez nos acercaron a la locura.

Maruca hizo un recuento puntual de las cualidades de cada uno de sus amantes y confirmé que no eran tan diferentes de los míos. Y nos preguntamos si a pesar de las cualidades que nos enamoraron de cada uno, todos ellos no serían el mismo joven: a veces tierno y miedoso y muchas veces gimnástico y arrogante; de la misma forma como ella y yo fuimos, sin saberlo, una sola mujer, la misma joven universal y única, que se atrevió a vivir como se imaginó que debería hacerlo en el agonizante siglo XX.

Nos pusimos solemnes.

A nuestra edad, desde la reinención de los recuerdos, se desvanecen los contornos de nuestros pensamientos, pero algo que recordamos a la perfección fue cuando decidimos no casarnos para resguardar lo que llamábamos “nuestra libertad” y “ser nosotras mismas”. ¿Nos equivocamos? Nunca lo sabremos, pero hasta hoy nos enorgullece nuestra opción de vida.

Terminamos nuestra comida ritual cerca de las ocho de la noche y al despedirnos nos dimos un abrazo largo, como precaución ante una ausencia inesperada. Y mientras caminaba pensé que luego de tantos amantes, de tantas pasiones, de tantos sueños y desgarramientos, a nuestra edad lo que sobrevive a las turbulencias de la juventud es la amistad.

Cuando llegué a mi departamento me asusté de esa conclusión, puesto que, bajo esa óptica, ¿dónde quedan el amor y la pasión? Lo reflexioné en la madrugada. Y encontré la respuesta en la capacidad de asombro que a nuestra edad pervive, haciéndonos sentir que somos capaces de lograrlo todo; incluso de amar con el vigor de mantenernos en el escenario de la vida. Amaremos quizás en

formas distintas, pero latiendo siempre con la fuerza del deseo, de la pasión y el ensueño. Nunca lejos de esos destellos incansables que apuntan siempre al goce eterno de la vida.

PARTE III



OSCURIDAD INSONDABLE

Joaquín intenta abrir los ojos y sólo un destello de añeja luz se agrupa en su memoria. Es apenas un vago recuerdo de las ondas electromagnéticas que lo han hecho creer que es realidad aquello que ha mirado antes, y que esa luminosidad que se aleja a trescientos mil kilómetros por segundo es la que genera el vacío, la negrura que ahora lo rodea.

La luz... se esfuerza por recordar, sólo que el dato se escapa de su lerdo cerebro, congestionado por algo que su masa blanquecina no logra identificar y lo remite a un instante fugaz de desconexión. Al desagarro que inundó de rojo una fracción del blanquísimo cerebro y que lo obliga ahora a activar la red neuronal para poder procesar, conectar y transmitir la información que sobrevive a la hecatombe. El recuerdo de la luz se fuga y la opacidad del entorno entra a su escasísima conciencia como una filosa cuchilla que lo alerta. No hay nada, concluye su tímido cerebro.

Un nuevo intento de abrir los ojos; pero ahora, su encéfalo, encargado de recibir e interpretar las señales —las que llegan desde adentro de su organismo y las que ingresan desde el exterior que lo resguarda— está bañado con un nuevo y expansivo color rojinegro; que a su vez incapacita a las dendritas para responder a su instrucción. Las neuronas, con sus axones ramificados en móviles tentáculos, continúan su labor de restauración, de sí mismas y del entorno; como vía para recuperarle recuerdos al sujeto, para lo que buscan y transmiten señales que jalen de cualquier parte. También ellas son víctimas de un siniestro que no saben nombrar y, como arañas de largas patas, sólo

responden al impulso de zurcir, pegar y saltar sobre la marisma de sangre coagulada, que como mar muerto asfixia a las células, que yacen sin vida en un espacio ya demasiado grande. A pesar del esfuerzo de las neuronas, en su intento de responder a las debilitadas señales químicas y eléctricas que aún reciben, crece el abismo que deben vencer.

¿Qué pasa? Vibra tímida la interrogante que logra formularse en alguna parte del lastimado cerebro. Oscuridad es frío, conectan sus neuronas y Joaquín se aferra al nebuloso recuerdo de una sensación que ha sido arrasada desde algún sitio. Busca el sentido de la imagen de un cuerpo cubierto de pelo oscuro hasta que logra afirmar, “¡es mío!”. La figura que avizora se estremece y un vago estímulo le hace exclamar “¡tengo frío!”. Es la información que se traslada veloz hasta el centro procesador de datos. Alto, moreno, son calificativos que emergen también y se anexan a otro, al de ser hombre, que con insistencia pretende fijarse en su estropeada inteligencia.

El esfuerzo naufraga ante la trastornada oleada de imágenes que se agolpan sin control, creando un caleidoscopio de cambiantes fragmentos de rostros, piernas, ojos, manos, de adultos, niños, adolescentes. Emerge un cuerpo escuálido sobrepuesto a otro adulto, de mayor volumen y solidez. Ojos negros, sonrisa amigable, manos con dedos ágiles, se mezclan con otros ojos, otras sonrisas, otras manos. Veloces recuerdos, vividos, leídos, observados, se traslapan entre sí como efigies fugaces que se multiplican, incapaces de articularse en una sólida idea. Las desesperadas neuronas no ceden en su labor para forjar un orden y crear la conciencia de un Yo; de una identidad que, a pesar del esfuerzo, se desvanece ante el precario y desordenado enjambre de estampas y conceptos que se escapan errabundos por el caos. Vano es el esfuerzo de las arañas neuronales que con sus largas patas pretenden alcanzarse.

Oscuridad es frío, enlaza insistente la obstinada y raquítica memoria, pero la negrura es tanta y tan creciente que las imágenes que han obtenido sobre el cuerpo de Joaquín son apenas un esbozo, una huella temblorosa un poco menos compacta que el entono que las aprisiona.

Oscuridad es frío, repite la estropeada memoria, esta vez como palabras que han de contribuir a recrear la alianza sensitiva y conceptual entre frío y oscuridad; es el esfuerzo neuronal por recuperar el lenguaje que enlaza un significante con un significado; por asociar la realidad con el pensamiento que la haga legible, para hacerla existir. La necesidad de afianzarse a un objeto exterior para encontrar el significado obliga al obstinado cerebro a intentarlo otra vez. Manda la orden de abrir los ojos, que vean alrededor para reconocer, nombrar, asociar el sonido con un concepto, pero es inútil ante el avance inminente de la mancha rojinegra que se alimenta de las células, incapaces éstas de mantenerse vivas ante la falta de oxígeno.

Las neuronas, cubiertas en neurolema, acentúan su tarea de regeneración para saltar esa marisma arisca y conectarse a otras que, en desesperada sinapsis, se extiendan también en sus ramificaciones para alcanzar a las demás que siguen vivas. Su intención es fijar la memoria a las emociones; la orden repiquetea en el encéfalo, que ha sido el lugar de resguardo para ellas. Sólo que allí también se agolpan debilitadas las sensaciones titubeantes que se confunden unas con otras y, al amalgamarse, parecen diluirse en la mancha oscura que continúa su avance lúgubre y voraz.

La orden sobrevive. Y, mediante la excitada labor de las neuronas, la alegría y el bienestar se aferran al amor. La memoria activa imágenes del rostro de una mujer y un niño recién nacido. La idea de mujer e hijo se concretan y jalan otros recuerdos fortalecidos por la emoción amorosa; las fijan a las nociones afectivas de madre, abuela,

esposa, novia, amante, que a su vez se articulan a las de bebé, hijo y nieto.

Estas imágenes no provienen de cualquier sitio; surgen de una experiencia íntima, profundamente arraigada a pesar del caos y la prevalencia de la muerte rojiza y nebulosa que se extiende como marisma cruel por el entorno. Ante el destello amoroso, otras emociones se afianzan al afán de sobrevivir; así, la pérdida, la nostalgia y la tristeza se enganchan al amor, debilitado por tan fatídica intromisión. La aflicción y la ausencia, como un ahogo más resistente que otros recuerdos, se instalan en el centro del amor y lo devoran, caricia por caricia, hasta fundirlo con la mancha rojinegra que se dibuja como una promesa de sosiego ausente, capaz de brindar la paz del sinsentido de la nada.

En un nuevo intento para recuperar lo perdido, las arañas neuronales alargan sus informes extremidades para rebuscar, entre el desconcierto que se apodera del cerebro, algo con mayor fortaleza que el amor para desde allí reconstruir, regenerar, afianzar y darle conciencia a Joaquín, y éste consiga la motivación de seguir vivo.

De entre todas las emociones la que aún destella sobreviviente es el miedo; y las neuronas enganchan a ella la memoria ancestral para hacer de ese sentimiento el vínculo capaz de conectar el adentro y el afuera; de hacer del miedo extremo el impulso, la fortaleza capaz de hacer reaccionar a todo lo demás valiéndose de la cadena de sensaciones inmutables asociadas a él. El odio, la ira, el aborrecimiento, la repulsión, el resentimiento, el rencor, la repugnancia, la desconfianza y la sospecha se reconocen, se abrazan, se revitalizan con el afán de recuperar el terror como la síntesis más vigorosa para la sobrevivencia humana, al provocar en quien lo padece la fuerza indispensable para combatir o huir.

Joaquín lucha.

La amígdala responsable de tal acontecimiento acelera el ritmo cardíaco, aumenta la presión arterial, dilata las pupilas ciegas por la cerrazón de los párpados, manda chorros de sangre a las extremidades yertas y al fin logra que se produzca una capa titubeante de sudoración que cubre todo su cuerpo y genera un ligero temblor en su boca. Al hombre se le estiran los labios y parece, ahora sí, capaz de conectar memoria, lenguaje y conciencia, para que, a fin, como éxito del esfuerzo supremo, pueda gritar, “¡estoy vivo!”.

El terror, sin embargo, ha jalado también una avalancha de imágenes y sensaciones pavorosas que se acumulan en su mente. El rostro calcinado de su padre cuando se quemó su casa siendo niño; la oscuridad del clóset en que se ocultó para huir de la policía cuando era joven; el amarillento rostro de su pequeño hijo ahogado en la pileta de su casa; y con ellas recuerda su profundo deseo de morir, para acabar con todo.

La conciencia de Joaquín, cargada de sufrimientos en una cantidad indescriptible, decide optar y se hunde plácida en la mácula rojinegra de la muerte.

Los destellos en su cerebro se sofocan y, afuera de su cuerpo, un aparato de color indefinido produce el monótono y rutinario sonido que anuncia el desenlace.

LOS FANTASMAS DEL ALMA

“Sentir al muerto encima” es la frase que Roberto retoma del habla popular para explicar la inmovilidad, cargada de terrores, que lo sujeta a la cama y a la presencia de un escalofriante ser que se le acerca. Se le dificulta respirar y piensa que será imposible resistir el nuevo embaque de esa presencia turbadora que llega a él cada noche para alimentarse de su dolor. Sus ojos desorbitados recorren la habitación para descubrir por dónde aparecerá el ente escalofriante que llegará a él para gritarle con sus labios muertos el nombre de su esposa. Su pecho se ensancha mientras, desesperado, intenta exhalar, inspirar, resoplar, bufar como animal en trance de morir; es lo único que puede hacer con la parálisis que lo agobia.

Un percutir intenso invade sus oídos en contraste mordaz con el silencio que lo acorrala. Es tanto su temor de estallar por dentro, de sufrir un colapso mortal, que se aferra a la posibilidad de que el palpar amenazante de su corazón sea para obligarlo a salir del sueño, a que se levante de la cama para acabar con la presencia fantasmal que lo somete al terror nocturno. Intenta mover los dedos, agitar la cabeza, pero esta vez la presencia descomunal lo oprime de forma tal que la inmovilidad no sólo es mayor sino que duele. “Debo tranquilizarme. Debo gritar. Debo obligar a mi cuerpo a que se despabile”, se repite innumerables veces, al recordar la última nota que leyó sobre ese padecimiento absurdo, que sucede cuando el cerebro despierta mientras el cuerpo continúa inalterable bajo el sopor de un sueño enfermo. “Es por quedarme dormido boca arriba”, se explica, convencido de que cayó dormido antes de acomodarse correctamente en la

cama. “De allí la luz encendida y la inmovilidad en que me encuentro”, reflexiona, bajo la protección de la luz de su lámpara que ilumina apenas la mitad de su cuerpo y genera con perversidad un entorno siniestro de tinieblas.

Una ligera mejoría le hace creer que puede superar su estado. Se equivoca. La penumbra se aglutina ahora en franjas que al girar trazan el rostro de Lucía. Al zumbido de los oídos, al palpar enloquecido del corazón, se suma la dificultad de tragar saliva, creándose en su garganta un macilento horror que lo ahoga y lo somete, los ojos desorbitados, la boca abierta. “¡No, por favor! ¡No otra vez esa maldita pesadilla!”, piensa que grita, sin que sus labios respondan a su orden ante la cerrazón de su garganta seca. La angustia aumenta. El corazón ávido bombea. El terror abre sus párpados. Sus ojos cristalinos, secos y rasposos, buscan un lugar para esconderse, sin que pueda resguardarse del pavor de ver en la mujer amada la voracidad de un espectro hambriento.

El rostro le sonrío para ofrecerle un beso; los ojos como tiznes, la carne exultante de placeres, el aliento fétido por los anhelos no cumplidos. Roberto se resiste, “¡no, por favor!”, suplica resiliente para gritarle “¡no!” con la mirada. Que por favor se detenga. Que el amor que lo consume por la ausencia de la mujer viva no puede ser, para ella, despojo de carroña, aparición fantasmal de impúdica presencia. El rostro femenino que parece comprender se echa hacia atrás y lo mira con la frialdad de quien ha sido traicionado; y se descompone después en un vientecillo helado que le murmura procacidades detrás de las orejas. “No debo sucumbir a la locura”, se exige el hombre, la piel turbada en erizadas voluptuosidades, mezcla infernal de náuseas y placeres.

Ella, que ya no es sólo rostro, flota con su cuerpo impertinente. Se mece como gemido, como un paño puesto a secar, como un sudario arrastrado por el viento. Le son-

ría otra vez, y amorosa se tiende sobre de él para protegerlo de las dudas. “Soy yo”, le murmura en el cuello, y él se estremece indescifrable, sin distinguir si tiembla por horror o por aquello que evoca de Lucía.

“¡No!, ¡otra vez no!”, le reclama al espectro de mujer y a su vehemente razón que la atrae de la añoranza para hacerla existir. “¡Basta ya!”, intenta gritar con furia para sacudirse la presencia que lo oprime, que lo agobia, que no lo deja respirar y que, cual pecado, despierta su añoranza, el deseo abrasador por un cuerpo inexistente. “¡Por favor!”, suplica, muda su voz, quietos sus labios. Una caricia suave le responde y, sin oponerse ya, se abandona a la suma de ansiedades y deseos. Y sólo algo de su razón le sobrevive para confirmar que otra vez ha sido derrotado y que para darle fin habrá de consumir la pesadilla.

Puede al fin cerrar los ojos. Y deviene en algo que es él y no lo es al mismo tiempo. Ahora puede verse actuar como si estuviera y no estuviera en la misma escena, estampa forjada en una dimensión donde la realidad está y tampoco existe. Identifica su figura, la sigue, la acompaña y se funde en ella para padecer con plenitud su delirio, esa congoja que noche a noche lo conduce al cementerio para encontrarse con Lucía. Reconoce la tumba aún sin lápida, huele las flores frescas después de tantos meses y padece la furia que lo obliga a escarbar con sus manos hasta llegar al cuerpo inerte, que existe tan lozano como lo recuerda. Le acaricia el rostro, le acomoda el pelo y solloza sobre su pecho el abandono. Ante el contacto con el cuerpo que no está frío, que subsiste también por la lujuria, él reacciona voraz y, afanoso, procede a acariciarla. Le arranca la mortaja, muerde los pechos, explora entre sus piernas y con fervor la riega para exigirle que, estando bajo tierra, debe florecer para la vida.

Ya aliviada la húmeda añoranza, Roberto descansa un instante, infinito para el tiempo de los muertos, ínfimo para el transcurrir humano, y con horror se descubre

prendido del cuerpo de Lucía, en su rostro la misma risa fatua con que lo visita cada noche. “¿Has sentido tú también?”, vocifera espectral, y él, con un grito enfurecido, al fin despierta bañado en sudor, viscoso entre las piernas, los labios con sabor a tierra todavía.

Con la luz de la mañana los recuerdos sobre su noche se evaporan y con la rutina alcanza un remedo de paz.

Al llegar la noche, sin embargo, temeroso busca cómo conjurar la pesadilla. Se acomoda en el sofá y trae a su memoria los instantes bellos y apacibles de su historia con Lucía. Recuerda con ahínco la mañana en que la conoció, el placer con que deseó enamorarse para descubrir el misterio que anunciaba su presencia. “Porque algo de magia había en ella desde entonces”, murmura, mientras plasma un beso en la fotografía que admira; y tiembla con la sensación de destino inevitable que sintió cuando se tomaron de la mano, aquella vez en la torre de la iglesia vieja, rodeada de verdes huertas, saturadas de mangos y mameyes.

Lo alcanzan las once de la noche y él continúa atado a su álbum de recuerdos. Quiere obligar a que su memoria se aferre de los rostros felices que tuvieron en su luna de miel. “Fue de cara al mar calmo del Caribe cuando nos juramos fidelidad eterna”, le recuerda a su mujer, implorándole piedad con una ligera sombra en la voz, aún indescifrable. Es ya la madrugada cuando decide dormir y se acomoda de lado con empeño, un brazo sobre la almohada como precaución para no colocarse boca arriba.

Transita ahora sí por un sueño apacible cuando una fuerza helada lo despierta, lo coloca boca arriba, y su atónita mirada se clava sin remedio al techo. Su cuerpo atado al pánico no responde al bramido animal de su cerebro y sin voluntad percibe el avance de Lucía; esta vez como una disparatada maraña de luces, que emerge desde la esquina cercana a la ventana y que en su trayecto hacia él se des-

compone para ser ella y dejar de serlo, en un juego de pasiones descompuestas. Roberto le ruega a Dios poder cerrar los ojos, obligadamente abiertos, sólo que el Supremo Señor no responde a su plegaria y es obligado a padecer esa presencia con los arrullos infectos salientes de su boca, desatinadamente abierta. “¡No, te lo suplico!”, le implora con el pensamiento, sus labios secos, sólo capaces de articular un bramido ronco que se cuela por la ranura de sus dientes apretados. Un mohín de disgusto se dibuja en la boca procaz y fantasmal que se deforma hasta ser un líquido denso que entra por la nariz de Roberto, transita por la garganta y se instala en su estómago, constreñido ante la intrusión de esa corporeidad pegajosa y fría. La nauseabunda sensación activa el vómito y por fin puede expulsar la indeseable presencia de Lucía.

La noche siguiente nuevamente teme dormir. “Debo intentarlo otra vez”, se convence, mientras busca en su escritorio un par de hojas. Ha de recurrir a la palabra escrita para fijar en su mente lo que debe recordar. Deja que su mano arranque de su evocación lo que mejor se acomode a la velocidad con que escribe. Retazos de instantes se plasman sin orden hasta agotar dos páginas. Ansioso por continuar toma una tercera y describe la última vez que escuchó a Lucía. Fue por teléfono, cuando lo invitó a que la acompañara un par días al pueblo de su abuelo donde ella vacacionaba. “Si te animas, podemos disfrutar las aguas termales de La Cañada”, le dijo. Recuerda con dolor su negativa. “No podía ir, te lo juro”, escribe guiado por el remordimiento, pero sabe que no fue cierto y lo reconoce en la cuarta página que escribe. “Fue por el miedo que sentí”, confiesa. “No sé por qué pero algo me obligó a no desear estar contigo”, admite entre sollozos. “Fue algo mayor a mi voluntad lo que me condujo a inventar cualquier pretexto. Pero te sentí, ¡lo juro! Pude percibir tu miedo al estrellarte contra el muro de contención en la

autopista. Y lloré y lloré sin saber por qué, hasta que horas después me dieron la noticia”.

Habiendo confesado, se arroja sobre la cama para padecer la ausencia, con tanto dolor, con tanta culpa, hasta que, agotado, rueda sin voluntad al sueño.

Instantes después, el helado agobio de la inmovilidad lo despierta. Esta vez es ella quien lo llama para conducirlo hasta su tumba, y es ella también quien con sus manos remueve la tierra hasta dar con su cuerpo, devorado ya por infinidad de gusanos y roedores. Con una mueca sin labios le sonrío y desde las cavidades sin ojos le reprocha. Roberto, en el terror absoluto, incapaz de moverse, mira cómo la Lucía espectral abre el vientre de la Lucía cadáver para hurgar y extraer los pequeños despojos de un feto muerto.

Un convulso alarido regresa a Roberto de su pesadilla, que sale de la cama para atreverse por primera vez a hurgar dentro del bolso de su esposa que le entregaron en la morgue. Están allí la licencia de conducir, sus credenciales, un lápiz labial, un espejo roto y una tarjeta maltrecha de color de rosa. Mira ansioso la tarjeta, convencido de que en ella está el secreto que guardó Lucía y que ha querido comunicarle cada noche.

Tiene miedo.

La sostiene.

La observa.

La coloca otra vez dentro del bolso y tiritando regresa a su escritura. Sólo que su mano enmudecida es incapaz de hacer un trazo y con la punta de la pluma golpea la última hoja que ha escrito. Pretende continuar, le exige a su mano y nada puede hacer para obligarla. Derrotado mira intensamente el bolso. Recupera el rosado papel adornado con brillantitos en los lados y por fin lo abre. En él, una cigüeña feliz transporta un obeso bebé que con un guiño pronostica su llegada. Abajo, escrita con su

pequeña letra redonda y apretada, ella le anuncia su embarazo.

Al fin comprende.

Se viste con su mejor traje, se calza los zapatos negros recién lustrados y, amortajado, vuelve a la cama. Se coloca boca arriba y cruza las manos sobre el pecho, dispuesto a acompañar a su hijo y a Lucía, por la inconmensurabilidad del tiempo muerto.

DE RECUERDOS OLVIDADOS

Estudiaba el tercer año de la carrera de medicina cuando Sheila aceptó la invitación para colaborar en un proyecto sobre plantas medicinales en regiones rurales. El intercambio le pareció justo: ella llevaría medicamentos para desparasitar niños y a cambio recolectaría de los pobladores su conocimiento sobre el uso de sus plantas medicinales. Le tocó trabajar la parte agreste de la Sierra del Oriente, en un pueblo de dos mil habitantes llamado Nahuipán.

En aquella ocasión ella había dejado al resto del grupo en la ciudad de Huehuetenango del Señor para subir hasta ese pueblo, en la parte más agreste de la sierra. En la madrugada se montó en el único autobús con esa ruta, viejo y deteriorado, y conforme avanzaba vio pasar paisajes achaparrados con secos matorrales para adentrarse en otro, de vegetación exuberante, obra de la humedad acarreada por el aire cálido del Golfo.

Desde su ventanilla admiraba la secuencia infinita de barrancas que rodeaban al camión de pasajeros, aferrado a la brecha de tierra para no caerse en los precipicios. Era ensordecedor el esfuerzo del motor para no dejarse vencer por la gravedad que lo arrastraba constantemente hacia el vacío; así que, para ayudarlo, el chofer se detenía para colocar troncos o piedras en las llantas traseras para evitar el arrastre. Un par de veces los pasajeros tuvieron que desalojar la unidad para ayudar a desenterrar el camión atrapado en el lodo pegajoso, causado por la lluvia del día anterior. En otras ocasiones el chofer se alineaba a escasos centímetros de la barranca para dejarle el paso seguro a los camiones cargados de café o de madera que bajaban de la sierra. En los tramos menos peligrosos el ca-

mión trepaba lento, sin abandonar su ronco rugir por el esfuerzo.

En ese tiempo Sheila dormitaba recargada en la ventanilla del camión, con su bolso como almohada. Junto a ella un hombre dormitaba también, libre su cabeza para oscilar al ritmo de las curvas y del arrullo del motor. Así pasaron casi seis horas. Hasta que luego de otra interrupción, en la que debieron desalojar el autobús para que el chofer maniobrara mejor, el hombre comenzó a interrogarla: “¿Por qué una señorita como usted va a ese pueblo?”. “¿Cuánto tiempo estará por allá?”. “¿Por qué viaja sola?”. “¿Acaso no le da miedo?”. Ella se despabiló para responder a preguntas que no se había planteado.

Su compañero de asiento era un maestro de enseñanza primaria, moreno y de ojos negros, que llevaba un par de años trabajando cerca de Nahuipan, y que, al saberla sola, se propuso guiarla. Al presentarse, enfatizó su origen: él había nacido en la capital del país y era maestro de educación básica, sólo que para adquirir una plaza y llegar a dar clases en una ciudad debía trabajar cinco años en comunidades alejadas. Por decisión burocrática le había tocado esa zona, y subía a la montaña los lunes para dar clases en un aula multigrado, y el jueves ya estaba de regreso en Huehuetenango del Señor. Se quedaba toda la semana únicamente en las ocasionales visitas de los inspectores escolares. El lugar, aunque pintoresco, le explicó, no le gustaba para vivir porque carecía de comodidades, y sus habitantes eran rústicos y huraños con los extraños. Según él, era tan peculiar la región que se sentía obligado a prevenirla.

“Por desgracia o suerte de usted como futura doctora —le dijo en voz baja—, Nahuipan es la cabecera municipal de una región de indios, aunque por el comercio habitan allí algunas familias de blancos y mestizos. Con ellos usted podrá conseguir un lugar para comer bien. Pa-

ra dormir no creo que tengan lugar, pero eso puede pedírselo al señor cura, quien siempre tiene un cuarto para visitas. Pero el lugar va a ser malo para usted —le explicó bajando la voz—, porque es blanca y los indios la van a ver con desconfianza. Para ellos cualquiera que tenga la piel deslavada como la suya es un extranjero, un invasor y una mala persona.

“Pero mire usted, si no tendrán razón”, le dijo en voz aún más baja para evitar ser escuchado por los pasajeros cercanos. “En toda la región son los blancos y los mestizos quienes controlan todo: son los dueños de las tiendas que compran y venden el café, así como de la cantina, de las mejores casas y de los transportes, además de que tienen el gobierno local. Mientras los pobres indios viven en las rancherías, o a las orillas de Nahuipan, en casuchas que con dificultad resisten las lluvias y el frío. Y aunque son trabajadores siguen tan pobres como siempre. Es más, de tiempo en tiempo descubren que las cercas ‘caminan’ de noche en favor de los ranchos de los blancos, y sus tierras son cada vez más chicas”. “Porque en este pueblo —explicó el hombre— vale más una vaca que un indio muerto. Y a los pobres, ¿qué les queda, pues?”, cuestionó, con la mirada intensa puesta en Sheila. Y sin darle tiempo a contestar él mismo formuló la respuesta: “Pues con lo que de tiempo saben hacer muy bien. Con la brujería, pues. Y no es para asustarla, señorita —le susurró otra vez—, pero hace dos semanas, a una maestra, fuereña igual que usted, le pusieron ‘una cosa’ en su comida y hasta el momento sigue inconsciente. Su pecado fue decir que la brujería es asunto de ignorantes. Pero ya lo verá. El mejor pleito es entre el señor cura y los brujos. Porque Nahuipan, en el dialecto de estos indios, significa ‘lugar de brujos’”.

Y el acompañante de viaje continuó su monólogo: “Le juro que, con estos ojos que tengo, he mirado salir al se-

ñor cura a echarle agua bendita a una gallina negra que le pusieron los brujos en el atrio de la iglesia. ¡Es cabrón el señor cura!, porque agarró la gallina para hacerse un buen caldo. ¡Brujería contra brujería!”, exclamó, haciendo gala del liberalismo secular de la escuela rural mexicana. “¡Es más! —gritó exaltado cuando el autobús se paró para retroceder y tomar la curva sin desbarrancarse— si don Jacinto, el chofer, nos da la chance, y se detiene unos minutitos, le muestro a usted el altar de los brujos, que al cabo está aquí, luego de esa curva, subiendo rapidito por el cerro”.

Don Jacinto aceptó y los pasajeros aprovecharon la tregua para desentumirse. El altar, oculto entre los pinos, estaba hecho con ramas secas. En el centro sostenía una cruz de ramas de ocote, y se rodeaba por cuatro jícaras, que contenían un líquido blanco y espeso. La superficie estaba tapizada por agujas de pino y ramilletes de hierbas y varios manojos de flores secas colgaban de las ramas de los árboles cercanos. Olía a pino, ruda y albahaca.

Sheila estaba a punto de oler lo que había en los recipientes cuando escuchó el enérgico llamado del chofer para seguir el trayecto.

Subieron al autobús y el maestro continuó con su maña de chismes y consejos. Lo mejor era que al llegar él la presentara con el señor cura, porque “en Nahuipan no hay hoteles, la escuela está cerrada por lo que le pasó a la maestra, y en las casas no hay un lugar bueno —dijo con resentimiento—, siendo usted una estudiante de medicina, por demás, blanca, alta y guapa”.

Cuando llegaron a Nahuipan la tarde amenazaba con fugarse. Bajaron sus respectivos equipajes y se encaminaron a la iglesia. Una densa neblina se precipitaba sobre el pueblo, helando también la locuacidad del maestro, quien avanzaba con pasos cada vez más acelerados. Cuan-

do entraron al atrio ya estaba oscuro y sus pasos sonaron oscos sobre las añosas y verdes lajas de piedra negra. Y más huraños sonaron cuando entraron a la Iglesia de Cristo Jesús, una construcción de piedra del siglo XVII iluminada sólo con algunas veladoras. En el centro del altar un Cristo, con túnica blanca y desgarrada, los miraba desde su suplicio en la cruz. Detrás de él, en doloroso contraste con su mirada, había un retablo monumental bañado en oro. A cada lado de la nave central varias pinturas narraban las caídas y la crucifixión de Cristo; y todo ese conjunto de vírgenes, santos y Jesuses, temblaba bajo el parpadeo lúgubre de las veladoras.

El maestro llamó varias veces con gritos nerviosos al sacerdote, y sólo después de la cuarta vez el viejo sacristán salió para explicarles que el señor cura estaba de viaje; ignoraba a dónde había ido y cuándo regresaría; y que él, por su cuenta, no podía albergar a la doctora.

Cuando salieron de la iglesia la oscuridad era más densa, y sobre la plancha de piedras negras sólo podía verse un círculo de velas trémulas que sobrevivían al viento. El maestro, angustiado, sacó de su mochila una linterna y se acercó: había nueve velas negras alrededor de tres enredijos de hierbas secas y una gallina negra degollada. Las gotas de sangre, aún fresca, formaban un círculo más.

“¡Esto lo hicieron los brujos! enojados porque nos metimos a su cerro”, exclamó nervioso, mientras presuroso se despedía. Sheila, atónita, le tendió la mano. “¿Cómo que me deja aquí?” balbució. “Usted fue el de la idea de subir al cerro de los brujos y ahora no me puede dejar aquí, sin saber ni para dónde moverme”. De mala gana el maestro aceptó llevarla al centro. Ya no platicaba y maldecía cada vez que la escasa luz de su linterna no le permitía ver un hueco o una piedra.



Sin luz eléctrica el pueblo parecía formado por grumos oscuros, intrincados sobre las sombras aún más negras de las montañas, trazadas a su vez sobre un cielo lóbrego e inquietante. Ella lo seguía, atenta a no equivocarse en seguir sus pasos. Se detuvieron ante la única casa con la puerta abierta, por la que emanaba una vaporosa luz amarillenta con olor a petróleo y tiempo viejo. Adentro, una mujer de pelo rubio recogía los platos sucios de una vieja mesa de madera.

—¡Buenas! doña Amalia. La doctora es nueva aquí y necesita donde quedarse. Ella le va a pagar por la comida y por un cuarto donde dormir —le dijo urgido a la mujer, que, desconfiada, observó de cabo a rabo a la fue-reña.

Con fastidio por lo inapropiado de la hora, contestó que para dormir sólo podía ofrecerle su bodega, pero que de comer ya no tenía nada.

—Llévela con doña Alicia, la mujer de don Samuel. Puede ser que ella tenga todavía algo de comer —le sugirió mirando de frente al maestro, como si Sheila no tuviese por qué estar allí, con sus botas nuevas de piel, sus manos cuidadas, sus uñas rojas vociferando su ajenidad.

Visiblemente harto de la intrusa, el maestro le indicó que siguiera por esa calle cuesta arriba hasta encontrar una casa que también debía tener la puerta abierta. Dicho lo cual, se echó su mochila al hombro y salió del cuartucho, esta vez sin despedirse. Sheila lo observó partir con la cabeza hundida en su chamarra negra de nylon, hasta que la noche se tragó el hilo luminoso de su linterna.

Duró varios segundos en reponerse. Tenía frente a sí una estrecha callejuela sembrada de piedras redondas, en pacífica espera para hacerla tropezar. Sheila sacudió su melena corta, desalojó sus dudas con un suspiro, empuñó

su linterna y empezó a caminar, el corazón bombeando su temor, su mochila aferrada a su espalda, las botas temerosas del ruido delator que alentaba a que la espieran por las rendijas de las ventanas. Sintió inhóspito el pueblo aquél, con sus bardas y sus tus tejas tan añejas.

Cuando llegó a la fonda el llanto se anudaba en su garganta, y los interrogantes abarrotaban sus pensamientos: ¿Qué me obliga a estar aquí? ¿Por qué los riesgos? ¿A quién debo demostrarle de lo que soy capaz? Y las no-respuestas la mantenían adherida al halo de luz sin que se atreviese a dar el paso para enfrentarse otra vez al rechazo.

Un hombre gordo de temblorosos bigotes la invitó a pasar. El lugar era amplio y las mesas para los comensales estaban frente a una alta pared de adobe, repleta de estantes con alimentos empacados: harina, sal, maicena, chocolate, galletas, latas de alcohol y petróleo. En su ángulo izquierdo, grandes cajas servían para almacenar maíz, frijol y café; y sus maderas, como las vigas del techo, exudaban el olor de cientos de años de humo, grasa y voracidad. “Es aquí donde los indios venden sus productos”, pensó vagamente, mientras le explicaba al tendero quién era y que llegaba allí por recomendación de doña Amalia para que le dieran de cenar. El hombre torció la boca, la miró de arriba abajo y a gritos llamó a su mujer, que salió secándose las manos con un delantal. Le ofreció huevos fritos, frijoles revueltos, salsa de chile rojo, tortillas y café.

Doña Alicia se sentó junto a ella para interrogarla, pero de Sheila, con la cabeza hundida en sus interrogantes, salían sólo breves palabras, mientras hacía grandes esfuerzos por tragar, la garganta atribulada, incapaz de contener el llanto, comer y hablar. Cuando salió de allí dos brevísimas lágrimas se asomaron a la noche, y de un manotazo rabioso las desalojó antes de empezar a caminar; ahora

altiva, sin dejarse vencer por las miradas clandestinas y hostiles que continuaban su acecho.



La bodega que le asignaron era de paredes de adobe y vigas antiguas, con dos puertas, una que la conectaba con el resto de la casa, y, la otra, que daba hacia la calle. Estaba sucia, abarrotada de costales de ixtle atestados de café. Para ella quedaba libre sólo un pequeño espacio cercano a la puerta de salida. Ahí puso su mochila, su bolsa de dormir y, luego de acomodarse, apagó su vieja linterna forrada de cuero de vaca. La oscuridad era tan impenetrable que invitaba a no hacer ruido, ni siquiera con los pensamientos, y pronto se durmió.

Repentinamente algo largo y ondulante se deslizó de un lado a otro de sus piernas, con un siniestro rozar sobre su bolsa de dormir. Asustada prendió su linterna. Pensó que podría ser una serpiente, de las que los campesinos suelen dejar en las bodegas para proteger sus granos de los ratones. Buscó las huellas en el polvo del piso, entre las rendijas de los costales, pero nada parecía haber reptado por allí. “Debo haber soñado”, pensó, y trató de dormir otra vez. A los pocos minutos fueron las pulgas las que se daban un festín con ella. La comezón iba de un lugar a otro como si quisieran tatuar su cuerpo a fuerza de piquetes. Agotada de rascarse se propuso evadir la comezón repasando los nombres de todos los huesos de la cabeza, y completó la lista con los nombres de los huesos de manos y pies.

Por fin dormía cuando la despertó un ruido leve, ligero como la respiración agonizante de un pájaro nocturno o como un rumor silenciado por el viento. Abrió los ojos y se encontró inmersa en un vacío negro y abismal, en el que se veía forzada a deslizarse. Decidió no encender

su linterna para no delatarse ante aquellos que la acechaban detrás de la puerta de salida. Entonces, un murmullo de siniestras plegarias se coló por las ranuras de la puerta. Las sintió calientes detrás de sus orejas, como una orden para que se abandonase al terror y sin voluntad se dejase llevar hacia las rugosidades de un inframundo inmemorial, donde la esperaban con brazos anhelantes sus propias pesadillas.

El pánico se instaló en su voluntad. Intentó levantarse, pedir ayuda, gritar, pero la garra indefinible que la sujetaba a la oscuridad era mayor a su voluntad. El vocerío, que parecía emanar ahora del abismo en que caía, se acompañaba de un cosquilleo insano y febril que corría por su piel y la hacía temblar sin control, atada al mismo tiempo al terror que la mantenía inmóvil. “¡No puede ser, no puede ser!” pensaba a gritos, en un esfuerzo por no perder el control de la razón ante la sinrazón que ocupaba su cuerpo petrificado.

Intentó gritar su nombre, mover los labios, los músculos de sus manos, de sus dedos, que sentía ateridos por una voluntad ajena, infausta, cuyos orígenes telúricos parecían venir de antaño y que se alimentaba de sus primeros recuerdos, de cuando habitaba la oscuridad y escuchaba su corazón acompañando al de su madre, hasta que algo la expulsó cruelmente hacia una luz encegecedora.

Ahora el frío de su cuerpo era aún mayor, y su voluntad parecía ceder ante el embrujo de alcanzar lo que vagamente le ofrecía el sonido melódico del himno que se filtraba por las ranuras de la puerta. Ya no la esperaban espectros hambrientos sino un espacio luminoso de promesas. ¡Sería tan fácil alcanzarlo! Bastaba con que dejase la voluntad que la mantenía presa en ese socavón de oscuridad, para dejarse ir hacia la luminosidad que la esperaba y la absorbía con la fuerza de sus añoranzas. Sus músculos se aflojaron y el cuartucho se iluminó con una

cascada de luz que provenía de un cielo magnánimo en promesas de felicidad.

Con los ojos abiertos, ciega ante la fascinación, Sheila usó los últimos vestigios de sus fuerzas para luchar contra los rezos, los coros, los himnos y las promesas fatuas. “Soy yo”, decía. “Soy estudiante. Seré una buena médica. Y nada de lo que sucede allá afuera tiene control sobre mí, ¡porque no quiero!, ¡porque soy racional!, ¡porque soy yo, yo, yo! ¡Y nadie tiene derechos sobre mí, ni sobre mi cuerpo, ni sobre mis emociones! ¡Porque soy yo, soy, soy, yo, yo, yo...!”.

Al fin, con la fuerza de su aullido pudo erguirse y encender su linterna. Entonces cesaron las voces, el aire recuperó su olor a polvo y maderas viejas y todo a su alrededor quedó como era antes.



Durante el desayuno Sheila le narró a doña Amalia lo sucedido. La mujer la escudriñó profundamente para leer en ella las razones de los brujos para desear llevársela y negó con la cabeza, como si no encontrara nada o como si lo vislumbado no fuera nada bueno. Más tarde, sin embargo, cuando la aspirante a médico estuvo lista para salir a las rancherías cercanas, le ofreció a uno de sus hijos para que la acompañara. El chamaco tenía doce años y se llamaba Juan. Entre ambos se dividieron la carga de las medicinas, que colocaron en dos mochilas pequeñas. Al despedirlos la madre del chico los llenó de bendiciones, y rompió la distancia con la fuereña al invitarla para que esa noche durmiera en su cocina. No tenía camas suficientes, pero el piso allí estaría más limpio que en la bodega.

Pasaron cinco días más con la rutina establecida por Sheila: desayunaba y cenaba en casa de doña Alicia, y al lado de Juan salía desde muy temprano a las rancherías.

Allá buscaban algo para comer, pero, como reserva, cada uno llevaba tortillas y un gran trozo de queso. Ella llevaba agua en una botella grande de plástico y Juan en un guaje aglobado, hecho con el fruto seco de una cucurbitácea.

Sheila se sentía segura en compañía de Juan y disfrutaba los paisajes que mezclaban la vegetación del trópico húmedo con la propia de las montañas frías.

A las seis de la mañana, cuando partían, la neblina cubría todavía el entorno y hasta después de las ocho el sol lavaba el cielo de nubes y se divisaban los caseríos desperdigados entre la curvatura de las montañas. Algunos reposaban en el fondo de las cañadas y otros en las partes altas, dando al paisaje un enternecedor semblante humano. Llegaban a las rancherías caminando. Ella entre resbalones y caídas, por el peso de sus botas que se hundían en tanto lodo; Juan, en cambio, avanzaba ágil, con sus pies casi desnudos, protegidos por sus ligeros huarches de piel de vaca. Juan, aburrido por la lentitud de la doctora, le indicaba el camino y se adelantaba para cortar las frutas de los árboles de capulín y de zapote, colgantes en los árboles gigantes que nadie había sembrado. Cuando ella por fin le daba alcance se regalaban un tiempo para descansar y devorar, complacidos, las frutas recolectadas. A ella no le molestaba el silencio permanente del adolescente, y se lo agradecía tanto como su compañía, que le permitía admirar a sus anchas las caídas de agua, los riachuelos al fondo de los barrancos, los exuberantes helechos de hojas gigantes que remitían a tiempos antiguos.

En los caseríos Juan le ayudaba a traducir lo que le decían los indios, y cuando la futura médica iniciaba su labor para desparasitar niños él se alejaba unos metros, atento para auxiliarla cuando lo requiriera. El malestar de Sheila retornaba al regresar al pueblo, donde se sentía perseguida por las miradas hurañas y aun en la cocina no po-

día dormir bien, por el desasosiego que crecía en ella durante las noches, cuando los murmullos, aunque llegados de más lejos, castigaban sus oídos y poblaban sus pesadillas. Al despertar pasaba un tiempo antes de poder desalojar la angustia y la sensación de que le estaban robando el alma, si médicamente pudiera demostrar que la tenía.

Durante la mañana del quinto día, con discreción, doña Amalia le preguntó si ya había comprado su boleto para el camión de pasajeros, que la podía sacar del pueblo al día siguiente. Y, de forma casual, le recordó la historia de la maestra envenenada por los brujos. Hasta ahora, le hizo saber, ella contaba con la protección de su familia, pero eso no podía durar ya que Juan tenía que regresar a la escuela y debía, además, ayudarla en la cocina. Entonces, la aprendiz de médico se dirigió a la plaza para comprar un boleto para el autobús que partiría al otro día hacia Huehuetenango del Señor.

Era una mañana soleada y los indios trajinaban por la plaza con las espaldas cargadas de lo que vendían. Los boletos los expedía el hombre obeso de temblorosos bigotes que tenía la mejor tienda del pueblo.

¡Mmm! —le dijo con socarrona sonrisa. — ¡Pues usted va tener que quedarse! porque el camión se descompuso y no habrá corrida hasta la semana que viene.

A Sheila no le gustaba la idea de pasar ocho días más en ese pueblo y enmudeció por la sorpresa. El expendedor, por compasión o por hacerle la maldad, le dio la opción:

—Pues si le urge irse agarre aventón con el camión de la cerveza que acaba de llegar. Usted dirá, señorita. O se anima al aventón o se queda aquí otra semanita más. Oritita mismo el chofer está echándose un trago en la cantina. Dígale a ver si se la quiere llevar —agregó malicioso mientras miraba su cuerpo con descaro.

Era una decisión difícil. O se quedaba en el pueblo, a merced de los brujos porque Juan ya no podría acompañarla más, o bajaba con esos hombres que con seguridad estarían borrachos. Lo meditó varios segundos. ¿A qué le temía más? El asunto de los brujos, aunque metafísico e irreal, era inmanejable para ella. El otro, aunque complicado, era más conocido y con suerte hasta podría salir bien. Corrió hasta la cantina en busca del chofer, que encontró tan ebrio como a su ayudante.

—Pues sí, güerita, pa pronto es tarde. Nosotros nos la llevamos —le contestó el chofer, secándose la baba con el dorso de la mano. Y agregó, intercambiando una mirada cómplice con su ayudante, quien también la miraba lujurioso: —Eso si usted no nos tiene miedo. Apúrese pues y vaya a recoger sus cosas. Aquí la esperamos, echándonos la del estribo. Pero no se tarde mucho, porque la de malas y nos agarra la lluvia en el camino.

Sheila se apresuró a regresar a casa de doña Amalia.

Agradecida se despidió de la mujer y a Juan le regaló su linterna forrada con piel.



Los camioneros la sentaron en medio de los dos, y ella, apretujada, trataba de respirar lo menos fuerte posible para que su cuerpo no rozara el de sus acompañantes. Como al azar, dejó ver su cuchillo de monte fajado en la cintura, y al poco rato inició un discurso sobre la importancia de su trabajo como médico y la confianza que le tenía a la humanidad. Sobre todo, les explicó, admiraba a los hombres como ellos, que dejaban a su familia y la seguridad de una ciudad para llevar artículos de primera necesidad a pueblos alejados como Nahuipan. Porque ella sabía que además de la cerveza llevaban sal,

harina y manteca, e inclusive medicinas, como aspirinas y antipiréticos, productos siempre escasos en el lugar.

Los hombres la escuchaban complacidos, aunque de cuando en cuando la miraban ávidos, y en esas condiciones el trayecto parecía eterno.

Iban al final de la brecha, casi para entroncar con la carretera pavimentada, cuando el chofer gritó: “¡Putamadre!”, y frenó sin complacencia. Varias velas negras encendidas, aderezadas con ramas y flores bloqueaban lo ancho del camino. “¡Son esos pinches brujos, carajo!”, exclamó el chofer, mientras que su machetero se bajaba para barrerlo todo. Y para no dejar nada bajo el poder maligno de la magia negra, según palabras del chofer, sacó de la parte de abajo de su asiento una botella de aguardiente, para rociar el lugar por dónde debían pasar. “¡A ver si con esto puede su pinche brujería!”, exclamaba furioso el chofer, mientras el fuego ardía hasta consumirlo todo. Al final, las cenizas fueron barridas por el machetero, entre escupitajos de aguardiente.

Impresionada, Sheila les contó lo de su visita al cerro y lo de las voces y todo lo padecido desde que llegó a Nahuipán. Los hombres la escuchaban meneando la cabeza con reprobación, y luego, solidarios, relataron a su vez las historias de brujería que les había tocado presenciar. Colocarse del mismo lado provocó en los hombres una actitud distinta y, al rato, el chofer le prometió cuidarla hasta que estuviese sana y salva con sus compañeros, que la esperaban en Huehuetenango del Señor. Durante las horas que siguieron no platicaron más y se dedicaron a escuchar por la radio la música grupera que estaba de moda.

Antes de llegar a la ciudad, el chofer, sin atreverse a mirarla, le confesó que habían hecho planes con ella, cuando aceptaron llevarla en el camión, pero que luego decidieron respetarla como mujer porque había confiado en ellos. “¡Otra cosa sería si nos hubiera visto con desaire,

güerita!”, confirmó el machetero, y los dos hombres soltaron una estridente carcajada.

En Huehuetenango del Señor, con aire protector, la llevaron al mercado donde le compraron nueve velas blancas, dos amarillas y un amuleto de piel de coyote para protegerla de las malas vibras y de todo lo que los brujos pudiesen haberle echado encima.

Al anoecer, cuando por fin la dejaron en su hotel, le regalaron, como despedida, un montón de consejos y advertencias para sus próximos viajes.

—Ante todo, güerita —le dijeron al final —no puede andar usted solita por allí, como si fuera una yegua descarriada.

LAS MISIONES DE DIOS

En el interior del dispensario médico el hermano Israel es vigilado por dos jóvenes. No los conoce. Son jornaleros de las tierras bajas, donde siembran y cosechan en las grandes plantaciones de coca. Desde su escritorio los observa. No visten como los andinos, y sus chamarras los delatan como miembros de las grandes centrales de sindicatos agrarios; sin autoridad en los consejos tradicionales serán sólo sus guardianes. Se ven fatigados.

El misionero está seguro que participaron en las brigadas que difundieron la noticia de que en su dispensario se ligaba a las mujeres después del parto, para que no volvieran a concebir; y no duda que también están enterados de que la sangre de los indios era llevada a los Estados Unidos para su investigación. Ignora cómo se filtró la información, pero sabe que se expandió como olor a tierra mojada cuando se anuncia la tormenta.

Desde el último paciente atendido la noche anterior, hasta la madrugada de ese día en que fue sacado de su casa, no habían pasado ni ocho horas y ya todos los pueblos del altiplano estaban enterados. Había sido como si las voces de los indios corrieran sin impedimento por esas tierras vastas, hasta formar una gran voz capaz de llegar a todos los oídos de quienes habitaban el lugar para que supieran qué hacer.

En el trayecto hacia su encierro en el dispensario el hermano Israel escuchó el diálogo, para él insólito, entre sus captores:

— ¡Que el gringo ha castrado a las mujeres! ¡Que nos ha sacado la sangre para venderla y hacer robots con ella!
— dijo uno, azuzado por el imaginario que supone a los gringos capaces de inventar y de hacer cualquier cosa.

—¿Y qué, pues, será un robot? —murmuró el otro. Confusos los dos. Repetidores sólo de la voz que corría entre los pueblos.

Lo que en cambio dijeron con certeza fueron los nombres y apellidos de las mujeres, que después de haber parido en el dispensario jamás pudieron volver a hacerlo.

—Les quedó el vientre seco y aunque lo regaban una y otra vez era infértil, como la tierra apisonada en exceso, que se pone dura, y aunque el agua la toque no entra en ella, sin servir ya para nada —explicó el más avezado de sus captores.

Estoy en un lío enorme, reflexiona el hermano Israel al observar la multitud que llegó hasta allí para pedirle cuentas. Los indios portaban hondas de cuero, viejos fusiles, piedras y herramientas agrícolas. “Armas ridículas para enfrentarme, a mí que durante tantos años he sido su benefactor”, piensa adolorido ante tanta ingratitud.

El hermano Israel se asoma por la ventana y comprueba que son decenas las personas que rodean el dispensario. Están allí las autoridades de las comunidades del entorno cercano al lago, aunque sabe que la decisión definitiva se tomará hasta el arribo de todas las autoridades. Sólo entonces vendrá la deliberación.

“Algunos indios van a atacarme”, reflexiona. “Dirán que lo que hice ha sido grave, ya que al vender la sangre he mancillado el alimento para la tierra, la fuerza de los espíritus. Pero habrá quien hable a mi favor porque también he salvado vidas y he ayudado a mucha gente”. Concluye que la decisión será difícil, con la esperanza de que sean mayoría los que reconozcan sus méritos.

Horas después el misionero está sentado nuevamente detrás de su escritorio, y con un lápiz esboza los argumentos para negociar su situación. Está tranquilo, muchas autoridades le deben favores. Con tal certeza nuevamente se asoma por la ventana cercana para identificarlas: “a ese

que está allá le salvé a la mujer”; “al de junto le llevé un hijo al hospital”; “al que está más atrás le regalé cuarenta láminas para el techo de su casa”. Mientras, su cerebro sigue tejiendo esperanza y conjeturas; “Y, de las mujeres ni se diga, yo traje al mundo a la mitad de sus hijos. Va a ser difícil convencerlos de que el asunto de la sangre es un rumor, pero hay esperanzas. Por lo que veo, ya faltan pocas autoridades. Pero a todos los conozco y cuando vengan por mí, y los tenga enfrente, a cada uno lo llamaré por su nombre para que sepa que lo conozco y recuerde todo lo que me debe”.

Analiza las posibles pérdidas. Serán significativas. Perderá su chalet estilo suizo a la orilla del lago y tendrá que indemnizar a las familias afectadas por la esterilización. Lo de la sangre no. Eso no lo aceptará y sabe que los indios no tienen pruebas.



Cuando todas las autoridades al fin se han reunido, la noche se anuncia helada con un círculo azul alrededor de la luna. Van ataviadas con sus solemnes ponchos rojos, ilustrados con franjas de distintos colores para indicar su procedencia. Con la lentitud de la sabiduría inician los saludos rituales y se colocan según los cuatro rumbos del mundo, donde se ubican sus tierras ancestrales. Las mujeres se agrupan con la misma lógica y preparan grandes ollas de sopa caliente.

El misionero sabe que el proceso será largo porque en el altiplano todo se mueve al ritmo de las convenciones. Para distraerse, en los extremos del papel, que ha empleado para anotar su estrategia de defensa, traza dibujos incoherentes, según el curso de sus reflexiones.

Dos horas después los sindicalistas le entregan un plato de comida, que mira como augurio positivo, por-

que los indios no con cualquiera comparten sus alimentos. Las fogatas se multiplican alrededor del dispensario cuando crece la noche. Los hombres parecen montículos, hundidos en sus ponchos rojos. “En una de las fogatas estarán adivinando mi futuro con las hojas de coca”, piensa incómodo el hermano Israel ante la ironía de que su futuro dependa de la adivinación de brujos y curanderos, cuando él ha dedicado su vida a llevar la palabra de Dios a esos seres primitivos. Entonces hace un recuento de lo que ha hecho en favor de Dios y en beneficio de los indios. Inclusive la venta de sangre a la Fundación para la Investigación Biotecnológica fue para aumentar los recursos siempre escasos dentro de la hermandad a la que pertenece y, así, impulsar su labor religiosa. ¿Y lo de la esterilización? “Bueno —piensa esbozando una sonrisa tosca—, esa ha sido mi pequeña contribución como médico de buena voluntad para controlar esta población que crece como hongos en estercolero. ¡Es evidente cómo mejoran las familias de las mujeres que yo trato!”, concluye enfático, convencido de ser el poseedor de la verdad en aquellas tierras.

Cuando su reloj marca las cero horas con treinta minutos decide dormir. Con cuidado lo solicita a sus jóvenes vigilantes, quienes aceptan que ocupe una de las camas del dispensario, a condición de que uno de ellos permanezca sentado cerca de él. Con rondas de hora y media cada uno, ellos también podrán dormir. Llevan despiertos más de veinticuatro horas y están agotados.

El pastor pretende descansar para estar lúcido por la mañana, ya que, sabe, no se tomará ninguna decisión hasta que salga el sol. Pero sigue inquieto y sin poder dormir. Se siente vulnerable. Durante años disfrutó de la protección de su Embajada y ahora se encuentra a merced de los indios y de unas cuantas hojas de coca. “¿Sabrán mis compatriotas que soy prisionero de estos salvajes?”,

se pregunta ante la posibilidad de que lo apoyen otra vez, como sucede mes con mes, con el avión que aterriza en una pista improvisada para dejarle las provisiones para el dispensario y embarquen las muestras de sangre que él ha colectado.

Inquieto, recuerda una experiencia similar sucedida en el país vecino. Allá no hubo deliberación, simplemente llegó la turba para castrar a los médicos cuando la gente se enteró de las esterilizaciones forzadas. Aprieta los ojos y cruza los brazos sobre su pecho para animarse. Revisa su trabajo como médico salvando vidas. “No. Aquí no puede repetirse esa experiencia”, se convence. Allá no eran ministros, sino jóvenes médicos de brigadas pastorales. “La diferencia radica en que yo, como ministro de la hermandad, les he dedicado muchos años a estos indios como para que no me respeten. ¡Toda una vida!”, exclama para sí volteándose con rudeza sobre la angosta cama, mientras pesaroso recuerda cómo él y su esposa decidieron no tener hijos para dedicarse a salvar las almas de este desagradecido rebaño. Por los indios renunciaron a su país, a las comodidades, al prestigio. Incluso Mary abandonó su sitio privilegiado en la universidad para entregarse a la paciente e ingrata labor de traducir la palabra de Dios a la lengua aborigen; y lo hizo sin ningún reconocimiento académico y sin pago alguno. El predicador se sorprende al darse cuenta de la importancia del trabajo hecho por su mujer, y con desconsuelo reconoce que tal vez ella sea mejor misionera que él. ¿No es Mary quien recorre el altiplano? ¿No es ella la punta de lanza para que los campesinos lleguen al dispensario? Nunca le ha reconocido el mérito y decide que lo hará en cuanto la vea, pues no estaba con él cuando los indios lo sacaron de su casa.

Con nostalgia por lo que fueron, el misionero se pregunta por las razones que llevaron a Mary a unirse con él en matrimonio. Recuerda sus primeros encuentros. Él te-

nía treinta y cinco años y buscaba la redención de los salvajes, perdidos por la idolatría. Ella era una joven lingüista de veinticinco años, dispuesta a sacrificar su vida para acceder a las palabras milenarias de los indios de Sudamérica.

Piensa que es una paradoja cruel que esos indios iletrados sean hasta el presente el vínculo más fuerte que los une. Consternado recuerda la abstinencia sexual que le impuso a su mujer años atrás, un poco por fastidio y mucho más por el asco prejuicioso que lo embargaba cada vez que la tocaba. Llega a su memoria el cuerpo blanco y huesudo de su esposa que, más por comodidad que por amor, ha retenido a su lado por tantos años. ¿Y si no salen bien las cosas? ¿Podrá recoger ella su trabajo de tantos años guardado en el sótano del chalet del lago? Presuroso desecha los malos pronósticos al recordar el cariño que los indios le tienen a su mujer. “Aunque sea sólo por ella, el desenlace no puede ser negativo”, se repite para convenirse.

Dedica la oscuridad que lo ciñe para reforzar su plan de negociación. Necesitará dos semanas para conseguir el dinero y una más para empacar. Con suerte hasta podrá vender el chalet del lago. Con esa alentadora perspectiva, una modorra optimista se apodera de él y le permite dormir los escasos minutos que quedan de la noche.

A las cinco de la mañana un trajín de voces lo despierta y deduce que afuera están cocinando. A las seis de la mañana una mujer entra con tres tazones de mate caliente y el misionero se levanta para agradecer el suyo con una leve inclinación de cabeza. Lo bebe de inmediato. Le sorprende siempre la velocidad con que se enfrían los alimentos a los cuatro mil metros de altura. Está por dejar el tazón vacío sobre su escritorio cuando un griterío inusual le anuncia que algo grave está sucediendo. Sin soltar el tazón, corre hacia la ventana y los sindicalistas se abalanzan hacia la del extremo que permanece libre.

En el horizonte, cortado por la carretera que culebra por la amplitud del altiplano el hermano Israel distingue tanquetas militares, cuyos motores apenas escucha por el griterío de la gente, que, en lugar de correr, forma círculos humanos en torno al dispensario. Detrás de los gusanos de metal avanzan los camiones militares con soldados de asalto. Un estremecimiento recorre su aterido cuerpo. Teme más a las acciones de rescate del ejército de ese maltrecho país que a todos los curanderos y hechiceros juntos. Con estos últimos puede negociar, ¿pero con los soldados? “¿Por qué demonios viene el ejército?”, se pregunta confuso, sin encontrar el sentido de esa presencia verde que se arrastra injuriosa por el amanecer frío. Las mujeres forman el primer círculo alrededor del dispensario y los hombres se alinean en el segundo para disuadir la acción de los militares.

“¡Tontos!” —piensa —, “todavía creen que así podrán detenerlos”.

En ese momento, con vertiginosa lucidez deduce lo que ha pasado en el ámbito diplomático: por algún medio el gobierno nacional supo del secuestro y descubrió el tráfico de sangre, así que la embajada estadounidense, ¡su Embajada!, también enterada, optó por sacrificarlo. “¡Por supuesto!”. “¡El escándalo de mi rescate, o de mi muerte si éste no resulta exitoso, desviará el interés sobre el tráfico de sangre!”, concluye, como si viera la escena en el fondo del tazón que conserva en sus manos. Descubrir la forma de operar de su gobierno en otro momento hubiera sido motivo de orgullo, no ahora que su vida corre peligro. La posibilidad de morir lo estremece. Poco habituado al temor, no reconoce sus reacciones y con angustiosa sorpresa advierte que se le dificulta respirar. Horrorizado deja el tazón sobre el pretil de la ventana y con la boca abierta y los ojos desorbitados por la asfixia, se toca el pecho, lo golpea para obligarlo a jalar aire, para

que sus pulmones se ensanchen. Mareado mira hacia los jóvenes sindicalistas, quienes, atónitos, apretujados en una misma ventana, tampoco comprenden lo que pasa.

El misionero, confundido por la falta de oxígeno, se retira de la ventana, mira sus manos entumidas y luego se toca la barba incipiente y vagamente recuerda que no ha podido rasurarse. Intenta analizar la situación, sólo que su atención está puesta en los latidos del miedo que lo golpean, que suben desde su corazón hasta sus sienes. Se hinchan las órbitas de sus ojos, le duele el pecho. El corazón bombea acelerado y pide auxilio. Respira con ansiedad pero sus pulmones siguen duros, apretados por el miedo. El sudor cubre su piel. Retrocede para sostenerse del marco de la ventana. A través del vidrio, empañado por el vapor que ansioso sale por su boca abierta, mira a las autoridades indias que avanzan para encontrarse con los militares. “¡Qué logren detenerlos, mi Dios!, ¡te pido con el alma que puedan convencerlos!”, reza el misionero con fervor, aferrado a la última esperanza. Las tanquetas no disminuyen la velocidad de su paso y él sigue con dificultades para respirar. “Te lo pido, mi Dios, por todo lo que he hecho por ti. Por todo lo que me debes. Dios mío, por tu misericordia, te pido que los detengan. Sólo te ruego que los detengas, antes que intenten alguna torpe maniobra de rescate”.

Su sangre circula veloz por su cuerpo, que sigue helado. Escucha la ansiedad de su corazón que, aferrado a la vida, emite palpitaciones similares a las de tambores primitivos anunciando el fin de su existencia. Siente el dolor anticipado por su muerte. El sudor le moja las manos, la frente. Lo siente húmedo en la dobladura de los brazos, pero aún sobrevive la esperanza y se aferra a ella. Jala más aire. Debe respirar pausado: un, dos, tres, un, dos, tres. “Debo conservar la calma”, piensa. “Pero no escucho que se paren los motores, y siguen avanzando”, grita para

sí. “Las autoridades casi llegan hasta donde están las tanquetas y éstas no se paran, mi Dios. ¡Y no se detienen!”. El miedo invade cada pedazo de su cuerpo y sus manos se ponen más heladas.

Ya no quiere sentir temor y se enoja con Dios, con los sindicalistas que tienen una pistola, con los de afuera que lo tienen rodeado, con sus connacionales que lo sacrifican a pesar de todo lo que ha hecho por ellos.

“¡No!”, grita con voz ronca, ante el éxito que tendrá la treta de su Embajada. Bajo el arrastre de su grito, avanza hacia la puerta y con creciente ansiedad les explica a sus guardianes que debe salir para hablar con las autoridades de los pueblos. Para hacerles saber que es una trampa. Es urgente que comprendan que él debe correr hasta las tanquetas del ejército para ponerse frente a los militares. “Ellos deben constatar que sigo vivo, sólo así detendrán su marcha”, les explica a sus guardianes.

Con el arrebatado de su rugido y la ansiedad de sus palabras, los jóvenes vigilantes se alertan.

—¡Deténgase desgraciado! ¡Castrador de mujeres! ¡Ladrón imperialista! —grita uno. El otro corre para obstaculizar la puerta con su cuerpo.

El hermano Israel, movido por el horror de la muerte, apenas se detiene. Agita las manos, les explica, vocifera, pide, suplica que por favor lo dejen salir, porque es la única forma de salvarse él y de salvarlos a ellos. El misionero ya no piensa en la hermandad, ni en los indios, ni en su mujer, ni en su vida entregada a una causa justa. Únicamente quiere protegerse, salvar su pellejo blanquecino, su cabellera deslavada, sus bolsas bajo los ojos, sus enjutas manos, porque eso es él, no un médico, no un siervo de Dios, sólo un hombre, nada más que un hombre y tiene miedo.

—¡Es una trampa! ¡Escúchenme por favor! ¡Debo salir! —suplica a los muchachos. Y mientras habla ensa-

ya avanzar nuevamente hacia la puerta. Tiene los ojos desorbitados, la garganta seca, las manos anudadas junto al pecho, como si quisiera rezar, como si fuera un santo.

El sindicalista que gritó antes percibe la gravedad de la situación y lo ofusca la presencia del ejército. Sabe que tiene que actuar, pero ignora cómo. Siente su pistola en un costado del pecho, su dureza le proporciona seguridad inmediata, la toca, la acaricia y como si fuera la única acción posible, la desenfunda y apunta hacia el pastor.

Se establece una tregua en la que sólo se escucha el griterío de la gente. El hermano Israel se detiene. Los sindicalistas callan.

Mientras tanto, los músculos del misionero se contraen en preparación del salto que hará en contra de los sindicalistas; se lo exige su terror, su sentido de supervivencia. Los sindicalistas lo perciben. Lo miran con odio. Avanzan hacia él.

— ¡Por favor! — vuelve a suplicar el hombre, que suspende el avance al ser descubierto. — Necesito salir para demostrar que sigo vivo. Es la única oportunidad de salvarnos todos, ustedes y yo — les ruega con las manos extendidas hacia ellos, como si les ofrendara la humillación de su ruego a cambio de su vida.

A pesar de la ansiedad de las súplicas, los sindicalistas, sofocados por la rabia, aterrados también por el avance de los militares, no se conmueven. Y entre la confusión de los gritos y el rugido acechante de los tanques que ahora escuchan, el joven que sostiene el arma persiste en dirigirla hacia la cabeza del pastor. No hay tiempo que perder. Lo sabe el pastor, lo saben los jóvenes.

— ¡Dispárale! — suena la orden del compañero desarmado.

— ¡No! — aúlla el misionero.

— ¡Qué le dispaes! ¡Carajo! — reitera el camarada.

—¡No! ¡Por favor! ¡Comprendan! —suplica el misionero.

Entonces, con el impulso incontrolable de quererse vivo, el hermano Israel se arroja sobre el sindicalista con la intención de arrebatarse la pistola. Suena el disparo y el misionero exhala sus últimas palabras, como lo ha hecho todo el tiempo:

en desesperadas,
 ininteligibles,
 desatinadas
 e incomprensibles
 palabras en inglés.

EL VIEJO QUE ROBÓ LAS LETRAS

Don Clot es un hombre muy viejo, de noventa o acaso de cien años. Cuando nació nadie se preocupó por registrarlo, era tan pobre su familia, como la de la mayor parte de los indios. Y ahora, sentado sobre su acunada hama-ca, iluminado por el sol que se filtra por las rendijas de su casa, lee un libro. Son las horas de la tarde en que permanece ausente, indiferente a los juegos de sus nietos y al rítmico movimiento de su nuera cuando desgrana maíz. Su concentración es absoluta; la requiere para entretejer las letras hasta formar la urdimbre del sentido que le arre-bata al papel. Sus ojillos avellanados sonríen por cada pa-labra, por cada frase, por cada página que le roba al libro. Robando letra por letra es como sabe leer, y es así como aprendió a hacerlo hace ya muchos, muchísimos años.

Sucedió cuando tenía quince años, y en Yucatán, su tierra, aún existían los esclavos. Su familia había escapado de ese yugo, pero era pobre. Había conseguido la libertad para sus hijos, pero luchaba día por día para mantenerse libre de las deudas que a otros mayas los encadenaban a las haciendas sembradas de henequén y de ganado.

Desde la madrugada, su padre, él y sus hermanos iban a laborar en su milpa, más allá de los linderos del pueblo, por la zona de las cuevas y cenotes. Al mediodía regresa-ban cargados de leña y de lo que pepenaban en esa selva pródiga en plantas y animales. Y en su paso por el centro del pueblo escuchaban la voz de la maestra que enseñaba a los niños que no eran indios.

Clot sentía curiosidad. De su padre aprendía a cono-cer las plantas por su nombre y utilidad; de cada animal del monte supo sus costumbres y sus huellas, y de cada

tipo de suelo descubrió los secretos de su fertilidad. Además que por las tardes, casi noches, de sus mayores conoció el origen del mundo, del inframundo y de los seres y deidades dueños de todo lo que existe en el universo. Y aun así sentía curiosidad.

¿Qué era lo que aprendían los niños blancos si jamás iban al monte? ¿Cómo era que aprendían si nunca se les veía sembrando ni cosechando maíz? El tiempo seguía pasando entre calores, lluvias y sequías, y él sentía que algo le faltaba. Cuando iba a la capital a vender sus cochinos y pavos, o a comprar aperos de labranza, se sentía empequeñecer cuando se ponían los precios y se sumaba con ventaja todo lo que debía comprar. También era inocente como un niño pequeño cuando en su pueblo había reuniones con las autoridades, que eran blancos como los niños que iban a la escuela. Él sabía maya y el castellano, pero los engaños sucedían cuando se trataba de aprobar los acuerdos de las asambleas y de firmar. Siempre eran los ricos los responsables de la política, de los negocios y, por supuesto, de distribuir y vigilar la tierra.

Y al finalizar una de esas reuniones con las autoridades fue que Clot tomó una decisión. ¡Tenía que aprender a leer y a escribir! Y si los maestros no le iban a enseñar por ser indio, ¡él se robaría las letras! Que serían las mismas con que los blancos los engañaban. Y lo haría despacito, sin que ellos se dieran cuenta.

Andando por los senderos de la selva imaginó un plan. Iría a acechar la escuela, y oculto tras de la ventana se robaría una por vez. Primero aprendería su sonido y luego la forma de su escritura, para después juntarlas y repetir las, hasta descubrir lo que significaban. Lo demás sería practicar y practicar para que no se le olvidaran. Desde ese día, además del sabukan, en que llevaba su pozol y su coa, llevaba un trozo de papel y algo con que pintar las letras. Así se robó muchas, pero otras las aprendió del

tendero, del cura y hasta de las autoridades. Para las más difíciles tuvo que espiar las casas de los niños ricos que tenían mentores particulares.

Robar y aprender todas letras le llevó tiempo, hasta que un buen día se sorprendió leyendo los letreros de la carretera y, lo más importante, comprendiendo lo que decían los papeles que las autoridades ponían en las paredes del salón de las asambleas, como si todos pudieran entenderlas. Hasta entonces compartió su secreto. ¡Se había robado ya todas las letras, y con ellas todas las palabras del castellano!

Quizá por eso, o porque muchos indios como él querían un cambio, las cosas en Yucatán y en su pueblo comenzaron a cambiar. Primero se hizo la guerra socialista de Carrillo Puerto, a la que se unieron casi todos los indios. Su pueblo se hizo ejido y los indios tuvieron derechos. Luego siguió la lucha por conseguir el municipio libre, y él ya fue uno de los principales dirigentes. Y ya con el mote de Don, que se le da a los mayores y sabios, se dedicó a defender la tierra de los campesinos. Lo nombraron parte del Comisariado Ejidal, parte del Consejo de Vigilancia, y por último, Juez de Paz.

Y como Juez de Paz es que recorre casa por casa cuando hay problemas y regala sus consejos y su sabiduría para que ningún indio tenga que robar lo que necesita saber.

Don Clot es muy anciano y ya no tiene fuerzas para ir al monte y sembrar milpa, pero, como no puede alejarse de la tierra, cuida un pequeño solar donde experimenta con plantas. Algunas veces junta semillas de chile que le traen del monte con otras que ya están domesticadas, para mejorar el sabor de las primeras, y enseñarles la resistencia a las segundas. Además, como sabe leer el tiempo en los pasos de las hormigas y en el canto de los pájaros, los hombres que van a sembrar le preguntan cuándo es bue-

na época para que no se afecten sus semillas por la sequía o por las lluvias torrenciales.

Es un hombre querido por su generosidad y respeto por sus conocimientos, así que, cuando baja el calor y la gente recién bañada sale a platicar a la plaza, siempre hay alguien que visita a Don Clot para que le platique algo de lo mucho que sabe.

En nuestros días ya no hay esclavitud y, sin embargo, no todos en su pueblo saben leer, así que en la penumbra de la tarde-noche muchos se acercan a él para que les comparta sus secretos: aquellos que todas las tardes le arranca, a pedacitos, a los libros que llegan a sus manos.

RAÍCES DEL DESIERTO

Los paisajes de estas tierras son difíciles de amar la primera vez que se ven. Parajes infinitos de cactus, matorrales y otras plantas espinosas, sobrevivientes entre las arenas del desierto, entre montañas rocosas de colores apenas contrastantes con el cielo, bajo la brillantez del cielo azul sobre el mar también intensamente azul, padeciendo el amarillo sol sobre la arena blanca. Un fulgor insoportable. Un árido paisaje que castiga la vista acostumbrada a campos con colores frescos, verdes, húmedos.

La primera vez que los vi me pregunté cómo era posible sobrevivir entre matorrales secos y arenas infinitas. Pensé que nunca me acostumbraría a ver esos cactus de brazos elevados al cielo, implorando la gracia de la lluvia o de las gotas del rocío. Y maldecí el suplicio de ese cielo azul confundido con el cielo, bajo el incandescente sol y sus reflejos en la arena blanca. Sin embargo, conforme recorrí esos parajes, siempre por los mismos caminos, los comencé a amar. Descubrí que el color de las montañas no es siempre el mismo y que, aunque inmóviles, las majestuosas moles rocosas algunas veces son azules y verdes, mientras que otras, al combinar caprichosamente los violetas con los naranjas y los rojos traídos por la tarde, son capaces de transfigurar su imagen y provocar la abrupta emergencia de sus pensamientos más ocultos.

Tal cosa me pasó al descubrir lo que el desierto dice al paso de las horas, en las diferentes épocas del año; con sus tormentas sin agua, con su cielo atravesado por ráfagas de luces y estruendos; con sus oscuras noches de bullicio, con su paz.

Aprendí entonces a distinguir, entre las sombras, a los habitantes del desierto, a los que atraviesan la tarde en busca de comida. Algunos sobresaltados, como la liebre y el venado; otros, como los cascabeles que reptan sin prisa los caminos.



La gente del desierto tiene cuerpos oscuros y gráciles, capaces de confundirse con la noche para desplazarse silenciosos como si fuesen viento. Pertenecen a una stirpe milenaria de desconocido origen. Los primeros hombres que cruzaron las heladas tierras del norte del continente ya los encontraron aquí. No se parecen a otros ni en sus ritos ni en sus voces, ni en sus cuerpos largos y delgados, increíblemente fuertes y brillosos. Los hombres son rápidos como gacelas, feroces y temidos como pumas, silenciosos y cautos como animales de caza. Miembros de una stirpe de guerreros, portan su sangre nómada e invencible y, en su mirada, expresan el rencor a los blancos, que llegaron un día a robarles sus riquezas y les enseñaron el miedo y la masacre, obligándolos a la sangre y la venganza.

Arrogantes y hermosas, las mujeres nos enfrentan con sus manos exquisitas, indomables. Hábiles tejedoras y artesanas perfectas, con los labios, uñas y ojos pintados, con su mirada mordaz nos recuerdan su ascendencia, nos hablan de su pasado. Y después de acometernos con desprecio, pasan frente a nosotros agitando orgullosas su pelo largo, flotando al viento sus faldas largas.

A fuerza de estar se parecen al paisaje. Son austeros y pródigos, un día cantan y otro lloran. No se arraigan en un solo lugar y tampoco pueden salir de estas tierras. Son como el desierto, viven y hablan como los demás habitantes del desierto. Todos se mueven al mismo ritmo,

siguen las floraciones, los frutos, siguen a los animales y van tras las rutas del agua, y es por ella que cambian y permanecen.

Como dioses antiguos, la gente del desierto canta y danza por la fuerza del mar. Canta y danza por las frutas del desierto. Canta y danza por sus animales. Canta y danza por la claridad de las estrellas. Y canta y danza por sus antepasados. Y con esa cualidad milenaria que los hace conocedores de los secretos de la vida y la muerte, festejan la pubertad de las doncellas; mientras que los jóvenes, seguidores implacables de la vida, lo son también con quienes portan los signos de la muerte.

Vientos desnudos
se terminó en mayo de 2021
en Imprenta de Juan Pablos, S.A.
2a. Cerrada de Belisario Domínguez 19
Col. del Carmen, Alcaldía de Coyoacán
México, 04100, Ciudad de México
<juanpabloseditor@gmail.com>

500 ejemplares

